

I 9

JUNIO 2003

AMS

CUADERNOS MARISTAS

ESTUDIOS

- **El Sr. Vernet y su fracaso en la fundación de Hermanos**
H. Alain DELORME
- **Ensayo sobre los orígenes de la espiritualidad marista**
H. André LANFREY
- **M. Champagnat, su espíritu, su personalidad**
H. Paul SESTER

DOCUMENTOS

- **El hermano Francisco evoca al Padre Champagnat**

Instituto de los Hermanos Maristas

SUMARIO

FMS CUADERNOS MARISTAS
Nº 19 — Año XIV - Junio 2003

Jefe de redacción:
H. Paul Sester

Director técnico:
H. Lluís Serra

Colaboradores en este número:
HH. Alain Delorme, André Lanfrey
y Paul Sester

Coordinador de traducciones:
H. Henri Réocreux

Traductores:
Español: HH. Fabricio Galiana,
Teodoro Barriuso
y Francisco Castellanos
Portugués: H. Claudio Girardi
Inglés: Hermana Constance Perreault,
p.m., y H. Guy Morel

Maquetación y Fitolitos:
TIPOCROM S.R.L. - Roma

Redacción y Administración:
Piazzale Marcellino Champagnat, 2
C.P. 10250 - 00144 ROMA
Tel. (39) 06 54 51 71
Fax (39) 06 54 517 217
E-mail: publica@fms.it
Web: www.champagnat.org

Edita:
Istituto dei Fratelli Maristi.
Casa Generalizia - Roma.

Imprime:
C.S.C. GRAFICA, s.r.l. - Roma

ESTUDIOS

- **El Sr. Vernet y su fracaso
en la fundación de Hermanos**
H. Alain DELORME 3
- **Ensayo sobre los orígenes
de la espiritualidad marista**
H. André LANFREY 19
- **M. Champagnat, su espíritu,
su personalidad**
H. Paul SESTER 55

DOCUMENTOS

- **El H. Francisco evoca al
Padre Champagnat** 77

El Sr. Vernet (1760-1843), Gran Vicario de Viviers, y su fracaso en la fundación de Hermanos

H. Alain DELORME, FMS

Estas líneas se inspiran en las 266 cartas escritas por el Sr. Vernet a los responsables de París de la Compañía de San Sulpicio, conservadas en los archivos de la Compañía, 6, calle de Regard, París (6º). Hemos podido consultarlos gracias a la amabilidad de P. Irénée Noye, archivista. (Dossier 26 G III, Viviers).

También hay que añadir informaciones conseguidas del libro de Nicolás Dabert: Vida del Sr. Vernet, sacerdote de San Sulpicio, Superior del Seminario Mayor de Viviers, Gran Vicario de la diócesis, Fundador y Superior de la Congregación de las Hermanas de la Presentación de María. Lyon – Périssé – 1848, y la obra de Anatole Moulard: La vida apostólica de la Venerable Marie Rivier, Fundadora de la Congregación de la Presentación de Bourg-Saint-Andéol (Ardèche); 1768-1838 – Lyon, Paris – Emmanuel Vitte, 1934.

Después de la presentación de algunos rasgos de la personalidad del Sr. Vernet, sacados de la correspondencia, intentaremos descubrir las razones del fracaso de su larga tentativa de fundar Hermanos. Un fracaso que acelerará, sin ninguna duda, la unión de los Hermanos de Viviers a nuestro Instituto en 1844. Es por eso que nos interesa.

Pero primero presentaré una corta visión biográfica para situar al personaje:

Joseph, Laurent, Régis Vernet nació el 20 de septiembre de 1760 en Villeneuve-de-Berg, en el sur de la Ardèche (la Ardèche del aceite, en

oposición al norte del departamento, la Ardèche de la mantequilla). Entró en el colegio de Aubenas cuando se retiraban los jesuitas, quedando la casa bajo la dirección de uno de sus tíos. Pasó al seminario de Viviers para seguir los cursos de filosofía y de física. En la universidad de Valence sufrió, pero con éxito, los exámenes que le concedieron el título de Maestro en Artes.

En 1778 se encuentra en Bourg-Saint-Andéol para hacer su teología. Se da cuenta, entonces, de que Dios le llama a tener cargos en la Compañía de San Sulpicio, y se va a París a mediados de 1784. Desde su llegada, el Sr. Every le coloca en la Solitude, noviciado de la Compañía. A comienzos de 1785 es enviado a Toulouse para ocupar la cátedra de dogmática en el seminario de Saint Charles.

UN HOMBRE DE LA RESISTENCIA

Fue expulsado por negarse a prestar juramento a la Constitución Civil del Clero, y se fue a la diócesis de Viviers, donde se dedicó, dentro de sus posibilidades, a preservar a los sacerdotes y a los fieles de los atentados del cisma constitucional. Fue obligado a huir a Lyon, donde ejerció su ministerio según le permitían las circunstancias.

El 19 de marzo de 1795, Mon. D'Aviau, encargado por el Papa para administrar la diócesis de Viviers, gobernada por el obispo constitucional Mon. De Savine, le envió cartas nombrándole Gran Vicario. El Sr. Vernet va a prodigarse en la administración, la reorganización y el gobierno de esa diócesis en medio de mil dificultades.

La diócesis de Viviers fue suprimida por el concordato de 1801 para ser unida a la de Mende. Mon. Chabot, que era el obispo, envió al Sr. Vernet los poderes de Gran Vicario para la Ardèche, el 30 de mayo de 1802. En cuanto pudo, el Sr. Vernet emprendió el trabajo de restablecer el Gran Seminario en Viviers. Tuvo éxito a pesar de las dificultades. Acompañó, como Fundador de la Congregación, a Marie Rivier, Fundadora de las Hermanas de la Presentación de María, que con su ayuda experimentó un gran desarrollo. Murió en Bourg-Saint-Andéol el 4 de mayo de 1843. Su corazón descansa en el convento de las Hermanas de la Presentación, mientras que su cuerpo está inhumado en el cementerio del Seminario Mayor de Viviers. (Datos extraídos de "L'Histoire littéraire de la Compagnie de Saint Sulpice" por L. Bertrand, París MCM, Librerie Alphonse Picard, 82 rue Bonaparte – Tomo 2, pp. 151/152).

EL SULPICIANO

El Sr. Vernet siempre se consideró un fiel discípulo del Sr. Ollier. No sabemos en qué circunstancias entró en la Compañía, pero estamos seguros de que su noviciado en La Solitude, en Issy, hizo de él un sulpiciano hecho y derecho. Su correspondencia muestra su preocupación de ser el fundador.

Por eso, en una carta al Sr. Garnier, Director del Seminario de San Sulpicio, para anunciarle el fallecimiento de un miembro de la Compañía, escribe: *“Tengo mucho pesar en anunciaros la muerte del querido Sr. Pontanier ... tenía en toda su conducta el espíritu de la Compañía, muy desprendido de los usos del mundo, el espíritu de pobreza, una gran simplicidad y modestia en sus costumbres; en cuanto a su mobiliario, era de una sobriedad y austeridad conmovedoras; no le gustaba otra cosa que lo más común. La Compañía pierde en él a uno de sus más estimados miembros. y yo pierdo en él un apoyo, un consejero, un amigo... El Sr. Pontanier fue sepultado en el cementerio de nuestras Hermans de Bourg-Saint-Andéol, del cual era, en parte, su fundador...”* (Viviers, el 20 de octubre de 1824: carta nº 55).

El Sr. Vernet puso todo su empeño en descubrir y acompañar a los candidatos a la Compañía. Por eso, en una carta del 9 de diciembre de 1822 al Sr. Duclaux, escribe: *“Un Sr. de Valence vino, estos últimos días, a hablar conmigo sobre su vocación. Desea mucho entrar en San Sulpicio, pero debemos esperar a que recupere la salud que se ha alterado siendo profesor de retórica en Valence. Tiene mucho talento para la enseñanza. Se llama Mazelier. Creo que se iría al Canadá sin ningún reparo... Mon. de Valence consentiría a que el Sr. Mazelier se fuera, con la esperanza de poder tener sulpicianos en su seminario, como también lo espera Mon. De Mende. Pero mis cohermanos y yo pensamos que no será ni allí ni acá donde San Sulpicio pueda reclutarse. Los mendianos y los valentinianos tienen un tipo y un carácter que no es el de la Compañía. El Sr. Mazelier es la excepción”* (Carta nº 46).

Ese candidato anunciado por el Sr. Vernet, no es otro que el Sr. François Mazelier, futuro superior de los Hermanos de Saint-Paul-Trois-Châteaux. No se hizo sulpiciano, y podemos lamentar que el Sr. Vernet no precisara en qué *“El Sr. Mazelier era la excepción”*.

Muchas veces, en su correspondencia con el Superior de San Sulpicio, el Sr. Vernet menciona el envío de candidatos a Paris. Describe sus cualidades y sus debilidades. Mantiene contacto con los que ha orientado hacia la capital, como en el caso de Louis Deluol, nacido en Saint Privas,

cerca de Aubenas, el 16 de junio de 1787, de quien hablaba al Sr. Duchaux en una carta, con fecha del 18 de noviembre de 1816: *“El Sr. Deluol espera sus últimas decisiones”*. Escribe a ese joven sacerdote el 22 de febrero de 1817: *“Para ti, sin dejar de ser devoto de san Ignacio (había pensado hacerse jesuita), no debes pensar en otra cosa que en ser digno para formador de buenos sacerdotes, y esta obra no es menos gloriosa para Dios y ventajosa para la Iglesia. ¡Ah! Sí, es necesario ser un fiel discípulo del Sr. Ollier, tener su espíritu, su celo por el clero, su amor a Jesucristo, el sacerdote supremo, su confianza en María. Te enamorarás todos los días. Me gustaría compartir tu felicidad, y que me sea otorgada la posibilidad de hacer algunos meses de soledad”*. Después le recomienda que haga sus temas de meditación menos especulativos: *“Me parece que hablas más a menudo al espíritu que al corazón”* (Carta nº 65).

EL HOMBRE DE GOBIERNO

El Sr. Vernet estuvo numerosos años, desde 1795 a 1843, en situaciones de responsabilidad como: superior del Seminario Mayor de Viviers, Gran Vicario de la diócesis y también como superior de las Hermanas de la Presentación de María. Aunque a veces diga sentirse agobiado por la diversidad de trabajos, se le ve a gusto en las funciones que desempeña.

Goza de buena salud y no teme el trabajo. Escribía a su superior el 30 de septiembre de 1816: *“El trabajo me cansa menos que a otro”* (Carta nº 27). Mon. Chabot, Obispo de Mende, decía del Sr. Vernet: *“Trabaja como un buey”* (Citado por Dabert, p 315). También tiene un buen sentido de los negocios. El Sr. de Sainte Suzane, prefecto de la Ardèche, declaraba: *“Un hombre como él, solo gobernaría Francia”* (id. P. 321). En Paris, Mon. D’Hermopolis, ministro del culto, confiaba a un jefe de división de su ministerio: *“El Sr. Vernet es el hombre que necesitamos aquí”* (id).

Su talento como administrador y negociador hicieron maravillas en sus contactos con las autoridades civiles, especialmente cuando se trató del rescate de los edificios del Seminario mayor de la ciudad episcopal. El Sr. Vernet deseaba que la propiedad volviera a la Compañía (Carta nº 48). Y tuvo la alegría de conseguir sus propósitos.

En su correspondencia con sus superiores, el Sr. Vernet se expresa con franqueza, Así, en la carta del 19 de diciembre de 1822 al Sr. Duclaux, declara que no puede hacer todo: *“...Es necesario que junte a la superioridad, la procura, una buena parte de la administración, las reparaciones, la sacristía, las compras de vestuario, la biblioteca. Une a todo eso el*

Seminario Mayor: me desbago de lo que puedo; pero Mon. y los sacerdotes no me olvidan. Y dado que el Señor nos quiere dar un obispo para Viviers, que vendrá primero a habitar en el seminario, será necesario ocuparse de las provisiones, del vino, de las comidas, de todos los sacerdotes que vienen con él, etc... El Sr. Mathon (ecónomo) está fuera de poder hacerlo. Me paro aquí, porque ya es demasiado. Mi meta no es de quejarme, pero de aliviar mi conciencia si, después de haberme cansado de trabajo. Lo temporal de la casa va de mal en peor” (Carta nº 46). En este tiempo, el Seminario mayor tenía 120 pensionistas. La intendencia no era, por lo tanto, poca cosa.

El Sr. Vernet respondió desde Viviers, el 14 de mayo de 1825, al Sr. Garnier, director de San Sulpicio, que deseaba su consejo: *“Tiene la bondad de preguntarme si es una cosa sabia el realizar una visita a todos los seminarios. Después de haber sopesado las diferentes consideraciones que me presenta, me parece que la mayor gloria de Dios pide que esta visita se realice. Lo que el seminario de París podrá sufrir no será más que un mal parcial y pasajero. Se puede asimismo creer que eso será poca cosa, y que cada uno de nuestros padres redoblará los cuidados y la vigilancia, y que los jóvenes se emularán en el honor, según lo que Ud. les diga antes de irse.*

Por el contrario, es muy urgente que pueda Ud. mismo valorar todos nuestros seminarios, los superiores y directores que los gobiernan, la manera de cómo se observan nuestras reglas, los abusos que bayan podido introducirse, etc. Además, esta visita se anuncia solemnemente. Es muy importante hacer respetar las decisiones de la asamblea general. Me parece que, por una carta que he recibido del Sr. Cartal, que Ud. estaba determinado por esos mismos motivos” (Carta nº 59)¹

Como superior del seminario, el Sr. Vernet había adquirido una experiencia de los jóvenes y deseaba transmitirla por medio de una obra adaptada. En 1815 había comenzado esa obra que había llamado *“Népotien”*. Pero sus numerosas ocupaciones no le permitían realizarla. El 26 de enero de 1834, se queja al Sr. Deluol, su comunicante americano, no poder terminar su libro, dándole las razones: *“El seminario, la diócesis, el convento*

¹ El Sr. Cartal, Jean-Jacques, nació el 3 de febrero de 1756, en Saint Martín de Polignac (Haute-Loire). Entró en el seminario del Puy en 1779. Es sacerdote de San Sulpicio el 5 de abril de 1795. Gran Vicario de la Diócesis de Viviers, al mismo tiempo que M. Vernet, en 1795. Después del Concordato de 1803, el Sr. Cartal enseña dogma en Lyon, hasta 1811. En 1814 es superior del seminario de Bordeaux. Vuelve a Paris en 1817 por razones de salud. Enseñó teología a los “solitarios”. Murió a los 84 años de edad., el 14 de mayo de 1840, algunos días antes que Marcelino Champagnat. Quizás fue el reclutador de Marcelino el verano de 1803 (Cf. Vida, edición del centenario, Roma 1989, p.9 nota nº 4).

de Bourg, nuestras construcciones, una congregación de Hermanos de la enseñanza, etc, etc...” Népotien, o el alumno del santuario, no aparece hasta 1837, en Lyon por Pélagaud, Lesne et Crozet, sucesores de M. P. Rusand, grande rue mercière, nº 26.

Los talentos que brillaban en el Sr. Vernet como hombre de gobierno, tenían sus sombras. Su aspecto a primera vista no tenía nada de atractiva. En 1815 se quejaba él mismo amargamente en una carta a la Madre Rivier: *“Quizás haya faltado de esa amabilidad, esa complacencia, esa perseverancia que debiera haber adquirido y que me faltan”*.

EL EQUILIBRIO DE UNA PERSONALIDAD

El Sr. Vernet es un sacerdote lleno de fe, un perfecto sulpiciano, un administrador sagaz. Su correspondencia revela también una personalidad equilibrada, lleno de un sentido práctico, de preocupación por los detalles.

La experiencia le ha enseñado también que *“Los Srs. arquitectos no saben nada de lo que concierne a una comunidad”* (Carta nº 27, del 30 de agosto de 1820). Escribe eso a su superior parisino, el Sr. Duclaux, después de haber examinado los planos del futuro seminario de Valence. Acerca del seminario de Viviers, declara: *“... es un seminario fracasado, es un hermoso coloso, un hermoso caballo de desfile, pero sin ninguna comodidad...”* (Carta nº 39, del 14 de noviembre de 1820).

Siguió él mismo, a pesar de la presencia de un arquitecto, los trabajos emprendidos para adaptar el convento de las Visitandinas de Bourg-Saint-Andéol, como casa madre de las Hermanas de la Presentación. La construcción de la capilla del Seminario Mayor de Viviers, le proporcionó muchas preocupaciones para conseguir los varios permisos del Prefecto y del Ministerio de Cultos.

Su correspondencia con el Sr. Houssard, director y más tarde ecónomo de San Sulpicio, muestra las tendencias *“campesinas”* del Sr. Vernet. El 20 de octubre de 1828, escribe: *“Las almendras están a bajo precio y son abundantes. Con la miel y las almendras se consigue casi el turrón”* (Carta nº 142). Montelimar, capital francesa del turrón, está muy cerca de Viviers. Debemos saber que el seminario parisino se abastecía del aceite, del vino, de las aceitunas y de las castañas del sur de Francia. Sabemos que la miel era de Orgnac, una aldea del sur de la Hardèche, dentro de la *“garrigue”*, que tiene hoy una cierta celebridad debido a un *“aven”* descubierto poco antes de la segunda guerra mundial. El Sr. Vernet termi-

na su carta interrogando a su interlocutor: “¿Ha catado nuestros vinos del Languedoc? Tienen mucho color. Este año es abundante y excelente. Dígame algo sobre ellos. Desde hace un año bebemos solamente los de 1ª calidad (vino de Saint Gilles), a 80 Fr. La medida de 648 litros...”

Tres semanas más tarde, el 15 de noviembre de 1828, menciona ese vino al Sr. Houssard: “Hemos bebido todo el año y bebemos todavía. Nuestro ecónomo le echa una tercera parte de agua. Ud. puede echarle la mitad” (Carta nº 144).

El 3 de marzo de 1829, escribe al mismo: “Voy a hacer que gustes nuestras castañas secas. Acaban de llegar dos fardos que pesan un total de 112 Kg. ... La salida de Aubenas es del 1 de marzo. Son necesarios dos días completos hasta Lyon. Un fardo entero es para Ud. solo. En cuanto al otro, haga el favor de que le llegue al Sr. Goussin, y que sea para él y sus amigos. Si piensa que el Sr. Ferry las recibiría con gusto, podría darle una parte del fardo. Su mujer, enferma del pecho, comería algunas: son muy dulces. Voy a hacer que le envíen vino”(Carta 147). Y añade: “Cuando pueda, haga que alguien que sea hábil, tome la altura de la estatua de la Virgen de San Sulpicio”. Necesita ese detalle para la instalación de un altar en la capilla del seminario.

En su correspondencia, el Sr. Vernet se revela como un hombre de gran delicadeza y atenciones. Como regalo de Navidad, envía vino a sus amigos de París. Leemos en la carta del 6 de diciembre de 1836, al Sr. Houssard, ecónomo: “No he perdido de vista los vinos de Cornas y de Mauves, de los cuales ya hemos hablado”. Y transcribe la respuesta de un amigo de Valence, a quien había pedido consejo: “Me he ocupado de vuestro encargo del vino. Será fácil de encontrarlo en Carnas, comprarlo a los particulares y escoger un buen caldo...Cornas está frente por frente de Valence. Mauves está dos leguas más arriba. Creo que el vino de Mauves es inferior al de Carnas. Tanto uno como el otro, son rojos y de un color profundo, estomacales y necesitan envejecer. Entonces, mi querido hermano, envíeme su petición y me apresuraré en satisfacerle” (Carta nº 182).

El biógrafo, varias veces citado, nos desvela que el Sr. Vernet tomaba rapé. “Aunque el uso del tabaco llegó a ser para él una necesidad debido a la costumbre que había contraído, había hecho una promesa de no tomarlo en la iglesia, no importándole lo largo que fueran los oficios” (p. 336). Nos hubiese gustado conocer la razón de esta promesa, pero el biógrafo no nos dice nada, y presenta como una mortificación el hecho de no tomar rapé durante las celebraciones litúrgicas. Esto nos recuerda lo que dice el H. Avit del Padre Colin, hablando a los herma-

nos para prohibirles el uso de él. Pero durante su charla tomó rapé ¡cinco veces!

EL APOYO DE UNA FUNDADORA

El Sr. Vernet fue, a lo largo de su vida, el firme apoyo de María Rivier, fundadora de las Hermanas de la Presentación. Nacida en 1768 en Montpezat, aldea de una región montañosa de la Ardèche, María Rivier comenzó su obra educativa en 1794 en Thueyts, no lejos de su país natal. Pequeña de estatura y de salud frágil – *“Tengo más coraje que salud”*, decía ella. Tiene un corazón de apóstol y una enorme proyección personal.

En 1796, ella encuentra al Sr. Vernet quien, después del Sr. Pontanier, será su director espiritual. No será cosa de poca monta, dado que María Rivier es presa constante de escrúpulos. *“Todo esto, decía él, no durará mucho. Siempre he confiado en que Dios tenga piedad de ti”*. Pero la cura no llegó y la fundadora fue atormentada hasta su muerte.

Anatole Moulard, en la biografía de María Rivier, escribe: *“No se debe perder de vista que cuando la Srta. Rivier conoció al Sr. Vernet, ella, por sí misma, y bajo la inspiración y la ayuda de Dios, había concebido o imaginado en forma general, todas sus obras: escuela, patronato, pensionado, instrucción de madres cristianas, formación de las hermanas, evangelización de la campaña, fundaciones, asistencia a los pobres... Si la mano poderosa, tanto como compasiva del Sr. Vernet se extendió sobre toda la vida de la Madre Rivier durante cuarenta años, es justo reconocer que su rol fue más un rol de ayuda, de ánimo, de moderación, que de creación”* (p. 93).

En 1800, Mon. D’Aviau nombró al Sr. Vernet Superior de la Presentación. El 5 de agosto de 1801, disfrazado con los hábitos de un aprendiz de barbero, el obispo llegó a Thueyts con el Sr. Vernet. Confirma a la Srta. Rivier en su cargo de Superiora general de por vida. Desde junio de 1801, después de una visita a Thueyts, donde permaneció diez días, el Sr. Vernet había preparado una redacción de las constituciones y de las reglas. Le gustaba descansar en Thueyts y llevar allí a sus amigos.

En 1798, María Rivier funda sus primeras escuelas: Coucouron, Fons, Saint Martín-de-Valamas. Cuando se fue de Thueyts para instalarse en Bourg-Saint-Andéol en 1819, había abierto más de 80 escuelas, la mayor parte en la diócesis de Viviers. Desde 1819, hasta su muerte en 1838, abrió todavía unas cincuenta escuelas, como consecuencia de los viajes que el Sr. Vernet llamaba sus *“carreras apostólicas”*.

Él está orgulloso de la obra de las Hermanas y del convento de Bourg-Saint-Andéol, del cual ha supervisado las instalaciones. *“Nuestras Hermanas de Bourg valen casi (esta palabra ha sido añadida) como los vicarios en las parroquias, y han regenerado mucho”* (Carta nº 42 al Sr. Duclaux, del 19 de septiembre de 1821). Permaneció muy encariñado con ellas: *“Hay dos momentos, se decía en el seminario, cuando se puede pedir al Sr. Superior todos los permisos que se desean sin miedo a ser rechazado: cuando ha celebrado la santa misa y cuando regresa de Bour-Saint-Andéol”* (Citado por Nicolás Dabert, p. 351, en nota). Por su parte, María Rivier tenía una confianza total en el Sr. Vernet.

El 15 de febrero de 1838 y desde Bourg-Saint Andéol, escribe al Sr. Houssard, director del seminario de San Sulpicio: *“El día 3 de este mes hemos tenido el dolor de perder a nuestra superiora y Fundadora María Rivier; ella recordaba con alegría el haberos visto en su casa”*.

Después de la muerte de la Fundadora, a quien había asistido en sus últimos momentos, el Sr. Vernet se maravilla de las curaciones atribuidas a su intercesión. El 7 de marzo de 1839, escribe al mismo Sr. Houssard para anunciarle que María Rivier había curado al Muy Honorable Padre, y como su corresponsal tenía los ojos enfermos, le propone hacer una novena para conseguir la intercesión de la Madre: *“Haremos la novena aquí (en Viviers) y en el convento. Te he enviado unas pequeñas cosas que han estado a su servicio. Se habla mucho de curaciones debido a su intercesión. En particular la curación de una jovencita que había perdido, desde hace algunos meses, el uso de sus ojos. Tengo el atestado de su médico en forma debida”* (Carta nº 192).

El Sr. Vernet se interesa personalmente en poner en marcha el proceso de beatificación. Ésta tendrá lugar bajo el pontificado de Juan Pablo II.

María Rivier (1768-1838), contemporánea de Marcelino Champagnat, se le parece en muchos aspectos: confianza en Dios, en María, celo, amor de las Hermanas, humildad, fe. Algunas citas de la Madre para subrayar esas semejanzas:

“Si hubiese tenido dinero para llevar a cabo mis obras, no las hubiese llevado a buen fin, y no hubiese osado emprenderlas; pero como no tenía nada, siempre he tenido confianza en que el buen Dios lo hiciera todo”.

“Puedo aseguraros que ha sido esa Buena Madre la que ha hecho todo en esta casa... Yo actué, por así decir, sin saber lo que hacía, y la Virgen Santa ha conducido todo, ha dirigido todo, hecho todo” (A sus Hermanas, el 7 de septiembre de 1821).

“Ella decía bromeando que si Dios se lo permitía, iría al París para hacer salir a san Luis Gonzaga, san Estanislao de Kostka y todos los santos

jóvenes que han vivido poco tiempo sobre la tierra, con el fin de que vengan a trabajar para Dios y ganarle las almas”.

“Sí, mis queridas hijas, les decía muy a menudo, *soy vuestra madre y os llevo en mi corazón*”(a las huérfanas).

Nunca aceptaba establecer una escuela sin la petición formal del cura, aprobada por el alcalde. Exigía una casa decorosa, pero sin lujos. En cuanto podía, recibía gratuitamente a los niños pobres y pedía a los otros mensualidades mínimas.

EL FRACASO EN LA FUNDACIÓN DE LOS HERMANOS

El Sr. Vernet, que fue un apoyo eficaz y permanente para la fundación de las Hermanas de la Presentación de María, a pesar de todos sus esfuerzos, no tuvo éxito al establecer a los Hermanos de la Instrucción Cristiana en la diócesis de Viviers.

UN COMIENZO SIN FUTURO

A finales del año 1803, coloca los primeros cimientos del noviciado de los Hermanos de Thueyts, pero, dado sus múltiples ocupaciones como Gran Vicario y Superior del seminario de Viviers, no puede seguir de cerca la construcción. Al principio, confió la dirección del noviciado, pronto transformado en seminario menor, al abate Boisson. El abate Boisson fue enviado como adjunto al abate Richard, que tenía sus años y era capellán del santuario de Nuestra Señora de Lablanchère, en el sur del departamento. El abate Richard había recogido a un antiguo hermano de las Escuelas Cristianas, Joseph Boyer, a quien se le habían unido otros cuatro hermanos que hacían el catecismo y enseñaban primaria a los niños de las aldeas vecinas del santuario. Se les llamaba: “Hermanos de Nuestra Señora del Buen Consejo”. Juan Antonio Boisson, a pesar de sus esfuerzos y el apoyo del Sr. Vernet, no consiguió abrir un noviciado de “Pequeños Hermanos”.

UNA AUTORIZACIÓN LEGAL PARA UNA CONGREGACIÓN QUE DEBÍA NACER

Fue necesario esperar hasta la llegada de Mon. André Molin para que los Hermanos tuviesen una existencia legal con el nombre de “*Hermanos*”

de la Instrucción Cristiana de la Diócesis de Viviers". El 19 de marzo de 1825, Mon. Frayssinous comunicaba al obispo una ampliación de la ordenanza real, firmada el 10 de marzo por el Rey Carlos X. (Pierre Zind: Las nuevas congregaciones de Hermanos de la enseñanza en Francia, desde 1800 hasta 1830, Saint-Genis-Laval 1969, p. 333).

El 14 de mayo de 1825, M. Vernet escribía a M Garnier, director del seminario de San Sulpicio, en París: *"No quiero olvidar una preocupación sobre la que me dirás, sin embarazo, tu manera de pensar. El Sr. Nuestro prefecto y Mon. desean mucho que se establezca, para ayudar a los pueblos de la montaña y a la clase indigente que es muy numerosa, especialmente, para los chicos, lo que las Hermanas de la Presentación hacen ya para las chicas: que se tenga piedad de los niños para sacarlos de la miseria, y formarlos. En poco tiempo se regeneraría este país. La mayoría de los niños educados en la vagancia, tanto los chicos como las chicas, corren los caminos de la mendacidad, y se puede juzgar lo que vendrá. Desean que yo ponga la obra en camino. Veo que si no meto la mano, nadie la meterá. Sería, por mi parte, educar a un seminarista adecuado a esta obra, ponerlo a la cabeza de un núcleo de hermanos que se reunirían e una de nuestras propiedades, a dos pasos de Viviers. Esos hermanos harían allí el noviciado y serían destinados a reclutar en todo el Vivarais, y a dirigir a los niños. Después se harían establecimientos a lo grande. La cosa me parece muy fácil en su ejecución, una vez que se hayan establecido los primeros elementos. Mi edad y mis ocupaciones no me permiten continuar esta obra, que es muy grande y puede servir de modelo a muchos departamentos. Pero me siento feliz de marcar las pautas, que no sería para mí un gran trabajo. Sin embargo, no quiero hacer nada si n. t. b. p. (notre très honore Père) y tú veis muchas dificultades. No es más que un desarrollo y un perfeccionamiento de lo que hacen ya nuestras Hermanas para las jóvenes. Los planes han sido concebidos hace bastante tiempo y son de una ejecución muy fácil. Mi plan es de confiar la obra a uno de mis sobrinos, que es sacerdote de cantón, y que me parece está en la edad de dirigirla. Entonces yo no tendré otro trabajo que el de aconsejar, y espero que eso ocurra pronto"* (Carta nº 59).

Esas líneas llaman mucho la atención, viniendo de un hombre que, después de veinticinco años, acompaña la fundación de María Rivier y debía, por tanto, conocer las dificultades. No hace ninguna alusión a los Hermanos de Nuestra Señora del Buen Consejo. ¿Habían ya desaparecido? El 8 de junio de 1825, anuncia al mismo remitente: *"Para nuestra obra, Mon. me da, para dirigirla, a uno de mis sobrinos de 36 años y bien parecido"* (Carta nº 61).

UN PROSPECTO AMBICIOSO AMPLIAMENTE DIFUNDIDO

Varios años antes de la revolución de 1830, el Sr. Vernet redactó un proyecto que comunicó a altos personajes, entre ellos al Sr. Conde de Vogüé, primero diputado y después par de Francia. Los acontecimientos de 1830 le empujaron a publicar un prospecto en el cual detalla la misión de los Hermanos. He aquí algunas citas según las informaciones de Nicolás Dabert:

“La religión, las buenas costumbres, la humanidad, se lamentan desde hace mucho tiempo de la miseria en la que vive la clase inferior del departamento de Viviers, sobre todo en la montaña, y de las deplorables consecuencias de esta miseria...

Hay, además, un gran número de niños que están abandonados y que el departamento confía, con grandes gastos, a nodrizas mercenarias; otros están en los hospitales; y como nadie se ocupa de ellos, van hacia los doce años a fundirse casi todos en la misma tropa de vagabundos.

¡Qué gran obra si se pudiera, no digo salvarlos completamente, pero, por lo menos, disminuir tantos males reunidos!...

El medio fundamental, al que todo lo demás se incorpora, es de adueñarse de los jóvenes, pare educarlos bien, darles principios religiosos, acostumarlos al trabajo, consiguiéndoles un empleo, y hacerlos así útiles a la sociedad.

Esta piadosa empresa es muy sencilla en sus elementos y en su ejecución. En los primeros momentos será, sin duda, insuficiente. Pero se irá perfeccionando y aumentando cada año, y es fácil percibir que, en un tiempo no muy lejano, conseguirá una parte de las ventajas que uno puede moralmente prometerse.

Esta obra de caridad debe naturalmente dividirse en dos ramas: una institución para los chicos y otra para las chicas.

La institución para las chicas ya está establecida desde hace bastante tiempo en la diócesis de Viviers por las Hermanas de la Presentación de María.

Lo que se ha empezado para las chicas, es fácil hacerlo para los chicos. Primero, hace falta una congregación religiosa que tenga la misma finalidad que la de las Hermanas de la Presentación de María. Ya existe, está autorizada por una ordenanza real: no hace falta más que darla una dirección más extensa, que abarque la obra de los niños recogidos o indigentes. Es la Congregación de los Hermanos de la Instrucción Cristiana, de la que ya se ha hecho una prueba en Nuestra Señora de Lablanchère, y que se ha de tomar en un plan más amplio. Todo nos lleva a creer que

los miembros no faltarán. Serán sometidos a un noviciado de dos años, durante el que se aprenderá a conocer el grado de virtud de cada uno, su capacidad, el tipo de trabajo del que sea capaz.

En aquellos que se vea más apertura y gusto por la instrucción, serán empeñados en la enseñanza en las escuelas primarias. A los otros se les destinará a vigilar y a cuidar de los niños pobres y a instruirles en la religión, a hacerles trabajar, a enseñarles el estado al que cada uno de ellos debe aspirar.

Por tanto, habrá entre ellos, Hermanos, labradores, jardineros, panaderos, sastres, serradores, tejedores, zapateros, fabricantes de telas de lana, etc... también albañiles, cerrajeros, carpinteros, etc.

Será necesario que haya varios talleres en el establecimiento, y ningún niño tendrá que salir sin que antes haya sido formado en uno de esos oficios.

Habrà una casa madre en la que estará solamente el noviciado, que será presidido por un sacerdote celoso, totalmente adicto a esta gran obra y nombrado por el Sr. Obispo.

Las otras casas donde estarán los niños podrán estar solamente en la campaña y alejadas, en cuanto se pueda, de toda otra habitación, ya sea para que haya más recogimiento, ya sea para que los niños no estén expuestos a entrar en contacto con otros niños de su edad, lo que sería un ejemplo pernicioso para ellos, o que podrían solicitarles a que salieran de la institución.

Es también necesario que la institución tenga propiedades bastante extensas, para ocupar un gran número de brazos, y para formar en los diversos talleres de los que he hablado, como también las fábricas necesarias.

Tenemos ya dos casas grandes y contiguas, rodeadas de una pequeña propiedad, para empezar la obra, y esperamos que la divina providencia nos otorgue pronto los medios para procurarnos otras mayores y entonces la obra funcionará a lo grande.

Si Dios se digna bendecir estos primeros esfuerzos, podremos también fundar establecimientos secundarios, que serán como sucursales, donde los niños, que aún son incapaces de trabajar, estarán reunidos” (Dabert, pp. 292/296).

Tomando el pronombre indefinido “uno”, tantas veces usado por el Sr. Vernet, uno se queda perplejo delante del contenido de este prospecto.

¿Cómo un hombre, con una larga experiencia de gobierno, puede escribir: “Lo que se comenzó con las chicas, es fácil de hacerlo para los

chicos”, cuando está al corriente de las preocupaciones de María Rivier y no ignora que el progreso de su obra es el resultado de la constante solicitud de la fundadora por sus Hermanas?

El Sr. Vernet ve las cosas a lo grande, pero su utopía toma cariz de quimera: tiene una gran esperanza de encontrar candidatos, de que el obispo nombre a un sacerdote celoso como responsable del noviciado... Todo está en un futuro que el presente no anuncia.

UNA FUNDACIÓN QUE NO TOMA RAÍCES

En 1833, ante la falta de candidatos, publica una circular para pedir voluntarios, y envía a los que se presentan a formarse a Avignon, en el noviciado de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Es decir, no ha encontrado un maestro de novicios entre los sacerdotes de Viviers. *“Una vez terminado su tiempo de noviciado², M. Vernet les llamó a su lado para darles sus instrucciones, sus costumbres, sus nombres, su empleo, un reglamento provisional”* (Nicolás Dabert, p. 290). Yendo directamente al asunto, uno no puede menos que hacerse preguntas sobre el acompañamiento diario de esos jóvenes, por un hombre desbordado por el trabajo.

PERO QUE PERMANECE UN COTO RESERVADO

En 1837, el Sr. Vernet coloca el noviciado cerca de donde él vive, para dirigirlo personalmente y de una manera más inmediata. Esto da a entender que la obra no progresaba.

El Gran Vicario era celoso de su fundación, pues este mismo año escribe al arzobispo de Lyon para que Marcelino Champagnat retire a sus Hermanos de dos casas fundadas en el Ardèche: Boulieu y Peaugres (Cf. Doc. 148 y 150, en las cartas del P. Champagnat, Paul Sester – Roma 1976).

Sabemos que nuestros Hermanos no se fueron de la Ardèche y que el Sr. Vernet confió el gobierno de sus Hermanos a su obispo Mon. Guibert. ¡Sin embargo, el 29 de abril de 1843, cinco días antes de su fallecimiento, se ocupaba todavía de sus Hermanos!

² El H. Avit escribe en los Anales: “ El Sr. Vernet envió 10 jóvenes al noviciado de Avignon en 1834 para imbuirse del espíritu del Beato de la Salle. Como no pudieron entenderse, los retiró a los tres meses”. (Anales del Instituto, Tomo 2, p. 94).

¿Cómo explicar el fracaso del Sr. Vernet como fundador de los Hermanos de Viviers?

HERMANOS SIN ANCLAJE

Nicolás Dabert, su biógrafo, nos da una explicación: *“Los miembros de la congregación no tenían que estar atados a su vocación sino por la libre elección de su voluntad. Convenientemente explicada, esta disposición puede tener ventajas inmensas. En la Compañía de San Sulpicio, donde él la había encontrado, el Sr. Vernet la había hecho pasar a la congregación de las Hermanas de la Presentación. La quiso introducir también en el Instituto de los Hermanos, pero eso fue el escollo de la comunidad que empezaba. También, cuando sus manos desfallecientes entregaban la obra de los Hermanos en las manos de Mon. Guibert, estaba bien decidido a introducir los votos de religión”* (p. 298.)

Esta observación parece contradecir lo que el mismo autor nos dice de los candidatos voluntarios que el Sr. Vernet envía a que se formen en el noviciado de los Hermanos de las Escuelas Cristianas en Avignon. ¿Podía un noviciado terminar sin una profesión de los votos de religión?

En comparación, podemos recordarnos cómo Marcelino, desde el comienzo de su fundación, da a sus discípulos una formación en la vida religiosa, aunque al principio solamente se comprometían con promesas. Había comprendido la importancia de ese compromiso para fijar a los Hermanos en su vocación.

UN FUNDADOR SIN PRESENCIA

El Sr. Vernet, por razón de sus responsabilidades, no podía consagrar mucho tiempo a su fundación, y menos vivir con sus Hermanos. En una de sus cartas declaraba: *“He dado todo a la diócesis: mi fortuna, mi salud, mi vida, mi espíritu y mi amor”* (Dabert, p. 349).

Ahora bien, recordamos que Marcelino, desde 1818, vino a habitar con sus Hermanos y que permanecerá con ellos hasta su muerte. Comprendía, dado el material de que disponía para construir su familia religiosa, que nada sólido podría hacerse sin la presencia del padre en medio de sus hijos. El testimonio del H. Lorenzo es elocuente en este sentido.

Marcelino, en 1824, cuando su obra recibió el apoyo de Mon. de Pins, rechazó la parroquia de La Valla para consagrarse a la construcción

de L'Hermitage de Nuestra Señora. Al mismo tiempo que la construcción de la casa de piedras, continuaba construyendo el edificio espiritual de la comunidad de los Hermanos, a quienes podía decir: “*No respiro sino por vosotros.*” Además, los Hermanos ¿no le llamaban “*el buen Padre*”?

El Sr. Vernet, en su deseo de dar Hermanos a la diócesis, tenía la capacidad de organizar su congregación redactando una regla, pero no tuvo la de darle un soplo. Le faltaba una mística. ¿Cómo es que, por ejemplo, no pensó jamás en darles un nombre, cuando sabe todo lo que eso puede suponer en un camino espiritual? ¿Se puede imaginar la vida de los Hermanos de La Valla sin el nombre de María?

Para resumir, se podría decir que el Sr. Vernet aparece como el iniciador y el administrador de un grupo de maestros cristianos, mientras que Marcelino Champagnat es el fundador y el padre de una comunidad de apóstolos de la juventud.

Un año después de la muerte del Sr. Vernet, los Hermanos de Viviers se unieron a los Hermanitos de María, después de los Hermanos de Saint-Paul-Trois-Châteaux (1842). Esta unión fue el origen de una rápida expansión del Instituto en el Sur de Francia, partiendo del noviciado de Labégude, transferida a Aubenas en 1878. A finales de siglo, más de mil Hermanos nativos de l'Ardèche trabajaban en los cinco continentes. Dos de entre ellos llegaron a ser Superiores generales: el H. Teophane, de 1883 a 1907 y el H. Estratónico, de 1907 a 1920.

Ensayo sobre los orígenes de la espiritualidad

H. André LANFREY, FMS

Advertencia del autor.-Habiendo redactado un trabajo bastante largo, de 188 páginas en A4, que llevaba el mismo título que encabeza esta página y que fue publicado por la Casa general de Roma, he creído conveniente presentar un resumen de él con el tamaño de un artículo. Por eso pido a los lectores que excusen una cierta falta de matices en la exposición y las pocas referencias bibliográficas anotadas, todo ello debido a la necesidad de abreviar en lo posible este artículo.

1/ DEFINICIÓN DE ESPIRITUALIDAD

AI SUS TRES COMPONENTES: ASCÉTICO, MÍSTICO, TEOLÓGICO

El término *espiritualidad*, comienza a usarse en francés normalmente, con el sentido que le damos hoy, a finales del siglo XIX. El P. Champagnat y el H. Juan Bautista hablan de *perfección* y de *santidad* para designar la misma realidad. Evidentemente, este cambio de terminología no es puramente formal, sino que expresa claramente que nosotros nos movemos hoy en un universo mental distinto del suyo.

En efecto, a principios del siglo XIX, la religión está impregnada de un sentimiento antimístico, que se originó a finales del siglo XVII, tras la condena del quietismo de Molinos, de Madame de Guyon y de Fenelón. Se trata del fenómeno que un historiador de la espiritualidad ha llamado *El crepúsculo de las místicas*.³ Desde entonces todo discurso místico es

sospechoso de engendrar ilusiones, pereza espiritual y aún secretas liviandades morales. La santidad se funda en la ascética (las famosas *virtudes sólidas*) y la oración. La mística no es considerada más que como una gracia especial que Dios concede a quien quiere llevar por una *vía extraordinaria, admirable pero no imitable*. Lo importante es la santidad adquirida por *las vías ordinarias*.

Tal manera de concebir la relación con Dios tiene, sin embargo, el inconveniente de que ofrece a las almas una vía más estoica que cristiana, más heroica que santa. Y muchos se desanimaron ante un programa que les ofrecía la cruz sin la resurrección. Es cierto, sin embargo, que continuó leyéndose la literatura mística anterior. Y, sobre todo, muchas almas continuaron viviendo una auténtica vida mística, pero lo hicieron, o bien en silencio, o bien expresando su experiencia mística en términos ascéticos, que eran los únicos que parecían legítimos. De donde proviene la enorme y mediocre producción ascética del siglo XIX y del primer medio siglo XX, en la que en muchas ocasiones hemos sido (mal)formados.

Al poner de moda el término *espiritualidad* los autores del siglo XX han querido precisamente volver a una concepción de la vida espiritual más conforme a la tradición y a las necesidades de las almas. Para ellos la espiritualidad tiene tres aspectos complementarios: en primer lugar una mística, *experiencia de pasividad radical*; toma de conciencia de una *existencia nueva, impregnada de algo o invadida por alguien que en adelante toma la iniciativa de la vida*.⁴ Pero esta pasividad no es inercia: es una fuerza transformante del espíritu y de la conducta. Lleva a una lucha contra sí mismo para perfeccionar las disposiciones espirituales. En resumidas cuentas, es una ascesis. Pero el encuentro con lo inefable da al espiritual una inteligencia de las vías hacia Dios que le permite formular, a partir de su propia experiencia, una verdadera teología que, aunque fundada en la teología dogmática, es más bien una teología de la experiencia.

Al hablar de espiritualidad marista, lo haré bajo este triple aspecto: místico, ascético y teológico. Y mi propósito será demostrar que, bajo un discurso eminentemente ascético del Instituto, se perfilan una verdadera mística y una teología espiritual de gran valor.

³ Louis Cognet.

⁴ Diccionario de Espiritualidad, artículo *Mystique*, col 1893.

BI DOS TESTIGOS DE LA MÍSTICA MARISTA

Dos de nuestros primeros hermanos manifestaron dones místicos que las *Biografías de algunos hermanos* nos han conservado. El primero, el H. Doroteo, era un vaquero, casi analfabeto. Sin embargo, se le considera como un experto en la ciencia de los santos, hasta el punto de que un sacerdote que le pregunta sobre el amor de Dios reconoce que habla como un doctor.

Una noche después de la cena, el P. Champagnat le pregunta sobre la lectura que se acaba de hacer de la *Imitación de Cristo*. Como no sabe qué responder se excusa en estos términos: *Perdone, Padre, pero un verso de la Imitación me ha hecho olvidar todo lo demás (...) Me ha llamado la atención que toda la vida de Jesús no fue más que cruz y martirio, y estas palabras me han impresionado de tal manera que no lo puedo explicar.*

Así, con toda candidez, el H. Doroteo revela que una palabra espiritual le ha puesto fuera de él mismo: en éxtasis, en sentido estricto. Conviene leer en su biografía su método para hacer el *Vía Crucis* y para oír la santa misa, esencialmente afectivo, sin palabras, pero al mismo tiempo profundamente teológico, puesto que meditaba sobre la encarnación y la redención. El H. Doroteo es un espiritual que ignora que lo es.

El H. Luis, primer discípulo del P. Champagnat, es un hombre espiritual mucho más ilustrado: su biografía desarrolla una larga conversación con el P. Champagnat sobre el *Tratado del amor de Dios*, de san Francisco de Sales, monumento de la literatura mística.

Pocos días antes de morir, confiesa a un hermano: *¡Mi querido hermano!, ¡qué dulce es el amor!, ¡qué fuerte es el amor!, ¡si usted supiera qué asaltos me da! En la meditación, durante la santa misa y sobre todo después de la comunión, siento mi corazón abrasado, y tan lleno de delicias inefables que quedo traspuesto (...) No puedo ocuparme en otra cosa. Por lo demás, el amor me basta, y ya no quiero más que estudiar, contemplar y amar a Jesús, mi Salvador, mi amor y mi beatitud.*

Tales palabras son dignas de los mayores místicos, y el hecho de que hayan sido conservadas nos muestra que el Instituto era un medio apto para comprender el estado de una persona imbuida de la presencia de Dios. Sin embargo, este pasaje parece hoy olvidado, probablemente porque, como muchas otras perlas de la espiritualidad marista, está incluido en un discurso edificante y ascético, no adaptado a nuestra mentalidad.

Terminemos este apartado afirmando que existe verdaderamente una

mística marista, pero vivida más que explícitamente expresada, conservada sólo como vestigios en nuestros textos, porque el ambiente antimístico y la necesidad de presentar a los hermanos una doctrina sencilla imponían un discurso ascético y normativo. Por poco que nos esforcemos en leer la literatura marista con lentes espirituales, podemos descubrir en ellos riquezas insospechadas.

2/ LA ELABORACIÓN DE LA ESPIRITUALIDAD DE CHAMPAGNAT

Descubrir la mística de los discípulos es remontarse a aquel que los formó: el Fundador. Por desgracia, éste no nos ha dejado ninguna exposición sistemática de su espiritualidad, y tenemos que contentarnos, especialmente para sus primeros años, con documentos raros o que no evocan sino indirectamente el tema que tratamos. Pero al menos nos es permitido, estudiando sus resoluciones de 1812 y de 1815, así como sus reglamentos de vacaciones, esbozar algunas de sus líneas maestras.

AI SU VOCACIÓN EDUCADORA

El eje primero me parece contenido en una expresión que se repite varias veces: *enseñar a ricos y pobres*,⁵ que se inscribe en la tradición de san Juan Bautista de la Salle, preocupado por acoger en sus escuelas a los ricos y a los pobres, porque la doctrina cristiana es para todos. Esto desembocará en el *necesitamos hermanos*, que lleva la originalidad al seno del grupo marista.

Con este proyecto se combina una gran devoción a María. Aunque manifestada de una forma bastante vulgar en 1812, toma un aspecto más personal y profundo en 1815. En efecto, en este año, en sus resoluciones, Champagnat se declara en él *esclavo* de María. Y la oración mariana que cierra sus resoluciones para las vacaciones de este año es mucho más personal que las del año anterior.

⁵ Rico es aquel que goza de una situación que le permite vivir con relativa seguridad; pobre es el que vive al día.

1er. Reglamento (1814)

“Espero con vuestra ayuda, oh, Virgen santísima, cumplir este pequeño reglamento. Haced que agrade a vuestro divino Hijo, y que me guarde durante las vacaciones y durante toda la vida del pecado y de todo lo que pudiera desagradarle. Amén. L. S. J. C. (Alabado sea Jesucristo).”

2º. Reglamento (1815)

“Virgen Santísima, no ignoro que sin vuestra protección soy incapaz llenar fielmente (sic) este pequeño reglamento sobre los ejercicios (sic) y las ocupaciones del tiempo de vacaciones; por eso imploro vuestra poderosa ayuda ante Dios y espero que, vista vuestra ternura para con los pecadores que desean su conversión, queráis obtenerme la gracia de cumplirlo puntualmente, y todo ello para la mayor gloria de vuestro misericordiosísimo Hijo. Así sea.”

Un tercer aspecto, netamente marcado en sus resoluciones de 1812, es la lucha contra el orgullo.

Me parece, pues, que cuando Champagnat manifiesta a los demás aspirantes su deseo de fundar unos hermanos, expresa ya una primera síntesis de su espiritualidad. Pues, ¿qué significa para un sacerdote la fundación de una congregación de hermanos? Es consagrarse al último rango del dispositivo apostólico, cuyas funciones más honrosas son la predicación, las misiones, los seminarios y los colegios. Está dispuesto a una vida de humildad, porque ha sentido una llamada y probablemente también porque ha reconocido en sí aptitudes para ocuparse de los niños. Su encuentro con Montagne, el joven moribundo, será la culminación de un itinerario cuyo esbozo se percibía ya desde 1810-1812.⁶

Digamos además que este itinerario es personal. Champagnat tiene tal consciencia de esta situación que considerará casi hasta el fin de su vida que los hermanos no son la Sociedad de María, sino una rama posterior, que no formaba parte del contrato suscrito por los maristas en el Formulario de 1816.⁷ Su encuentro con Montagne es para él a la vez una señal del cielo y una piedra de escándalo, pues ¿cómo conciliar esta revelación propia con aquella del árbol de tres ramas proyectado por los aspirantes maristas?

⁶ Las resoluciones de Champagnat fechadas en 1812 parecen haber sido redactadas en varias veces.

⁷ Es también el parecer del P. J. C. Colin: “La idea de ese instituto es exclusivamente suya” (OM, doc 819).

En cuanto a su relación personal con María, se enriquecerá en el seno del grupo marista, aún cuando, como ocurre con varios de los aspirantes maristas entre los que se encuentra Colin, Marcelino se une al proyecto de la Sociedad porque encuentra en ella el cumplimiento de un anhelo personal anterior.

BI EL FORMULARIO Y LA CONSAGRACIÓN DEL 23 DE JULIO DE 1816

Ciertamente Champagnat participó en la elaboración de esta carta magna de la Sociedad de María durante la primavera de 1816 y es seguro que estuvo en el momento de la consagración en Fourvière. Hay que señalar, sin embargo, que el H. Juan Bautista en su *Vida* no menciona este hecho ni el texto leído. ¿No querría con ello indicar que los hermanos se sentían tributarios de una tradición espiritual específica?

A primera vista, el texto del Formulario⁸ parece muy bien organizado. Pero el lector atento puede notar numerosas repeticiones, como si fuera el resultado de la amalgama de dos o tres redacciones diferentes. La conclusión, en especial, parece una pieza autónoma, separada del resto. Resumiendo, sostengo la hipótesis de que el Formulario manifiesta dos o tres tendencias diferentes en el seno del grupo marista primitivo, como lo indica el desmontaje que copiamos a continuación, que nos muestra que a costa de unas modificaciones mínimas se ha llegado a tres textos coherentes:

⁸ Véase en la edición de la Vida, de 1989, el anexo 3, al final del capítulo 3.

Conclusión	Primera fuente	Segunda fuente
<p>Prometemos solemnemente que dedicaremos nuestras personas y todo lo que tenemos para salvar de todos los modos posibles las almas, bajo el nombre muy augusto de la Virgen María y bajo sus auspicios. Salvo, sin embargo, para todos el parecer de los superiores. Alabada sea la santa e inmaculada concepción de la bienaventurada Virgen María. Así sea.</p>	<p>Los abajo firmantes (...), por el presente acto y con nuestra firma, dedicamos irrevocablemente nuestras personas y todo lo que tenemos, en cuanto sea posible, a la Sociedad de la B. V. María. Y tomamos este compromiso a la ligera y como niños, ni por un motivo humano o por la esperanza de un interés temporal, sino seriamente, después de haber maduramente reflexionado, tomado consejo y sopesado todo ante Dios, únicamente por la gloria de Dios y el honor de María, madre de N. S. J. C. (...) adhiriéndonos con todas nuestras fuerzas al santísimo jefe de (esta misma) la Iglesia, el Romano Pontífice, y también a nuestro reverendísimo obispo ordinario, a fin de que seamos buenos ministros de J.C., alimentados por las palabras de la fe y de la buena doctrina que por su gracia hemos recibido.</p>	<p>Los abajo firmantes, deseando trabajar para la mayor gloria de Dios y de María, Madre de N. S. J. C., afirmamos y manifestamos que tenemos la sincera intención y la firme voluntad de consagrarnos, en cuanto sea oportuno, a la institución de la piadosa congregación de los Mariístas (...) y nos sometemos para ello a todas las penas, trabajos y sufrimientos, y, si hiciera falta, a todos los tormentos, atreviéndonos con todo. en aquel que nos fortifica, N. S. J. C., a quien por este mismo acto prometemos fidelidad en el seno de nuestra Madre, la santa Iglesia católica y romana (...) con la confianza de que, bajo el pacífico y religioso gobierno de nuestro cristianísimo rey, esta excelente institución verá la luz.</p>

Puede ser que la conclusión no sea más que la recapitulación del texto que la precede y que por tanto no manifieste una tendencia particular. Sin embargo, añade dos ideas importantes, solamente implícitas en el cuerpo del Formulario: salvar las almas y honrar la inmaculada concepción de María. Por otra parte, el P. Champagnat utilizará por dos veces la expresión “*bajo los auspicios de María*”⁹ empleada en esta conclusión. Y me pregunto si

⁹ Distinguiéndola de la pertenencia a la sociedad.

ésta no traduce la más antigua fórmula de adhesión de los aspirantes maristas, todavía un poco vaga y sucinta. Los otros dos textos, notables por su coherencia a pesar del despiece que hemos hecho, parecen traducir netamente dos tendencias opuestas: la fuente primera define “*una sociedad de la B. V. María*” y no hace alusión al cristianísimo rey. La segunda, en cambio, emplea el término “*Marista*”, piensa en un apostolado heroico, hace claramente alusión al rey, pero no habla de la obediencia al obispo.

Podemos, pues, emitir una primera hipótesis de tipo cronológico. Así, como ya hemos hecho notar, la conclusión traduciría una fase inicial; la fuente primera mostraría una segunda fase, una época en la que el cardenal Fesch no es todavía rechazado y en la que la restauración de la monarquía todavía no se ha producido, es decir, cuando Napoleón está todavía en el poder (abdica por primera vez el 6 de abril de 1814), o bien más tarde durante los cien días (marzo - junio de 1815). La fuente segunda es evidentemente del tiempo de la Restauración. El empleo del término “*Marista*” y su carácter un tanto exaltado hacen suponer la influencia de Courveille.

Pronto detectamos el problema que acompaña a esta hipótesis que supone que el grupo marista existe desde 1814, mientras que Courveille no constituye los “*Maristas*” sino en 1815-1816. Sin embargo esta hipótesis es apoyada por J. C. Colin quien afirmó siempre que ya existía un proyecto antes de Courveille y que este último no había hecho más que desvelar la sociedad. Además, en un documento descubierto recientemente,¹⁰ el Sr. Pousset, aspirante marista, dice que él estuvo en contacto con los “*Maristas*” desde 1814-15.¹¹

Pero el desmontaje que hemos hecho puede ser visto de manera no cronológica: como una sencilla división del grupo marista de 1816 en dos tendencias, unos más moderados y otros más exaltados. Hagamos notar que Champagnat (que designa a los suyos como “*hermanos de María*” y no como “*Maristas*”) parece que se adhiere más bien al campo moderado. En todo caso, no hay duda de que haya habido desde el principio, al menos dos tendencias en el seno del grupo de los aspirantes maristas. Y de aquí parece derivarse la rivalidad entre Courveille y J. C. Colin durante los años 1822-1830.

¹⁰ Archivos de los Cartujos, autobiografía del Sr. Pousset.

¹¹ La palabra “*Marista*” no existe ciertamente en 1814-15, pero Pousset evoca, según parece, la época noviembre de 1814 – mayo 1816, durante la cual ha estado en contacto con los aspirantes maristas.

CI LAS INFLUENCIAS SOBRE EL FORMULARIO

Pero dejemos aparte este problema de crítica histórica y volvamos a la espiritualidad que revela este documento. Ante todo la insistencia sobre la obediencia a la Iglesia, el Papa y los superiores nos descubre una preocupación central en el clero joven de la época, que quiere restablecer el espíritu de religión exaltando la obediencia a la jerarquía religiosa y civil. Por otra parte, la influencia del Sr. Bochart, vicario general, se ejerce firmemente en este sentido. Mons. Dubourg, obispo de Nueva Orleáns, que reside durante varias semanas en San Ireneo durante la primavera de 1816, da a los seminaristas conferencias exaltando a la vez la misión y la obediencia.¹²

Pero en un nivel más profundo el Formulario está marcado por la segunda epístola a los Corintios, capítulos 2 a 6, en los cuales el Apóstol desarrolla una teoría del ministerio apostólico: Ha llegado el tiempo favorable, los ministros de la nueva alianza deben trabajar al servicio del Reino, a pesar de toda clase de tribulaciones.

Pero hay que relacionar también la consagración de Fourvière con la ordenación que tuvo lugar el día anterior y que la espiritualidad sacerdotal considera como un nuevo Pentecostés. Esta asimilación, es por otra parte, bien clara en María de Ágreda, mística española, muy cuestionada, pero asiduamente leída por J. C. Colin y probablemente por Champagnat,¹³ que considera que el Pentecostés logrado por intercesión de María, lanza a los apóstoles a la evangelización del mundo: *“Con este don, (...) los doce apóstoles fueron instruidos, renovados y hechos capaces de ser los ministros de la nueva alianza (2 Cor, 3-6) y los fundadores de la Iglesia en el universo entero, pues esta nueva gracia (...) les movía (...) a practicar lo que hay de más heroico en todas las virtudes y lo más sublime de la santidad”*.

El Formulario expresa, pues, una alta espiritualidad apostólica y mariana y nos da una de las claves de interpretación de la espiritualidad de Champagnat, a la vez pneumática, apostólica y mariana.

DI LA CARTAS DEL P. CHAMPAGNAT

Los años 1816-1827, a pesar de ser los años más decisivos para Cham-

¹² Archivos de los Cartujos, libreta de notas espirituales del Sr. Pousset.

¹³ En 1840 su biblioteca contiene un ejemplar de *Mystica ciudad de Dios*.

pagnat están casi vacíos de documentos que emanaran de él. Solamente la carta al H. Juan María Granjón, del 1 de diciembre de 1823, nos proporciona algunos puntos de vista, especialmente cuando el P. Champagnat, al decir que un novicio que acaba de llegar es un *“hombre de nada”*,¹⁴ añade inmediatamente; *“pero con la nada hace grandes cosas el buen Dios”*. Es una alusión transparente al Magníficat, manifestando a la vez mística mariana, humildad y confianza en Dios. Termina la carta declarándose *“padre en Jesús y María”*.

Esta última fórmula se repite frecuentemente en las cartas posteriores, pero en 1823 es altamente significativa: los hermanos están todavía en La Valla y le han dado ya el título de *“padre”*, al cual Champagnat da un sentido espiritual añadiendo a él *“en Jesús y María”*. Con esto se comprende mejor por qué Courveille, que no llegará a La Valla sino en 1824, no lograra imponerse como superior, pues el vínculo espiritual tejido con los hermanos desde 1817 está ya fuertemente establecido: sólo Champagnat, y nadie más, es *“padre en Jesús y María”*.

El año 1827 le da ocasión a Champagnat para escribir un verdadero manifiesto de su espiritualidad después de las grandes pruebas de su enfermedad, de la rivalidad con Courveille y para colmo de la marcha de éste y del Sr. Terraillon. Cuatro borradores de cartas a sus superiores eclesiásticos¹⁵ expresan su malestar ante este *“espantoso esfuerzo del infierno”*, su soledad (*“soy el único sacerdote”*), pero también su confianza en Jesús y María, su perseverancia a pesar de todo (*“estas cosas me afligen, pero no me desaniman”*), su convicción de que *“Dios quiere esta obra”* aunque sus caminos estén ocultos. Es una de las pocas ocasiones en que Champagnat, evocando el combate entre Satán y la S. M., manifiesta discretamente un pensamiento escatológico, mucho más presente en J. C. Colin. Especialmente el *Nisi Dominus*, que encontramos por vez primera en su pluma, resume una espiritualidad de abandono en la noche de la prueba y que nos recuerda a los grandes místicos.

Encontrará términos semejantes, pero expresados con más sobriedad, en 1838, en un momento en que el deterioro de su salud le hace presentir una muerte próxima. En una carta al H. Francisco¹⁶ en la que le comunica su fracaso en los trámites para obtener la aprobación oficial de

¹⁴ Es decir sin oficio, sin competencia definida.

¹⁵ A Mons. de Pins (carta 6), al Sr. Gardette (carta 3), a un vicario general (carta 4) y al Sr. Barou (carta 7).

¹⁶ Carta 197, del 23 de junio de 1838.

su Instituto: *“Estoy muy dolido, pero no desconcertado; tengo todavía una gran confianza en Jesús y María (...) Dios sabe mejor que nosotros lo que nos conviene y lo que nos es mejor”*.

Otro aspecto de Champagnat se manifiesta en las quince circulares escalonadas entre 1828 y 1840, en las que brilla su ternura paternal. El Hermitage aparece como el santuario de la Sociedad de María, verdadero lugar místico,¹⁷ réplica del cenáculo, huerto cerrado, donde Jesús y María han reunido a sus hijos para que en él vivan y mueran bajo sus auspicios, en la paz, la caridad (*un solo corazón y un alma sola*), pero también un combate para la gloria de Dios. En ellas se encuentran en filigrana los temas de *“desconocido y oculto”*, *“María primera superiora”* y *“recurso ordinario”*. Desde 1828 esta espiritualidad está bastante madura para expresarse en una fórmula lapidaria: *“Dios nos ha amado desde toda la eternidad; nos ha elegido y separado del mundo. La Santísima Virgen nos ha plantado en su huerto, y tiene cuidado de que nada nos falte”*.

Asimismo, en una carta a Mons. Pompallier, en 1836, describe los progresos de la sociedad de los hermanos,¹⁸ cuyo mérito atribuye al nombre de María: *“Hace ya mucho tiempo que no se hablaría de nuestra sociedad sin este santo nombre, sin este nombre milagroso. María es el único recurso de nuestra sociedad (...). María, sí, María sola es nuestra prosperidad, sin María nos somos nada y con María lo tenemos todo, porque María tiene siempre a su adorable Hijo o entre sus brazos o en su corazón”*.

El binomio Jesús-María, tan fuertemente evocado aquí, se encuentra además al final de sus cartas, ya cuando Champagnat firma *“padre en Jesús y María”*, ya en una fórmula más audaz: *“los Sagrados Corazones de Jesús y María”*,¹⁹ que parece querer traducir la conciencia de una tal intimidad entre ellos que son inseparables, y que en consecuencia los atributos de uno se aplican también al otro.

En resumen, como muchos fundadores y fundadoras del siglo XIX, Champagnat es un espiritual de altos vuelos, pero más afectivo que especulativo, a menos que no haya tenido tiempo de poner por escrito su doctrina. La ha expuesto, sin embargo, suficientemente para que se pueda pensar que ha experimentado, en el abandono a Dios en medio de las

¹⁷ Se puede hasta suponer una influencia de la Mystica ciudad de Dios, de María de Ágreda.

¹⁸ Curiosamente el P. Champagnat no hace ninguna alusión a la sociedad de los padres, como si los hermanos fueran la Sociedad de María.

¹⁹ En buena doctrina convendría decir el sagrado Corazón de Jesús y el santo Corazón de María.

pruebas y en una conciencia viva de la intimidad con Jesús y María, una verdadera mística, apoyada en una teología espiritual poco explícita en sus escritos.

EL TESTAMENTO ESPIRITUAL

Evidentemente, el Testamento Espiritual de Marcelino Champagnat, leído algunas semanas antes de su muerte, es un documento de una gran riqueza, pero que suscita muchas cuestiones difíciles de resolver. Y antes de hablar de él, tenemos que evocar la circular del 8 de enero de 1836, que me parece representar un primer testamento, que ofrece a los hermanos un verdadero programa de santidad, fundado en la humildad, la obediencia, la caridad y el celo.

Champagnat se inspira en esta ocasión en san Pablo, en la segunda a los Corintios, 4, 17-18 y en la segunda a Timoteo, 4, 6-8: *“Ánimo, queridísimos hermanos, las penas y los combates de la vida no duran más que un momento. Consideremos a menudo el peso inmenso de gloria que será su recompensa para siempre, acordándonos siempre de que el justo juez sólo coronará al que haya vencido y perseverado hasta el final”*.

En cuanto al testamento en sí, diremos que puede ser leído en varios niveles. Es, ante todo, un acto de cesión de su patrimonio, los hermanos maristas, al superior de la Sociedad de María, el P. Colin. En el plano espiritual, nos parece dividido en dos partes. Primero es una exhortación a la caridad, en primer lugar entre los hermanos, luego para con las otras congregaciones y finalmente para con los padres de la Sociedad de María, y en particular para con su superior el P. Colin. En él se encuentra como filigrana el himno de san Pablo a la caridad (1Co, 13, 1-13): *“La caridad es longánime; la caridad es servicial”*, así como la evocación de la iglesia primitiva, marcada por *“un solo corazón y un alma única”*.

Después de haber hablado como fundador, Champagnat se expresa más bien como maestro espiritual, recomendando a sus hermanos el ejercicio de la presencia de Dios, la obediencia, la sencillez y la devoción a María, *“buena Madre”* y *“primera superiora”*. Se sorprende uno al ver que expresiones “fuertes” de Champagnat, como *“María recurso ordinario”*, *“Nisi Dominus”*, *“humildad, sencillez y modestia”*... no aparecen explícitamente, ni tampoco el celo. En resumen, el programa de santificación que propone a los hermanos parece bastante original, como si Champagnat volviera a las fuentes primitivas de su propia espiritualidad. Pero también es posible que la espiritualidad de los hermanos, aunque salida de Cham-

pagnat, se formule ya de una manera relativamente autónoma de él. Volveremos más tarde sobre este problema.

Pero hay otros aspectos importantes en este testamento: por ejemplo las numerosas referencias a Jesús, a María o a Jesús y María, que hacen de este texto una especie de himno cristológico y mariano.

Las referencias a san Pablo, probablemente implícita en la primera parte, se hace explícita en la últimas líneas: *“Que la gracia de N. S. J. C., el amor de Dios y la comunicación del Espíritu Santo estén siempre con vosotros”*.

Es exactamente la despedida que el Apóstol dirige al fin de su segunda epístola a los corintios y cuyos versos precedentes conviene citar porque resumen el conjunto del Testamento Espiritual: *“Por lo demás, hermanos míos, estad alegres; trabajad en vuestra perfección; animaos mutuamente. Tened los mismos sentimientos; vivid en paz, y el Dios del amor y de la paz estará con vosotros”*.

Finalmente diremos que el testamento nos envía al Formulario de 1816, utilizando por dos veces fórmulas cercanas a su preámbulo: *“Todo a mayor gloria de Dios y para honor de María, madre de N. S. J. C.”*. Como el Formulario, y por dos veces, evoca la vida *“bajo los auspicios”* de María. Y como el Formulario, está impregnado de las epístolas de san Pablo. Me parece que en estas similitudes hay más que una simple coincidencia.

FI LA INFLUENCIA DE LAS ASAMBLEAS DE AMIGOS

Cierto número de fórmulas maristas, tales como *“la mayor gloria de Dios y el honor de María”*, *“ los Sagrados Corazones de Jesús y de María”* y aún *“un solo corazón y un mismo espíritu”*, son relativamente excepcionales en la literatura religiosa. Pero se las encuentra frecuentemente en una corriente espiritual nacida en siglo XVII en los seminarios franceses, y formada por grupúsculos, denominada las AA, probable abreviatura de *“Asambleas de Amigos”*, cuya definición²⁰ es la siguiente: *“La AA es una santa y secreta congregación compuesta por personas selectas, que, unidas por los lazos de una admirable caridad y consagrados especialmente al servicio de Jesús y de María, bajo la protección de san José y de los ángeles custodios no olvidan nada para animarse en la piedad y luego llevar a ella a los demás”*.

²⁰ Tratado sobre la estima de las AA, archivo de los jesuitas de Vanves, CA 101/2, p. 354-362.

A menudo, estas AA están unidas a una congregación mariana de jóvenes dentro de las cuales hacen el reclutamiento. Los cofrades se reconocen por su divisa: *C. U. & A. U. (Cor unum et anima una)*. Nunca eran más de doce y tenían sus reuniones secretas en las cuales se exhortaban al fervor y organizaban obras de apostolado. Esta clase de organización, de origen jesuítico, es rápidamente copiado en los seminarios sulpicianos, frecuentemente con el nombre de “*pequeñas sociedades*”, cuyos estatutos copian, más o menos de cerca, los de las AA. Tienen por finalidad hacer reinar el fervor y el espíritu de celo en los seminarios, especialmente combatiendo a la “*bandas alegres*”²¹ generadoras de indisciplina. En su primera etapa de organización, la Sociedad de María fue una de estas “*pequeñas sociedades*”.²²

Esto es bastante probable, ya que el descubrimiento de documentos recientes²³ nos dice que Juan Cholleton, director del grupo marista primitivo formó parte de una AA en el seminario San Ireneo antes de 1809 y de otra en San Sulpicio entre 1809 y 1811. por otra parte, entre 1813 y 1816 existió en San Ireneo otra “*pequeña sociedad*” diferente de la de los maristas, llamada “*amigos del cordón*”, cuya divisa era *L. S. B. M. C. J. (Labora sicut bonus miles Christi Jesu)*, sin contar a los adeptos al “*Pensamiento piadoso*” del Sr. Bochard. Como San Ireneo y San Sulpicio, numerosos seminarios cuentan con sociedades de este tipo, que con frecuencia dan origen a vocaciones o a congregaciones misioneras.

También es posible que Courveille mismo haya formado parte en el Puy de una AA o de una pequeña sociedad. Nosotros hemos descubierto una, pero en la tardía fecha de 1851,²⁴ que bien pudiera ser la heredera de la que pudo conocer Courveille. En todo caso, cuando éste llega a Lyon, desarrolla una estrategia de agrupamiento muy típica de las AA. Por otro lado, las resoluciones de Marcelino de 1810-1812 parece marcadas por la pertenencia no a una AA sino a una congregación mariana.²⁵

Es inútil llevar más lejos los detalles, pero conviene tener presente que la espiritualidad marista y consiguientemente la de Champagnat se

²⁰ Tratado sobre la estima de las AA, archivo de los jesuitas de Vanves, CA 101/2, p. 354-362.

²¹ Champagnat formó parte de una de ellas en seminario de Verrières.

²² Por otra parte, J. C. Colin emplea la expresión “pequeña sociedad” para designar a la naciente Sociedad de María.

²³ Archivos de los Cartujos, papeles Mioland.

²⁴ Vida del P. Barry, trapense de Aiguebelle.

²⁵ Invocación a María y a san Luis Gonzaga, y preocupación por dar buen ejemplo.

inscribe en una corriente espiritual precisa, para la que las expresiones “*Gloria de Dios y honor de María*”, “*Sagrados Corazones de Jesús y de María*”, “*un solo corazón y un mismo espíritu*” son corrientes, en los estatutos y en la correspondencia. Esta corriente, de origen jesuítico, asumida por los sulpicianos, es de espíritu mariano y apostólico.

Sin embargo, los maristas rompen con esta tradición, pues, en las AA y en las congregaciones marianas, la consagración consiste en elegir a María como Madre, Reina, patrona, abogada..., mientras que para los maristas (es la aportación de la *revelación* del Puy), es María la que ha elegido a su sociedad y a cada uno de sus miembros. También es cierto que entre los hermanos maristas esta convicción está menos marcada que en las otras ramas.

Terminemos, pues, esta primera parte recordando que la evolución de Champagnat parece haber conocido algunas etapas fácilmente detectables: entre 1810 y 1812 se produce una conversión en el seno de una congregación mariana; los años 1815-1816 revelan una maduración espiritual que termina en un proyecto apostólico personal: fundar a los hermanos. Y, casi al mismo tiempo, tiene lugar el encuentro con el grupo marista y el compromiso en el proyecto de Sociedad de María, parcialmente contradictorio con el primero. En 1827 se produce el paso por la noche del fracaso y en 1836 la toma de conciencia de su fin próximo. En 1840 Champagnat tiene conciencia de haber llevado a buen término y unificado su doble tarea, puesto que sus hermanos forman ya parte de la Sociedad de María, a cuya construcción había tan eficazmente contribuido.

Desde 1815-1816. su espiritualidad nos aparece como profundamente mariana y apostólica. Es probable que las epístolas de san Pablo, María de Ágreda, la tradición de las AA tuvieran una influencia durable sobre él. Las pruebas sufridas entre 1825 y 1827 parecen haberle hecho entrar en una mística de abandono a Dios, expresada en el *Nisi Dominus*. Me parece, sin embargo, que el centro de su espiritualidad se sitúa más bien en la contemplación de la unión íntima entre Jesús y María, como si su teología espiritual estuviera fundada más sobre la cristología y la Encarnación que sobre un teocentrismo bien definido.

3/ DESDE EL FUNDADOR A LA DOCTRINA OFICIAL

En la parte precedente no he utilizado como fuentes más que aquellas que vienen directamente de Champagnat. Pero la memoria del fundador se ha conservado también en los manuscritos y en las libretas de los

hermanos Juan Bautista y Francisco, que recogieron personalmente o a través de los hermanos, la enseñanza oral dada en sus numerosas instrucciones. Ciertamente que son fuentes de valor más aleatorio, pues estos documentos están tomados directamente de sus palabras, pero a la vez modificadas y luego completadas. Si no se puede garantizar absolutamente que traduzcan la teología espiritual del fundador, permiten por lo menos acercarse mucho y permiten aclarar la historia espiritual de la congregación entre 1817 y 1850.

No pretendo dar una visión exhaustiva de los centenares de instrucciones diversas que nos quedan del fundador o de sus sucesores, y que actualmente son explotables,²⁶ sino fijar la atención en algunos puntos de la espiritualidad.

AI LA HUMILDAD: DE LA IMITACIÓN DE MARÍA A LA VIRTUD ASCÉTICA

Así, sobre la humildad, un estudio de los manuscritos me permite concluir que se pasó progresivamente de la noción única de humildad al binomio humildad – sencillez, para llegar a la tríada humildad, sencillez y modestia: proceso normal por otra parte, pues al precisarse, la teología espiritual marista tenía necesidad de distinguir nociones bastante cercanas. Sin embargo durante la elaboración de una doctrina más precisa, pudieron romperse unos lazos vitales, haciendo deslizar la humildad desde su estatus de actitud espiritual al de una virtud ascética. Sea como fuere, aparece:

1º Que la humildad marista primitiva no se concibe fuera de la relación con María, y por consiguiente, de la Encarnación y de la Trinidad. Pero este aspecto, propiamente especulativo, no aparece más que en algunos textos que luego serán olvidados.

2º Que la humildad marista se percibe como un abandono filial en María, madre no solamente de las personas, sino también del cuerpo que lleva su nombre. En esta relación privilegiada entre la Madre y el Hijo – entre la Madre y los hijos – que ilustra el *“Todo a Jesús por María...”* podemos situar la base de una verdadera mística marista, vivida más que pensada.

²⁶ Ver A. Lanfrey, Un “eslabón perdido” de la espiritualidad marista. Los manuscritos de instrucciones de los hermanos Juan Bautista y Francisco, Roma, 2000, 158 páginas. Ver también: Catálogo general de los manuscritos de los hermanos Francisco y Juan Bautista, Roma, junio 2000, 47 páginas.

3º Que la humildad marista se sitúa de este modo en una tradición monástica y ascética, que, muy marcada al principio, parece ir difuminándose luego para triunfar con la estructuración de la congregación a mediados del siglo XIX.

4º Que la humildad marista tiende a tomar una coloración social y profesional (vivir en la modesta condición de maestro sometido a las autoridades) a medida que la congregación se desarrolla y se especializa en la enseñanza.

Resulta, por consiguiente, claro que la doctrina espiritual contenida en la literatura oficial de la congregación, establecida entre 1852 y 1856 (*Reglas Comunes, Guía del Maestro, Vida...*) no refleja sino indirectamente la espiritualidad original del Instituto. Gracias a los manuscritos de instrucciones parece posible remontarse hasta el Fundador y, a veces, a los primeros años del Instituto. Para conocer bien su espiritualidad original no podemos ya contentarnos con la literatura impresa.

BI LA VIRTUD DE LA RELIGIÓN: CUMPLIR LOS DEBERES PARA CON DIOS

Cuando recorremos las colecciones de instrucciones dejadas por los hermanos Juan Bautista y Francisco, encontramos muchos textos sobre Jesús y María, lo que nos sitúa ciertamente en la línea del P. Champagnat, con una profusión de instrucciones ascéticas, pero pocas cosas sobre Dios o la Trinidad, como si la relación con Dios, el teocentrismo, fuera algo impensado en la teología espiritual marista.

Pero, de hecho, el teocentrismo marista se manifiesta esencialmente por la virtud de la religión, de la cual santo Tomás hace un anejo de la justicia: *“La justicia, en general, consiste en dar a cada uno lo que le es debido: sus “partes” suponen la religión, que concierne al homenaje y al culto debidos a Dios (...), la piedad, que concierne al deber para con los padres, la “observancia”, que engloba el deber para con los superiores en dignidad o en responsabilidad”*.²⁷

Y así, la teología espiritual marista desarrolla muy numerosos textos sobre el pecado y el horror que se debe tener hacia él, el fin del hombre, la vocación, el cielo, el infierno... todos los cuales tienen por finalidad recordar la necesidad de dar a Dios el culto que le es debido y la profun-

²⁷ Diccionario de Espiritualidad, tomo 13, artículo Religión, col. 309.

da perversidad de los que se alejan de sus deberes de justicia en este punto. Correríamos el riesgo de falsear su sentido, si nos contentáramos con ver en estos textos una obsesión moralizadora un poco mórbida, o la religión del miedo.

Lo mismo ocurriría cuando el P. Champagnat o los superiores recomiendan a los hermanos el respeto para con las autoridades civiles o eclesiásticas y piden que se inculque a los alumnos este respeto; asimismo, cuando recomiendan vigilarlos continuamente para preservar su inocencia no es fundamentalmente por obsesión del pecado y por conservatismo social, sino porque están impregnados del sentido de la justicia que se debe dar a Dios y a sus criaturas.

Dicho así, esta virtud de la religión, que establece un vínculo casi jurídico entre Dios y el hombre, se sitúa esencialmente en el registro de los deberes para con un Dios soberano y sus representantes en la tierra. Supone, pues, una disciplina ascética, compuesta por el temor al pecado y el cuidado por cumplir los mandamientos. Vemos que una lectura rápida de la espiritualidad marista tendería a hacernos pensar que el hermano está invitado a cumplir sus deberes para con Dios y a amar a Jesús y María. Es, por otra parte, un esquema conforme a la religiosidad católica del siglo XIX, a la cual los hermanos no podrían de ningún modo sustraerse.

CI PRESENCIA DISCRETA DEL TEMA DEL AMOR DE DIOS

Pero tenemos que puntualizar este cuadro, pues algunas instrucciones están claramente fundamentadas sobre el amor de Dios, por ejemplo aquella que trata del *“Espíritu filial para con Dios”*,²⁸ que es *“una feliz disposición del alma que nos hace mirar a Dios como el mejor de los padres y nos induce a descansar tranquilamente en Él sobre todo lo que nos concierne, sabiendo que tiene cuidado de nosotros, y a no preocuparnos más que en buscar los medios de agradarle y de cumplir su santa voluntad (...) El espíritu filial es además el abandono de sí mismo en las manos de Dios (...) que nos hace ir a Él con la misma libertad y la misma despreocupación que un hijo querido”*.

²⁸ Apunte 307 del H. Francisco, p. 993. Probablemente no es del P. Champagnat.

Añadamos que el H. Francisco nos transmite estas palabras del P. Champagnat del año 1823:²⁹ “¿Toma usted al buen Dios por un tirano y cree ha instituido la confesión para tiranizar a los hombres? (...) Uno está contento, está alegre cuando está al servicio de un buen amo, ¿y qué mejor señor que el bien Dios?”

Por esto me pregunto si no habrá sido el H. Francisco, y en esto se distinguiría del H. Juan Bautista, en el Instituto el gran apóstol del amor de Dios; pues sus libretas de notas están llenas de oraciones y de *aspiraciones*³⁰ dirigidas a Dios, de un tono francamente místico, parecidas a ésta: “Dios mío, mi todo, mi soberano y mi último fin, sólo a vos quiero. Dios purísimo en su entendimiento, sin ningún rayo de luz. Dios purísimo en mi voluntad, sin ningún fuego de fervor. Dios purísimo, sin ninguna dulzura de consolación”.³¹

Sin embargo, globalmente la espiritualidad marista trata de forma problemática la relación con Dios. La insistencia sobre las grandes verdades, muy fuerte en el H. Juan Bautista, manifiesta un temor bastante superficial, que es menos el temblor de la criatura ante la grandeza divina que el sentimiento del criado para con su amo. Si está presente la imagen de Dios Padre, aparece menos impositiva que la de Dios amo exigente. Tal vez se pueda resumir la teología espiritual marista diciendo que para con Dios es esencialmente purgativa, mientras que para con Jesús y María es más bien unitiva. Resumiendo: que la Trinidad está mal relacionada con la Encarnación.

DI LA PRESENCIA DE DIOS: ¿ACTITUD MÍSTICA O EJERCICIO DE PIEDAD?

Maticemos una vez más la afirmación que hemos hecho de que la presencia de Dios es central en la teología espiritual marista. En la *Vida* se le consagra un capítulo y en su testamento el P. Champagnat la considera como “*el alma de la oración y de la meditación*”, y por consiguiente como una actitud general para con Dios más que como un ejercicio de piedad.

²⁹ Notas de retiro, manuscrito 302, p. 6.

³⁰ Oraciones jaculatorias de un gran contenido místico.

³¹ Apunte 303, página 588. Texto de 1844, inspirado en el P. Guilloré.

El mejor texto marista sobre la presencia de Dios no está en la *Vida*³² sino en una colección de instrucciones del H. Francisco.³³ Con el título de “*Ejercicio de la presencia de Dios*”, es mucho más que eso: es una reflexión sobre las perfecciones divinas cuyo conocimiento suscita en nosotros el temor, pero al mismo tiempo nos revela la santidad y la bondad de Dios, que nos llevan al amor. De este modo, como Dios nos ve en lo más íntimo de nosotros mismos, nos purificamos, y luego, entrando en el amor divino, caminamos con decisión y rapidez hacia la perfección.

De este texto, que invita a la vida unitiva con Dios, el H. Juan Bautista sacó una doctrina bastante vulgar que tenía la ventaja de ser más fácilmente comprensible. Pero esta opción, demasiado devocional, tiene el inconveniente de rebajar una noción de sabor místico. Y así, cuando en el Instituto se use la célebre fórmula “*Dios me ve*” se la entenderá con “*Dios me vigila*”, cuando su significado es: Dios me acompaña con su amorosa mirada, pidiéndome a cambio una actitud filial. La misma expresión, según se la interprete en términos ascéticos o místicos, cambia completamente de sentido. También en otros muchos temas la literatura del Instituto parece haber elegido la primera interpretación.

El ¿ESPIRITUALIDAD O ÉTICA EDUCATIVA?

En 1853, el Capítulo general termina de redactar la *Guía del Maestro*, carta magna educativa del Instituto. Pero ese libro había sido precedido de numerosas instrucciones que han quedado manuscritas, en particular el voluminoso “*Tratado sobre la educación*”³⁴ una parte del cual viene, al parecer, del P. Champagnat y la otra del H. Juan Bautista.³⁵ De todos estos textos emergen dos síntesis de educación marista: considerando la primera al hermano marista como el ángel custodio de los niños³⁶ y tratando la segunda de “*Jesucristo resucitado modelo del religioso educador*”.³⁷

³² Aunque le inspire en gran manera.

³³ Libreta 308, p. 916-922.

³⁴ Llamado por el H. Paul Sester “Apostolado de un Hermano marista” (A. D. F. M.).

³⁵ Véase A. Lanfrey *Elaboración del pensamiento educativo marista. “Apostolado de un Hermano marista”, sus fuentes y su influencia. 1824-1868*, Roma, 2000, 70 páginas.

³⁶ *Guía del Maestro*, 2ª parte, cap. VII. Este capítulo se inspira en las instrucciones sobre los ángeles, contenidas en los manuscritos 307, p. 101, 384 y 308, p. 940.

³⁷ Colección de instrucciones 308, p. 1297.

Sobre el primer tema se opera in deslizamiento de perspectiva: Los ángeles, vistos en primer lugar como la corte celestial dividida en tres jerarquías ante el trono de Dios, se convierten en los ángeles custodios de los niños, es decir, poco más o menos, como sus supervisores, dedicados a su tarea, pero vigilantes. El texto normativo de la *Guía* reduce pues la importancia de la doctrina sobre los ángeles que veía en ellos como emanaciones de los atributos divinos, los perfectos adoradores y los ministros de la solicitud divina para con el cosmos y los hombres. Desconectado de esta tradición, el texto de la *Guía* parece hacerse leer en tres claves de lectura: una clave retórica, que hace del ángel de la guarda la metáfora del educador perfecto; una clave ascética que traza el retrato moral del maestro cristiano; y una clave teológica que mira a los ángeles como imágenes de la benevolencia divina para con los hombres. Esta última clave es la menos visible de las tres, a pesar de instrucciones anteriores que apoyaban decididamente esta interpretación.

Estamos en este caso también, una vez más, ante un fenómeno de banalización de la doctrina marista, difícilmente evitable por otra parte cuando se quieren transformar unas instrucciones en textos normativos. De donde proviene una cierta superficialidad en la doctrina educativa marista que presenta al hermano como un ser obediente (que no se ha rebelado como los ángeles malos), encargado de fundir a los niños en un molde preestablecido. Ciertamente que los hermanos deben actuar con solicitud y respeto, pero, en realidad, no se tiene en cuenta la libertad del niño. Por otra parte, la imagen del ángel custodio aparece tan retórica y moralizadora que el Instituto parece formular en la *Guía del Maestro*, una ética del educador marista antes que una verdadera espiritualidad.

En cierto modo nos podemos preguntar si la práctica educativa marista no es más espiritual que su codificación, pues la cartas del P. Champagnat y muchos otros textos revelan un verdadero amor por los niños. Descubrimos en este punto una distorsión entre la doctrina y la vida, que, por desgracia, se produce siempre.

El tema de Jesús resucitado es rico en espiritualidad: separado de los apóstoles, llevando por consiguiente una vida oculta, pero instruyéndoles, corrigiéndoles, animándoles y cuidándoles, no sólo en sus almas, sino también en sus cuerpos, es el modelo perfecto del catequista. Esta instrucción, compuesta hacia 1850, es ciertamente del H. Francisco, en un momento en que se impuso la palabra "instructor" para designar a los maestros de escuela. Representa una voluntad de apertura, considerando la instrucción profana, así como la educación física, como parte integrante de la misión del hermano,. Pero no llega sino a medias cumplir su

misión, puesto que la formación del espíritu y el cuidado del cuerpo siguen estando subordinados a la educación del alma. Y sigue existiendo en los textos una ambigüedad respecto al término “instructor”, que parece mal separado de la función de catequista.

Al poner por modelos a seres intermediarios entre el cielo y la tierra (los ángeles y Jesús resucitado), la pedagogía marista aparece, al menos en sus teorías, no solo en contradicción con la espiritualidad marista misma, como una pedagogía más del alma que de la Encarnación, sino también mal armada, por eso mismo, para ser pensada en coherencia con un mundo profano que coloca cada vez más sus prioridades en las cosas del espíritu y del cuerpo.

CONCLUSIÓN: ¿“ASCETIZACIÓN” DE LA DOCTRINA?

La confrontación de los manuscritos con la literatura impresa produce pues la impresión de que, hacia 1850, se opera una “*ascetización*” de la doctrina: la presencia de Dios, primeramente actitud espiritual general, se convierte en simple ejercicio de devoción; la humildad se separa parcialmente del modelo mariano para convertirse en virtud autónoma; la espiritualidad educativa se debate por encontrar una expresión que sobrepase la retórica o la ética.

Por una parte hay que convenir en que tal evolución era fatal mientras se hacía el esfuerzo por codificar la doctrina. Por otra parte, debemos tener presente que esta reducción normativa estaba todavía compensada por la permanencia de una poderosa tradición espiritual oral, realimentada sin cesar por las conferencias de los superiores que volvían a presentar las enseñanzas del P. Champagnat. El problema fundamental reside en que las colecciones de instrucciones que mejor traducían la espiritualidad primitiva, y en las que se inspiraban los superiores, fueron pronto olvidadas, cuando hubieran podido continuar iluminando la literatura impresa, declarando ésta de dónde procedía y que no era más que una simplificación y una compilación más o menos feliz de una primera teología marista que se remontaba hasta el fundador.

4/ LAS PRIMERAS SÍNTESIS DE LA ESPIRITUALIDAD MARISTA

En la primera parte hemos trabajado con los escritos del P. Champagnat. En la segunda hemos mostrado la importancia de las fuentes manus-

critas, inexploradas hasta ahora, dando una visión de la espiritualidad marista que va desde los primerísimos años hasta hacia 1850, que ha servido de base de datos a la literatura impresa de los años 1852-1856. Ahora vamos a realizar una operación inversa, es decir hacer ver que esta literatura, como en un terreno geológico, muestra superpuestos los estratos de la teología espiritual anterior, tratando al mismo tiempo, con mayor o menor destreza, de construir síntesis espirituales sistemáticas. En resumen, esta literatura se enfrenta a una temible contradicción: ser a la vez un trabajo de memoria y de sistematización de la espiritualidad.

AI LA VIDA DEL P. CHAMPAGNAT: ¿EN LA TRADICIÓN MONÁSTICA?

En el prefacio de esta obra el H. Juan Bautista sitúa al P. Champagnat en la línea de los grandes fundadores de órdenes monásticas: Los padres del desierto, san Benito, san Francisco de Asís, que dejaron una regla de vida para sus discípulos.³⁸ Al hacer esto, el H. Juan Bautista hace depender la regla de 1852 y el P. Champagnat de una tradición prestigiosa. Pero al asimilar a los hermanos maristas a una orden monástica, traiciona un poco el ideal apostólico de los orígenes, asimilándolo a un modelo patriarcal. Y con ello revela una concepción político-religiosa tradicional en un siglo que precisamente ve desvanecerse a todos los niveles el modelo patriarcal. En cierto modo, parece endurecer el proyecto marista inicial para fundar mejor la regla de 1852 y, tal vez también, para fundamentar al Instituto contra el espíritu del mundo.

Este trabajo histórico, este prefacio nos es precioso, pues en su página IX parece evocar dos fases sucesivas de la teología marista primitiva:

³⁸ Es significativo que no mencione a los fundadores de órdenes apostólicas, como Ignacio de Loyola y Vicente de Paúl.

Vida, p. IX, arriba de la página

“Esta Vida (del Fundador) (...) es para nosotros una regla en acción, que en cada página nos enseña lo que debemos hacer para ser religiosos **piadosos, fervientes, celosos** por la gloria de Dios, llenos de **amor a Jesucristo**, religiosos verdaderamente **devotos de María** y verdaderos **imitadores de la humildad, de la sencillez, de la modestia y de la vida oculta** de esta augusta Virgen. Cada uno de nosotros, al estudiar, al meditar las virtudes cuyo cuadro nos presenta esta vida, debe decirse: Este es el modelo que debo copiar, que debo esforzarme en reproducir; y no seré un perfecto religioso, un verdadero Hermitaño de María, sino cuando me parezca a este prototipo de la perfección de mi estado.”

Vida, p. IX, abajo de la página

“Miremos continuamente a aquel que Dios nos ha dado como padre y como modelo, examinemos cuál ha sido su **espíritu de fe**, su inmensa confianza en Dios, su **celo** ardiente por la salvación de las almas, su **amor tierno y generoso por Jesús**, su **piedad filial para con María**, su **profunda humildad**, su **mortificación**, su **desprendimiento de las criaturas**, su **constancia** en el servicio de Dios.”

Aunque el primer texto sea más largo que el segundo, ofrece un programa más estrecho, en cinco puntos solamente, mientras que el segundo ofrece nueve.

1ª interpretación de la espiritualidad marista

1/ “Ser religiosos piadosos, fervorosos,
2/ celosos de la gloria de Dios,
3/ llenos de amor por Jesucristo,
4/ religiosos verdaderamente devotos de María
5/ y verdaderos imitadores de la humildad, sencillez y modestia, y de la vida oculta de esta augusta Virgen.”

2ª interpretación

1/ “Examinemos cuál ha sido su **espíritu de fe**,
2/ su inmensa confianza en Dios,
3/ su **celo** ardiente por la salvación de las almas,
4/ su **amor tierno y generoso por Jesús**,
5/ su **piedad filial para con María**,
6/ su **profunda humildad**,
7/ su **mortificación**,
8/ su **desprendimiento de las criaturas**,
9/ su **constancia** en el servicio de Dios.”

A mi entender, el primer programa parece formular una doctrina de los años 1820, en la época de La Valá, y está cerca del espíritu del famoso diálogo traído en al *Vida*, entre el P. Champagnat y el H. Lorenzo subiendo a El Bessat. El segundo manifiesta una mayor elaboración: piedad y fervor son ahora reemplazados por espíritu de fe y confianza en Dios. La humildad aparece separada de la devoción mariana. Los tres últimos puntos dan un tinte ascético que no existe en el primer programa. Este programa parece que es de los años 1830-40, preocupado por luchar contra la inconstancia de los hermanos y de sus tentativas de aburguesamiento relativo. Es éste precisamente el que sirve de base principal a la segunda parte de la *Vida*:

Virtudes del hermano marista (1er. Programa)	Prefacio: virtudes del P. Ch. (p. IX)³⁹	Capítulos de la 2ª parte de la <i>Vida</i> (1856)
1/ “Religiosos piadosos, fervorosos,	1/ “Espíritu de fe, 2/ Confianza en Dios,	1/ Retrato y carácter. Alegría 2/ Del espíritu de fe del P. Champagnat 3/ Su confianza en Dios, 4/ Su amor por la oración 5/ Su recogimiento y su cuidado para conservarse en la presencia de Dios
2/ Celosos de la gloria de Dios,	3/ Celo ardiente por la salvación de las almas,	20/ Su celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas 21/ De su caridad para con los pobres 22/ Lo que hizo por la instrucción primaria 23/ Enseñanzas del P. Champagnat sobre la educación
3/ Llenos de amor por Jesucristo, 4/ Verdaderamente devotos de María 5/ Verdaderos imitadores de la humildad,...	4/ Amor tierno y generoso a Jesús, 5/ Piedad filial para con María, 6/ Humildad, 7/ Mortificación, 8/ Desprendimiento de las criaturas, 9/ Constancia en el servicio de Dios.”	6/ Su amor por Nuestro Señor 7/ Su devoción a la Santísima Virgen 12/ De su humildad 11/ De su amor por la mortificación 10/ De su desasimiento de sus parientes y de todas las criaturas 24/ De su constancia

³⁹ Este programa de santidad pudo haber sido añadido durante la redacción de la *Vida*.

Hagamos notar que la *Vida* toma, principalmente en los doce primeros capítulos, los temas fundamentales de los dos programas del prefacio. Los únicos que son relegados al final son los temas del celo y de la constancia.

El cuadro que sigue nos presenta los capítulos que no figuran en ninguno de los dos programas del prefacio y que parece que proceden de la iniciativa del H. Juan Bautista y constituyen, pues, un aporte importante a la teología espiritual marista del tiempo del Fundador, teniendo como finalidad completar el abanico de las virtudes y poner de relieve la función “abacial” del P. Champagnat:

- 8/ De su obediencia y de su respeto por el clero
- 9/ De su amor por la pobreza
- 13/ De su amor por la pureza
- 14/ Su amor por el trabajo
- 15/ De su amor a los hermanos y del cariño que los tenía
- 16/ Con cuánto amor corregía a sus hermanos de sus defectos y los formaba en la virtud
- 17/ Con qué cuidado formaba a los hermanos directores
- 18/ Lo que hacía para conservar a los hermanos en su vocación
- 19/ Precauciones para conservar a los hermanos en el espíritu de su estado. Su firmeza por mantener la regla

Lo que llama la atención en el orden de los capítulos de la *Vida*, es que el celo, que al principio formaba parte de las primeras virtudes, ahora es colocado en el último lugar. A mi entender, esta elección es coherente con el objetivo que se pretendía: en una orden monástica el celo es de importancia secundaria. Y así el Instituto es pensado, en teoría, como una orden religiosa y apostólica más que como una congregación apostólica.

BI LAS SERIES DE SENTENCIAS DEL FUNDADOR (1822-1840)

Sin duda que en los primeros años del Instituto se escribía muy poco, en algunos casos por incapacidad y por falta de tiempo. Habrá que esperar a los últimos años de la vida del Fundador para poder disponer de un equipo de litografía. Lo esencial de la espiritualidad se expresaba pues oralmente y necesitaba recursos mnemotécnicos como las sentencias o máximas del Fundador que, breves y agrupadas en series, constituyen las primeras síntesis de la doctrina espiritual. Es probable que hayan apare-

cido listas sucesivas más o menos iguales, como sucede normalmente cuando la imprenta no ha fijado los textos.

Pongamos un poco de orden en todo esto. El H. Juan Bautista en la *Vida* (p. 107-110, capítulo X) sitúa entre los años 1822-23 la primera serie de 15 sentencias, que se encuentran, además, con algunas variantes, en las sentencias números 43 a 51 en una lista de 52 sentencias dada en el *Manual de Piedad*, publicado en 1855. Los *Principios de Perfección*, que suceden al *Manual de Piedad* en 1866 traen una lista de 80 sentencias, que parece que engloban de hecho tres listas diferentes, desde la 1 a la 42; desde la 43 a la 51 y desde la 51 a la 79.

La primera serie, la más antigua, da los temas siguientes:

Vida, C. 10, p. 107-109	Manual de Piedad
1/ Un hermano que no sabe rezar es incapaz de hacer bien a los niños. ⁴⁰	Probablemente nº 43
2/ Sin piedad, imposible vivir como religioso.	
3/ Un religioso sin piedad no puede mar su vocación.	Nº 44
4/ La virtud es fácil cuando se ama a Jesús...	Nº 45
5/ Sería vergonzoso que el amor de Jesús tuviera menos poder para el religioso que el amor del dinero para los mundanos.	
6-7/ El que ama a María ama a Jesús. María sólo nos recibe para darnos a Jesús.	Nº 42
8/ Jesús sólo da la devoción a María a las almas privilegiadas.	Nº 46
9/ Las virtudes son como las rosas entre espinas...	Nº 47
10/ Un religioso es más dichoso en la piedad que un mundano con sus riquezas.	Nº 48
11/ Los mundanos hacen ruido porque su corazón es infeliz.	Nº 49
12/ Los hermanos son apóstoles por su vocación.	
13/ Nada debe desear tanto un hermano como ser buen catequista.	Nº 50
14-15/ Hacer bien el catecismo es rezar mucho por los alumnos y darles buen ejemplo.	Nº 51

⁴⁰ Las formulaciones consignadas aquí no son literales, sino que se contentan con dar el sentido.

Se puede, pues, afirmar que hacia 1822-23 la doctrina espiritual marista de las sentencias apuntaba los temas siguientes, que están bastante cerca, por su número (cinco) y por su contenido, muy próximos de la lista del primer programa de santidad contenido en el prefacio de la *Vida*:

- Piedad: sentencias 1-3
- Amor de Jesucristo: 4-5
- Amor de Jesús y de María: 6-8
- Felicidad de la vida religiosa: 9-11
- Celo: 12-15.

En cuanto a las otras dos series indicadas, están cerca la una de la otra, y también del segundo programa de santidad expuesto en el prefacio de la *Vida*:

**Sentencias 1-41 del
*Manual de Piedad***

- 1/ **Alegría:** 1-3
- 2/ Espíritu de fe y **confianza en Dios:** 4-48
- 3/ **Oración y presencia de Dios:** 9-13
- 4/ **Obediencia:** 14
- 5/ **Mortificación:** 15-18
- 6/ Orgullo, humildad: **19-20**
- 7/ **Celo, educación, catecismo:** 21-28
- 8/ Alejamiento de los parientes: **29-32**
- 9/ Vocación: **33-41**

**Sentencias 51-79 de
*Principios de Perfección***

- 1/ **Confianza en Dios:** 51-53 + 71
- 2/ **Oración:** 54-57
- 3/ **Presencia de Dios:** 58-59
- 4/ Amor a Jesucristo: 60-62
- 5/ Devoción a María: 63
- 6/ **Obediencia:** 64
- 7/ **Mortificación:** 65
- 8/ **Alegría:** 66-70
- 9/ **Celo:** 72-79

En los *Anales del Instituto*, redactados tardíamente, pero ampliamente basados en la tradición oral del Instituto, el H. Avit menciona en el año 1832 los títulos de las principales instrucciones que el Fundador había impartido *desde hacía varios años*. Curiosamente, se encuentran en ellos ampliamente representados los temas de las dos listas de sentencias citadas arriba:

1/ Sobre la fortaleza de espíritu y la santa alegría. 2/ Sobre el espíritu de fe. 3/ Sobre la desconfianza de sí mismo y la confianza en Dios. 4/ Sobre la presencia de Dios. 5/ Sobre la pobreza. 6/ Sobre la obediencia. 7/ Sobre el celo. 8/ Sobre la devoción a María.

Digamos, por fin, y esto no carece de importancia, que casi todas

las sentencias se vuelven a encontrar en los capítulos de la segunda parte de la *Vida*, señal de que el H. Juan Bautista ha querido integrar esta tradición en la síntesis doctrinal que está construyendo.

El estudio de las series de sentencias nos lleva a la misma conclusión que la que sacábamos de los programas de santidad: hacia 1822-23 la doctrina marista queda fijada en torno a cinco puntos fundamentales. Luego, se hace más compleja y se amplifica hasta nueve. Como es normal en cualquier tradición oral, las series manifiestan variantes, pero el fondo común es innegable. Y podemos decir que estas listas de nueve temas traducen la espiritualidad marista, elaborada ya en torno a 1832, si hemos de creer al H. Avit.

Notemos además que los textos provenientes del P. Champagnat presentan formulaciones de un mismo espíritu pero de forma bastante diferente, como si la tradición de los hermanos se construyera de manera autónoma con respecto a él. Tal vez se puede percibir en ello el hiato normal entre la expresión de la espiritualidad del maestro y la de los discípulos.

De todas las maneras, la circular del 19 de enero de 1836 presenta un programa de santidad que anuncia ya el Testamento Espiritual:

“Servir a Dios con fervor”, es decir:

- cumplir los deberes de su estado
- desprender el corazón de las criaturas, para entregarlo a Jesús y a María
- abandonarlo a los movimientos de la gracia.

“Imitar y seguir a Jesucristo:

- con un tierno amor a los niños
- formándolos en la piedad.

“Hacer reinar la caridad:

- por la humildad de los que obedecen
- por la caridad de los que mandan.

“Ser celosos de la propia perfección:

- por la observancia a la regla.

En su Testamento Espiritual, en 1840, el P. Champagnat, después de haber pedido, en nombre del amor a Jesucristo, la obediencia de los inferiores y la caridad de los superiores, recomienda a los hermanos: 1/ presencia de Dios, fuente de la oración y de la meditación; 2/ obediencia y sencillez; 3/ devoción a María, a José y a los santos ángeles;⁴¹ 4/ fidelidad a la

⁴¹ En un espíritu de celo: difundir la devoción a María; ser los ángeles custodios de los niños.

vocación; 5/ pobreza y desprendimiento; 6/ fidelidad a la regla, guardiana de la castidad.

A la muerte del Fundador hay ya ciertamente una teología espiritual, vehiculada por la tradición oral, las instrucciones, las colecciones de sentencias, las circulares y finalmente por el Testamento Espiritual. Pero si todas estas fuentes revelan un fondo común innegable, sus variantes presentan un problema. Conscientes de él, desde 1840 a 1852-56, los superiores trabajarán por construir a partir de este corpus, una doctrina oficial que la imprenta permitirá fijar definitivamente. Preocupados por no dejar perder este tesoro, procedieron por compilaciones más o menos felices (por ejemplo las colecciones de sentencias una tras otra y reutilizadas en la *Vida*) y por esfuerzos de síntesis, digamos que bastante satisfactorias, como la segunda parte de la *Vida*. Es importante que los lectores de esta literatura relativamente tardía sepan que es fruto de una ya larga evolución, producida probablemente por diferentes corrientes, cuyas dos fases anteriores hemos podido distinguir.

CI LA CIRCULAR SOBRE EL ESPÍRITU DE FE: UNIFICAR LA ESPIRITUALIDAD

La redacción de las *Reglas Comunes* (1852) inaugura la oficialización de la doctrina marista. Pero no es su primera síntesis después del Fundador, pues la circular sobre *El espíritu de fe*, redactada en cuatro partes por el H. Francisco entre 1848 y 1851, la precede claramente. Completamente olvidada hoy, merece ser traída a la luz, pues influencia profundamente el capítulo de la *Vida* sobre este tema, así como la segunda parte de la *Reglas Comunes*, que comienza por un capítulo sobre el espíritu de fe. Aunque no cita ni siquiera una vez al P. Champagnat, está llena de sus enseñanzas.⁴²

Aunque bastante confusa y traicionando un control relativo sobre las fuentes utilizadas (san Pablo, los evangelios, Rodríguez...), constituye un meritorio esfuerzo de síntesis de la espiritualidad marista. Para el H. Francisco, en efecto, el espíritu de fe no es *una simple práctica de piedad* ni *una doctrina sobre la vida mística hecha únicamente para contemplativos*,

⁴² Véase André Lanfrey: La circular sobre el espíritu de fe, en Cuadernos Maristas, nº 16, noviembre de 2000, páginas 21-52.

sino la doctrina de la salvación, que pide a todo cristiano que lleve su cruz a imitación de Jesucristo. Propone pues un modelo de santidad muy diferente del propuesto en el prefacio de la *Vida*, puesto que en ella no hace ninguna alusión a la vida monástica. Al contrario, esta vida de fe está presentada como la que corresponde a cualquier cristiano iluminado por la Escritura. Aunque se defiende de una posible acusación en este sentido, el H. Francisco propone una concepción de la santidad integrada fuertemente en la vida mística. Sin embargo, como se dirigía a hermanos, les propone un programa de santidad más específico, aunque fundamentado en la vida bautismal, que creo podremos sintetizar de esta manera:

El bautizado	El maestro	El religioso	El hermano de María
Espíritu de fe	Celo	Consejos evangélicos	Humildad, vida oculta

Aunque el tono general de la circular es ascético, el H. Francisco lo abandona frecuentemente, como en este pasaje en que trata de la presencia de Dios:

“Pero busquémonosle ante todo dentro de nosotros mismos, en el fondo de nuestro corazón; pues allí es donde Él habita como en un santuario, para recibir allí nuestras adoraciones y nuestros homenajes (...). Entremos pues con frecuencia en esta celda interior, en este templo de nuestra alma para encontrar en él a Dios, para conversar con Él y cumplir con Él nuestros deberes (...) En esto está el gran secreto de la santidad y de la perfección.”

Este fondo del corazón del que nos habla ¿no acerca al H. Francisco a la *finis puncta del alma* de los místicos, *al fondo del alma*, preferido de la mística especulativa reno-flamenca?

Seguramente nos podemos preguntar si un texto tan largo y complejo no estaría un poco por encima de las mentes de la mayoría de los hermanos. Sin embargo fue suficientemente comprendido por un apreciable número de ellos para influenciar profundamente la *Vida* y las *Reglas Comunes*, aunque, puesto como un capítulo entre otros, haya perdido el carácter de síntesis de la espiritualidad que el H. Francisco había querido darle. Hoy este texto está bastante olvidado, tal vez porque nuestra visión se corresponde demasiado con un defecto que el H. Francisco denuncia en esta misma instrucción al hablar de la lectura espiritual:

“Hacemos nuestras lecturas por espíritu de curiosidad y de vanidad

(...). *Y así los libros santos, los libros de piedad son para nosotros como libros sellados, en los que no vemos nada, no comprendemos nada y que, escritos para iluminarnos y conmovernos, nos dejan siempre en la ignorancia de las cosas de Dios y en la tibieza para servirle.*”

Esta queja del H. Francisco se junta a las de los espirituales de todos los tiempos y debería incitarnos a considerar que la literatura marista, sobre todo la del H. Francisco, merece una relectura con una clave de interpretación decididamente espiritual, por no decir mística.

DI EL MANUAL DE PIEDAD: UNA SÍNTESIS OLVIDADA

En 1855 se publica el *Manual de Piedad*, catecismo destinado a la formación de los novicios. En seguida se le conocerá con el nombre de *Principios de perfección*, pues su primera parte trata precisamente de este tema. Su tercera parte trae el texto de *oraciones diversas para santificar la jornada*. Pero será la segunda parte, titulada *cualidades de un buen hermano*, la que estudiaré con mayor atención, pues me parece una síntesis de la espiritualidad marista, parcialmente autónoma de las otras que hemos estudiado ya.

De hecho este *Manual* es el predecesor de los *Principios de Perfección* y del *Directorio de la piedad sólida*. Publicado, como he dicho, en 1855, es probablemente bastante anterior, y ha debido de ser lentamente elaborado, como manuscrito, por los maestros de novicios. Por eso es difícil atribuirle un autor. Sería, más bien, fruto de una corriente espiritual salida directamente del P. Champagnat y reelaborada por los hermanos encargados de la formación.

La segunda parte, que desarrolla las cualidades de un buen hermano, está distribuida en trece capítulos, todos ellos inspirados en las instrucciones del P. Champagnat.⁴³ Tratan sucesivamente de la piedad, del amor y del conocimiento de Jesucristo, de la devoción a María y a san José, del celo, de la apertura del corazón, de la obediencia y de la regularidad, del espíritu de familia, hecho de humildad y de alegría, y por fin de la constancia. Esto hace nueve capítulos en total, como en los programas espirituales de los años 1830, ya estudiados. Sin embargo, no aparecen temas

⁴³ Sus elementos los encontramos fácilmente en los Resúmenes de los hermanos Francisco y Juan Bautista.

fundamentales como el espíritu de fe y la confianza en Dios, lo que nos hace suponer un origen antiguo y el mantenimiento de un cierto arcaísmo espiritual. Sin embargo, y en sentido opuesto, se insiste mucho sobre la vida religiosa y comunitaria, lo que supone preocupaciones relativamente tardías. Resumiendo, como compuesto poco a poco, este manual acompaña el desarrollo del Instituto, conteniendo pasajes más o menos antiguos.

A pesar de un género literario hecho de preguntas y respuestas, lo que rompe continuamente el discurso, encontramos en cualquiera de sus partes, definiciones espirituales de elevado valor, como las de la sección que trata de la devoción mariana, donde se dice que se trata de *tomar el espíritu de María* y no solo de imitarla. Esta expresión está cerca del *vivir la vida de María* del P. Colin, que no consiste en prácticas especiales sino en una actitud *de identificación mística con María*.⁴⁴

En el capítulo XI de la primera parte, que trata del ejercicio de la presencia de Dios, encontramos una definición de esta presencia de un tono francamente místico, que no he encontrado en ninguna otra parte en nuestros textos primitivos: *“Es un sentimiento del Dios inefable que procura una paz infusa habitual, es el espíritu de nuestro Señor que llena el alma y que le sugiere en cada momento lo que debe hacer”*.

Tenemos pues que prestar mucha atención a este pequeño catecismo olvidado⁴⁵ porque es en buena parte una síntesis espiritual anterior a la literatura oficial del Instituto; porque es el testigo de un esfuerzo sistemático de formación de los hermanos comenzado en el tiempo del Fundador, y, en fin, porque encierra perlas espirituales que no se encuentran en ninguna otra parte.

CONCLUSIÓN

Si se ha comprendido bien el sentido de este ensayo se habrá notado que es fruto de un doble propósito: por una parte, reinterpretar las fuentes ya conocidas, como el Formulario o la *Vida* del P. Champagnat, y por otra, revelar los documentos que duermen en nuestros archivos, de un gran valor para la comprensión de los primeros decenios del Instituto.

⁴⁴ Diccionario de Espiritualidad, tomo 10, col. 470, al tratar de la mística mariana del P. Colin

⁴⁵ Según mis noticias, no subsiste más que un solo ejemplar en los archivos generales.

A mi entender, pues, la espiritualidad de Champagnat parece haber cristalizado desde 1815-16 en torno a dos líneas maestras. La primera es la de la humildad, ligada a una relación fuerte con María y que desemboca en la elección del catecismo y de la escuela como medios privilegiados de apostolado. (El proyecto de la Sociedad de María parece parcialmente contradictorio con esta actitud, que desembocará en la experiencia *Montagne*).

La segunda línea de la espiritualidad de Champagnat se encuentra evidentemente en el texto del Formulario marista, inspirado en san Pablo y en María de Ágreda, que mira a la Sociedad de María como una nueva *Ciudad Mística*, engendrada por la intercesión de María en Pentecostés.

Champagnat vivirá una larga tensión entre su vocación personal y su pertenencia al proyecto marista, que no se resolverá sino en el Testamento Espiritual.

La espiritualidad del hombre Champagnat pasará al cuerpo que fundó por sus instrucciones, sus sentencias, sus cartas y su ejemplo. De este largo inicio resultan dos programas sucesivos de santidad, uno en tiempos de La Valá, en cinco puntos, y el otro en nueve puntos, más ascético y preciso, que corresponde a la época del Hermitage. La tradición oral parece haber tenido una gran importancia en esta tradición, todavía poco fijada y que parece ya algo autónoma con respecto a la que el propio Champagnat manifiesta en su Testamento Espiritual.

Por esto los Superiores emprenden después de 1840 la tarea de constituir un cuerpo de doctrina único por medio de un esfuerzo de compilación de las fuentes. Fue el trabajo de los hermanos Juan Bautista y Francisco, que nos dejaron colecciones de instrucciones de la máxima importancia en las que bucearon para continuar la enseñanza oral y fijar una síntesis doctrinal clara. Este esfuerzo culmina en 1852-56 con las *Reglas Comunes*, la *Guía del Maestro*, la *Vida del Fundador*... La normalización de la espiritualidad trae consigo un cierto empobrecimiento. Tiende a hacer olvidar los esfuerzos anteriores ya realizados como la *Circular sobre el espíritu de fe* y el *Manual de Piedad*.

Por ello, desde 1852-56 hasta nuestros días la memoria espiritual marista se establece en torno a una literatura relativamente tardía, ignorando el Instituto cómo se ha elaborado, y que por lo tanto no puede ilustrarla con la tradición de los años 1817 a 1840, y conservada, sin embargo, en manuscritos que no han atraído la atención hasta el presente.

El estudio de estas fuentes, hasta ahora *desconocidas y ocultas*, me permite pues afirmar que, aunque la espiritualidad oficial de los años 1852-56 está fuertemente inscrita en la tradición que se remonta a Champagnat,

también es cierto que es una interpretación marcada por su época: mediados del siglo XIX. Por ello, ofrece un aspecto ascético y monástico en detrimento del soplo místico, más patente en los decenios anteriores.

Existe pues una auténtica espiritualidad marista. Pero para percibirla en toda su complejidad y su riqueza no debemos contentarnos con los escritos de Champagnat y de la literatura posterior a 1850. Hay que unir a ellos los manuscritos de los hermanos Francisco y Juan Bautista, así como algunos textos impresos, hasta ahora no tenidos en cuenta. Con ellos se puede enriquecer nuestro conocimiento de la espiritualidad del P. Champagnat y unir ésta a la literatura oficial, que encuentra precisamente en ella sus fundamentos, aunque al mismo tiempo la relativiza.

Marcelino Champagnat, su espíritu, su personalidad

H. Paul SESTER, FMS

“Las bellas acciones, las grandes obras, los trabajos penosos y continuos, son en realidad poca cosa; lo que les da su valor y su mérito y los hace de verdad excelentes, es el espíritu que los anima. Pues bien, es ese espíritu, que comprende el conjunto de sentimientos y disposiciones del buen Padre, el que queremos dar a conocer en la segunda parte de esta obra que, a nuestro entender, es la más edificante y que será la más útil para los Hermanos.”

Con estas palabras el Hermano Juan Bautista introduce la segunda parte de su obra: *“Vida de Marcelino José Benito Champagnat”*. Su intención es inequívoca. Después de haber narrado la vida del Padre Champagnat, quiere poner en evidencia su personalidad, su espíritu, para proponerle como modelo a sus discípulos, los Hermanos Maristas. El significado que da a la palabra *“espíritu”* difiere del que se da a la palabra *“espiritualidad”*. La palabra *“espíritu”* designa aquí de conformidad con el diccionario *“la idea que determina y orienta la acción, la intención, la voluntad”*. Es, pues, esa fuerza interior que impulsa a realizar algo en concreto, algo que uno estima necesario, bueno, provechoso y beneficioso y para la realización de lo cual uno siente tener las cualidades necesarias, e incluso, cierto interés personal. A la inversa de la *“espiritualidad”* que designa la característica particular de la actividad de una persona, la orientación de su vida que comparte con el conjunto de su grupo, el *“espíritu”* se aplica a su manera de ser, a lo que le anima por dentro. Así, pues, para responder a la pregunta de quién era M. Champagnat, tendremos que describir su espíritu. Este es, exactamente, el propósito de este estudio.

Algunos podrán pensar que es inútil pérdida de tiempo volver una vez más sobre este tema, pues se han dicho ya tantas cosas que ya no se puede añadir nada nuevo. Nada es menos cierto, pues nunca se consigue estudiar a fondo la personalidad de un hombre ni agotar la reflexión sobre lo que realizó ni escudriñar sus escritos para formarnos una idea cada vez más precisa, o por lo menos acercarnos un poco más, pues resulta imposible conocer a una persona en lo que le hace original y único.

Por otra parte, el conocimiento que una persona puede adquirir de otra nunca será objetivo, pues sólo puede abordarla con su propia personalidad, con su manera propia de pensar y de sentir. Se ha podido decir muy acertadamente que sólo el cincuenta por ciento de una biografía describe al personaje, y que el cincuenta por ciento restante es obra y aporte del autor. De ahí se puede concluir que las distintas biografías de un mismo personaje sólo dan un punto de vista de la realidad y que por consiguiente esos distintos puntos de vista son otros tantos enfoques que permiten ver mejor el objeto de estudio.

Enfoques complementarios provienen de investigaciones históricas realizadas desde hace unos años sobre los orígenes de la Sociedad de María, el ambiente histórico, social y espiritual en que vivieron los fundadores. Por eso, y a la luz de datos nuevos, se deben revisar los estudios que se hicieron sobre esos temas. En este sentido, el presente estudio pretende profundizar en la personalidad de Marcelino Champagnat, fundador del Instituto de los Hermanos Maristas, circunscribir lo mejor posible el espíritu que lo animaba, el ánimo que le empujaba en todo lo que realizaba.

En cuanto al método, lo tenemos claramente trazado. La base va a ser obligatoriamente la segunda parte de la "*Vida de Marcelino José Benito Champagnat*" por el Hermano Juan Bautista. Él mismo, en la introducción, declara que su intención es dar a conocer en esa segunda parte el espíritu "*es decir el conjunto de sentimientos y disposiciones del buen Padre*". Un estudio crítico sistemático, completado por datos procedentes de otras fuentes, permitirá poner de manifiesto los rasgos fundamentales de su personalidad.

El artículo que sigue va a ser sólo el comienzo de este estudio y se circunscribe al primer capítulo.

PLAN DE ESTA SEGUNDA PARTE

De un vistazo, podemos vislumbrar la línea directriz de esta segunda parte. Los 24 capítulos de que consta pueden reagruparse en cuatro

temas precedidos de una introducción (cap. 1) y de una conclusión (cap. 24); lo que nos permite determinar el plan siguiente:

Introducción: presentación del personaje, cap. 1

Relaciones con Dios, cap. 2 a 7.

Práctica de las virtudes, cap. 8 a 14.

Relaciones con los Hermanos, cap. 15 a 19.

La educación de los niños, cap. 20 a 23.

Conclusión, cap. 24.

Este plan hace ver la orientación y en enfoque global del conjunto: comienza mostrando la vida de su personaje en relación con Dios y luego le presenta en su función de educador de la niñez. Si se ha de ver en ello el camino que conduce a una meta, aparece claramente que la intención del autor es presentar a un apóstol cuya vida espiritual es la condición ineludible de su éxito apostólico.

Este punto de vista viene corroborado con la estructura de los diferentes capítulos. En efecto, en su mayoría, los capítulos vienen contruidos según un esquema binario. Después de exponer la manera como el Fundador vivió el aspecto particular tratado en el capítulo, se expone cómo formó a los Hermanos para que siguiesen su ejemplo. Por ejemplo, en la última cuarta parte del primer capítulo sobre la alegría, podemos leer: “*En sus instrucciones, el piadoso Fundador insistía a menudo sobre este mismo tema*”. (p.282)

Igualmente, en el capítulo 3, la última tercera parte es introducida por estas palabras: “*Durante su vida nunca cesó el piadoso Fundador de infundir a los Hermanos confianza en Dios*”. (p. 305)

El capítulo siguiente dedica más de la mitad de su contenido a mostrar que “*ponía sumo empeño en inspirar a los Hermanos amor a la oración*”. (p. 313).

Lo mismo ocurre con los capítulos siguientes sobre el recogimiento, el amor de Dios, la devoción mariana, así como en los capítulos que tratan de las virtudes de obediencia, pobreza, humildad, amor al trabajo, etc. ... La intención del biógrafo es, pues, mostrar que el Fundador traza a los Hermanos el camino que deben seguir. Y si nos preguntamos por la justificación de este deber, hallamos la respuesta claramente formulada desde el primer capítulo, por el propio M. Champagnat cuando dice: “*Para edificar a los niños, para ganarlos para Dios, es necesario tener una verdadera piedad y una sólida virtud*” (p. 282).

Así, pues, la intención del Hermano Juan Bautista al escribir la vida de M. Champagnat está clarísimamente expuesta. No pone a nuestra consideración a un santo contemplativo sino a un apóstol, tan preocupado por la misión de dar a conocer a Jesucristo que siente la necesidad de formar obre-

ros para esa misión. Este aspecto general de la obra y por consiguiente de la personalidad que se propone describir habremos de tenerlos como telón de fondo si queremos conseguir una visión correcta de M. Champagnat.

EL CAPÍTULO PRIMERO

Visto en su conjunto, este capítulo presenta una estructura bastante extraña. Comienza con el retrato físico y sobre todo moral de M. Champagnat, luego se extiende sobre el tema de la alegría para terminar con el tema de la educación. Tres temas, a simple vista, poco compatibles en un mismo capítulo. Sin embargo, la incoherencia es más aparente que real. Acabamos de ver en los apartados anteriores que la orientación general de esta segunda parte de la Vida va desde las disposiciones espirituales del apóstol hasta el ejercicio concreto de su función, pasando por las cualidades requeridas para ello. Esta misma orientación la encontramos aquí: para presentar al personaje del que se va a hablar a lo largo de toda la obra, se le describe primero dotado de cualidades físicas y morales, subrayadas por un carácter optimista que son otras tantas disposiciones que le preparan maravillosamente para la función de educador. Con razón, pues, se nos presenta este capítulo en el plan general como una introducción, aunque en ningún lugar quede reflejado como tal ni se explicita el plan general o la línea directriz según la cual se van a ordenar los capítulos.

Además, este capítulo pretende presentar la semblanza física y moral del personaje que será objeto de estudio a lo largo de toda la obra. Pues bien, este retrato describe demasiado someramente los rasgos característicos que permitirían comprender más tarde muchos aspectos del comportamiento presentados posteriormente. No será, pues, inútil extenderse más ampliamente sobre este punto.

RETRATO FÍSICO Y MORAL

El retrato físico presenta brevemente algunos de los rasgos más favorables: “ *El Padre Champagnat era alto, erguido y majestuoso; tenía ancha la frente, los rasgos del rostro bien definidos; la tez morena.*” Una anotación a pie de página completa la descripción con los datos del pasaporte del 22 de agosto de 1836 : “ *Talla: 1,79 m. ; cabello castaño; frente despejada; ojos: grises; boca: regular; rostro : alargado; tez: pálida*”. Uno se

representa fácilmente con estos rasgos someros, a un hombre más bien alto y de buena presencia. Él mismo, en la resolución del 9 de enero de 1812, estimando en un exceso de humildad que su cuerpo “*estaba bastante mal hecho*”, revelaba con esta observación que su apariencia física no le dejaba indiferente. Por su parte, el Hermano Silvestre hablando del “*porte solemne y grave del venerado Padre*”⁴⁶ expresa la impresión que el Padre Champagnat producía en los Hermanos, por “*su estatura alta y majestuosa, su actitud bondadosa y grave a la vez, el rostro que imponía respeto, las mejillas enjutas, los labios finos como queriendo sonreír, la mirada penetrante y escrutadora, la voz fuerte y clara, las palabras articuladas con nitidez, sin laconismos ni prolijidad, toda su persona bien proporcionada*”⁴⁷. El Hermano Juan Bautista añade para completar : “*Su aspecto grave, modesto y serio, ...infundía respeto, incluso, a primera vista, timidez y temor*”⁴⁸. Sin embargo, no parece haberse aprovechado de esas ventajas, pues los testimonios recogidos durante su estancia en París describen sus maneras campesinas” : “*parecía como que se veía en él a un hombre del campo, sin maneras*”⁴⁹ ; según el P. Chanut esto, es lo que más le perjudicó en las gestiones que tuvo que hacer para obtener el reconocimiento legal de su Instituto.

SU CARÁCTER

Según su biógrafo, “*bajo esta capa un tanto adusta y en apariencia severa, ocultaba un carácter de lo más agradable*”. Sin poner en duda el contenido psicológico de la palabra “carácter”, nos es suficiente aquí retomar los datos presentados.

“*Tenía conciencia recta, juicio certero y profundo, corazón bondadoso y sensible, sentimientos nobles y elevados*”.

Conociendo, por una parte, la tendencia del Hermano Juan Bautista a la ampulosidad en el estilo y por otra, la influencia muy marcada que ejerció el Fundador sobre los Hermanos, cabe discutir el grado de objetividad de estas afirmaciones. Hasta qué punto podemos hablar de su recti-

46 Cf. Le Frère Silvestre raconte Marcellin Champagnat, p.17

47 Ídem, Págs. 239-240

48 Vida, p. 273

49 O.M. Extractos, doc. 154 (428), p. 360

tud, si consideramos las críticas formuladas por Mazelier en el informe de la unión de sus Hermanos con los nuestros?

“El respetable Sr. Champagnat era un santo sacerdote; coronó su vida muy generosa y muy sacerdotal con una santa muerte; pero a veces, los santos tienen sus imperfecciones. De él se decía muchas veces que no cumplía con su palabra. El Sr. Douillet, Superior del internado de La Côte se lo echaba en cara. El Sr. Colin me decía igualmente que ese mismo reproche se hacía al Sr. Champagnat. Yo había tenido ocasión de quejarme de eso mismo, cuando fue poco exacto en cumplir la condición que yo había puesto para que los Hermanos que me enviaba para exentarles del servicio militar permaneciesen en Saint-Paul hasta la obtención del Brevet... Un día, el propio Sr. Champagnat me dijo: “Se me reprocha que no cumplo con mi palabra... Prometo y luego si no puedo... Yo entendía con estas palabras que no obraba por mala voluntad o por malicia, pero que a lo mejor no se preocupaba demasiado”.

El Sr. Lavarenne, vicario general de Valence, igualmente acusa al Fundador de los Hermanos Maristas de su falta de rectitud. Escribe al Sr. Mazelier, el 13 de enero de 1836:

“He estado con el Superior de los Hermanos Maristas y con su compañero de viaje. De todo lo que dijeron sólo he sacado una conclusión: que lo que quieren es que todo el mundo les sea útil y que ellos se preocupan muy poco de serlo a los demás. Sobre todo, lo que más temen es que mandemos en sus sujetos y se los arrebatemos”.

El año siguiente, en otra carta de 30 de noviembre de 1837, escribe:

“El retraso del superior de esta congregación (la de los Hermanos Maristas) en responderle, indica como que no estaría descontento de poder arreglárselas sin ustedes”.

Frente a estas críticas, ese mismo superior se expresa de manera muy diferente en las 16 cartas que escribe al Sr. Mazelier; en cada una de ellas, expresa a su destinatario sentimientos de amistad y de gratitud por los eminentes servicios prestados. El 28 de septiembre de 1837 escribe:

“Ya que tenemos el mismo objetivo y que trabajamos para un mismo amo, nuestro deseo es unirnos a ustedes y actuar de común acuerdo. Nos habéis prestado y nos seguís prestando grandes servicios. Vuestras muestras de bondad y de ternura paternal para con nuestros Hermanos que han tenido la ventaja de vivir algún tiempo con vosotros no se borrarán nunca de la memoria. Nos duele el no tener en estos momentos más que pobres palabras para reconocerlo.”

En otra carta del 23 de febrero de 1837 va hasta proponerle que un Hermano se quede para emplearlo en algunos trabajos manuales:

“Si entre los que tengan la suerte de ir con ustedes hay alguno que les pueda ser útil, ejerciendo algún oficio o empleo, no nos desagradaría. Les vamos a enviar un zapatero; es un buen muchacho y les podrá ser útil”.

¿Cómo podríamos pensar entonces que M. Champagnat no juega limpio, que sus palabras no se corresponden con sus sentimientos? ¿Quién puede reprocharle el buscar su interés cuando fue precisamente por eso por lo que concertó el arreglo con el Sr. Mazelier? La acusación de que sólo pensaba en él no tiene fundamento, como vemos con el ofrecimiento que se lee en la carta que acabamos de citar. En lo que se refiere a no cumplir siempre con su palabra, parece haber algo cierto, ya que él mismo lo reconoce en cierto modo. La voluntad de conseguir su objetivo es más fuerte que su amor propio. Hostigado, por una parte, por las peticiones de Hermanos, se ve obligado, por otra, a retirar de Saint-Paul a tal o cual Hermano bastante formado ya para darle la oportunidad de aprobar su próximo examen del brevet para la obtención del título de maestro. Algo así como un director de empresa obligado a que todo funcione bien y prospere su negocio, M. Champagnat, como él mismo decía: *“aprovechaba todas las ocasiones y no reparaba en medios”*⁵⁰ para la buena marcha de las escuelas.

Podemos poner en entredicho la rectitud de juicio en otros acontecimientos relatados por su biógrafo, por ejemplo, en las expulsiones repentinas a consecuencia de faltas cuya gravedad no justifica la sanción. ¿Se puede, en aras de un santo horror al pecado de impureza, tener la crueldad de despedir a un joven, en una lluviosa noche de invierno? Lo menos que se puede decir, es que los criterios de entonces acentuados por un amor incondicional a Dios no permitían juzgar siguiendo los criterios de la razón pura. Por consiguiente, en los casos mencionados, la rectitud de juicio reside en la ausencia de toda mala intención o maldad, pero entre la distancia que separa la finitud del hombre y la infinitud de Dios. Una sólida fe y un ardiente amor a Dios no dan cabida a ningún tipo de acomodo o componendas, incluso aunque lo hubiera que pagar con algún disgusto. Por otra parte, no se puede descartar que esta actitud manifieste un fondo caracterial de intransigencia a penas perceptible sin embargo en la descripción siguiente:

“Era de carácter alegre, abierto, sincero, firme, valiente, ardiente, tenaz y siempre ecuánime”.

⁵⁰ O.M. Extractos, doc. 164 (752), Pág.417

Unas líneas después, para mostrar que Dios le ha dotado del carácter apropiado para la misión que le quiere encomendar, el biógrafo puntualiza:

“Buena parte del éxito que consiguió el P. Champagnat en el desempeño de su santo ministerio y en la fundación de su Instituto, debemos atribuirlo a su carácter alegre, abierto, sencillo, atento y conciliador”.

Como vemos, estas dos descripciones coinciden y se completan. Si en la primera, percibimos una mano de hierro, en la segunda vemos la misma mano revestida con un guante de terciopelo. Los dos primeros adjetivos se repiten en las dos citas. Ya sea por inadvertencia ya de manera deliberada, en ambos casos se manifiesta la voluntad de dar cierta importancia a estos dos rasgos sobre los cuales se volverá en lo sucesivo.

Los demás rasgos ponen de manifiesto la fuerza de carácter, reconocido como *“sincero, firme, valiente, ardiente”* Para ilustrarlos, no nos faltan hechos en la vida del Fundador. Desde los primeros días en que fue a la escuela, tras presenciar un castigo no justificado que dio el maestro a uno de sus compañeros y juzgando que ese maestro no tenía sentido pedagógico, decide no volver a la escuela. Más tarde, cuando decidió ir al seminario para ser sacerdote a pesar de todos los obstáculos que se presentan resiste, mantiene su decisión y no se vuelve para atrás. Igualmente, cuando sus compañeros de seminario le encargan que realice su proyecto de añadir la rama de los Hermanos al plan de la Sociedad de María en ciernes, pone manos a la obra sin demora, en cuanto se presenta la ocasión. Lo más notable es la perseverancia manifestada en proseguir el proyecto a pesar de las mil y una dificultades que se presentaron en el camino.

Sobre este punto, los testimonios no faltan. El Hermano Teodosio atestigua en el proceso diocesano para la beatificación : *“Además de un juicio sano y recto tenía una voluntad y una fortaleza que le hacían triunfar de todos los obstáculos”.* En ese mismo proceso, el Sr. Guiot, antiguo alcalde de La Valla describe a M. Champagnat como *“un santo testarudo”.*

Los análisis grafológicos realizados sobre algunos de sus escritos autógrafos subrayan claramente este rasgo de su temperamento. Por su parte, el Sr. Tavernier⁵¹ le describe *“de naturaleza ardiente e intensa,...*

⁵¹ Estudio grafológico sobre los escritos de M. Champagnat, por B. Tavernier, París, 1974

apasionado, dotado de una voluntad excepcional". El Sr. Palaferri ⁵² por su parte, en un análisis más reciente, llega a la misma conclusión y juzga al personaje analizado del que desconoce la identidad "*tenaz y firme ante cualquier determinación tomada, que se obstina y empeña en llevar a cabo con una voluntad inflexible*". Su conclusión se limita a decir que se trata de una persona que se controla y que presenta una seguridad de sí mismo tal que uno se puede apoyar en ella.

No se debe, pues, cargar las tintas tratando demasiado rígidamente este rasgo, sino que se debe matizar, contrastando con otros aspectos especialmente con el del sentimiento. Su carácter, añade su biógrafo, era "*sencillo, atento y conciliador*", y los testimonios conseguidos de otras fuentes, unánimemente ponen el acento en su sensibilidad, su amor al prójimo. Los Hermanos se hacen lenguas de este punto. El Hermano Francisco, en su ancianidad, se exclama: "*Sí, ciertamente, era enérgico y firme; hubiéramos temblado todos con sólo oír su voz, con una sola mirada suya, pero, sobre todo, era bueno!*". Por su parte, el Hermano Laurent atestigua: "*Ninguna madre tiene más ternura para con sus hijos que la que él (el Padre Champagnat) tenía para con nosotros*". (O.M. Extractos, p.455). Esta ternura no era fingida o de cumplido; bajo una capa un tanto adusta y en apariencia severa, su sensibilidad se manifestaba en sus relaciones más íntimas. Casi todas las cartas que escribió a los Hermanos terminan con la expresión del afecto sincero que les tiene. A la comunidad de Charlieu, por ejemplo, en una carta al Hermano Dominique, escribe: "*Os llevo a todos con mucho cariño en mi corazón, ... os quiero a todos*" (Carta N° 49, L.M.C., p.129).

Por supuesto, nunca dirá a un Hermano en particular: "*Te quiero*", mientras que lo dice gustoso cuando se dirige a varios; lo cual demuestra cierto pudor. Ese pudor lo manifestó más todavía observando estrictamente la moral de entonces que prohibía cualquier gesto exterior de cariño o ternura, pues, lo que prescribió a los Hermanos lo observó él mismo el primero. Dice su biógrafo: "*Prohibía a los Hermanos tomar a los niños de la mano, tocarles la cara, abrazarles o manifestarles cualquier muestra de cariño*" (Vida, p. 417). Sobre este aspecto de la personalidad de M.

⁵² Estudio grafológico realizado por el P. Nazareno Palaferri de la Universidad de Urbino (Italia), en 1981, estudio del que el Hermano Umberto Bellone de Génova, da cuenta en "La Grafía del B. M. Champagnat, Génova 1981", in "Cerchiamo l'autentico B. Champagnat, Génova 1982; y también en "Studio di un profilo del B.M.Champagnat (1789-1840)", Génova, 1983.

Champagnat, la grafología nos revela un análisis más profundo. El informe Palaferri dice a este respecto:

*“En el plano erótico-sentimental, el sujeto presenta una riqueza y una intensidad de tendencias inusuales que únicamente la asunción de principios educativos puede haber orientado hacia formas superiores de expresión de la libido. Esto puede deducirse del gran poder de inhibición que tiene y que parece inflexible...”*⁵³

El análisis de M. Tavernier va en el mismo sentido cuando hace esta constatación:

“El temperamento debía de ser ardiente y sensual por naturaleza, pero la sensorialidad ha sido severamente reprimida, sin haber sido satisfecha. Aunque sometida y mantenida a raya, esta sensorialidad acentúa su receptividad y le permite comprender las necesidades de la vida cotidiana en los demás. Se podría decir que las comprende sin disculparlas, pues las privaciones que se impone por ascetismo le han hecho intolerante frente a las debilidades de la naturaleza que condena tanto más severamente cuanto más inseguro de sí mismo está en este terreno”.

El capítulo sobre la pureza va a dar lugar a volver a examinar este tema. Por ahora, nos es suficiente para llegar a la conclusión de que M. Champagnat poseía en alto grado el dominio de sí, lo que le dio esa personalidad firme y sólida en la que los Hermanos se apoyaban, sin ningún tipo de recelo.

Por eso mismo, añade el informe Tavernier, *“era más que natural que tuviese un gran ascendiente sobre sus compañeros. Una aptitud innata para dirigir y ordenar le llevaba naturalmente a encontrarse en primera fila y a asumir responsabilidades. Sin duda, le hubiera costado mucho más desempeñar un papel más secundario y permanecer apartado en un segundo plano”.* Sin embargo, el orgullo que necesariamente esas disposiciones que tenía debían alimentar, su voluntad y su tenacidad conseguían dominarlo, sometiéndolo bajo el yugo de un comportamiento orientado por la humildad que añadía a su carácter esas cualidades de apertura y de franqueza que señala su biógrafo. Sin embargo, no deja de tener una gran viveza en sus reacciones, especialmente en sus réplicas orales, pues tiene facilidad de palabra y la lengua suelta. Por otra parte, se expresa con más soltura oralmente que por escrito, lo cual le permite intervenir con bromas y chistes, más para animar la conversación y poner ambien-

⁵³ Op. cit. p. 37

te en el grupo que para llamar la atención sobre su persona. Una persona acogedora y de fiar, sencilla y valiente, con un semblante sereno y tranquilo que irradia vida interior y contacto con lo sobrenatural, pero con unos modales y un comportamiento de sencillez, de modestia y de moderación, esa parece ser la imagen que los Hermanos conservaron de él y que le veneraban como a un padre, y también la imagen que conservaron de él las personas con quien trató por asuntos relacionados con su obra.

LA TRISTEZA Y LA ALEGRÍA

Precisamente, a propósito de los diferentes asuntos que tuvo que tratar, su biógrafo subraya: “*Lo que más era de admirar en el carácter del Padre Champagnat es que siempre era el mismo... nada alteraba la paz interior ni la serenidad de su rostro*”. A propósito de esta inmutable constancia de carácter, de esa igualdad de humor cuya importancia le parece tan grande que le dedica la mitad de este capítulo, el Hermano Juan Bautista va a tratar el tema de la tristeza y de la alegría, más exactamente lo que llama unas veces la “*santa alegría*” y otras “*el gozo del alma*”, refiriéndose no a ese estado de dicha profunda, de plenitud que es el gozo en el sentido exacto de la palabra, sino más bien a ese sentimiento de felicidad, fruto del bienestar, de la satisfacción y conformidad en la vida, lo que expresa con esta afirmación: “*Nada conseguía alterar la paz de su alma ni la serenidad de su rostro*”.

Sin embargo, sería mal interpretar la imagen de M. Champagnat que quiere transmitirnos el Hermano Juan Bautista, si lo viéramos siempre radiante y rebotante de alegría, con la sonrisa constantemente en los labios. No correspondería en muchas ocasiones a lo largo del texto, con la realidad. Ante faltas manifiestas de los Hermanos, su semblante no queda impasible, sino que expresa desdén, pesar y dolor; su mirada mete miedo y el tono de su voz se eleva hasta el grito, nos dice su biógrafo. Aunque a lo mejor haya que atribuir algunas exageraciones al arrebató literario, lo cierto es que en algunas ocasiones, M. Champagnat manifestaba una sensibilidad que le hacía reaccionar enérgicamente a veces.

Pero en vez de detenerse demasiado en la manera personal de reaccionar ante los acontecimientos tristes o alegres que le ha tocado vivir, su biógrafo prefiere mostrar concretamente lo que hizo para luchar contra la tristeza en sus Hermanos y para que irradiasen alegría y felicidad. Por eso, para ser objetivos, nos conviene primero fijarnos en sus actitudes y reac-

ciones personales que el Hermano Juan Bautista señala, no en este capítulo sino a lo largo de los siguientes, lo que permite valorar debidamente las primeras afirmaciones.

Por supuesto, cuando se habla de carácter inalterable, de igualdad de humor se entiende tanto de la ausencia de abatimiento o profunda tristeza como de la ausencia de desbordamientos o arranques desmesurados de alegría. Si nunca se vio al P. Champagnat pasar por altibajos o saltos repentinos de humor, esto no quiere decir que permanecía impassible ante acontecimientos que le afectaban de algún modo. En efecto, en los relatos que siguen, no faltan evocaciones de reacciones fuertes ante casos puntuales. Tras la salida del Instituto de un Hermano, “*se le vio varias veces incapaz de comer o beber, tanto le afectaba y tan sensible era a la pérdida de sus hijos*”. (p. 482). “*Una falta ostensible contra la pureza le arrancaba lágrimas; se mostraba terrible e inexorable cuando había contagio, y los corruptores jamás hallaban compasión a sus ojos*” (p. 420). “*Mil veces se alzó contra (las faltas voluntarias de asistencia a la misa y a la comunión) y siempre con una energía y una fuerza que denotaban su tierno amor a Jesucristo*”. (p. 341). Cuántas veces el autor señala que levantó la voz y lanzó una mirada a los Hermanos, que los dejaba anonadados. A un Hermano que entró en la capilla sin descubrirse : “*Pero, Hermano mío, le gritó, usted entra aquí sin descubrirse!*”(p.290), estimando sin duda que el hecho de gritar era menos irreverente que entrar en la capilla sin descubrirse, a menos que esta vez gritase menos fuerte que cuando dio una voz al Hermano Jérôme que hacía la ronda de guardia nocturna (p. 480). Sea lo que fuera, su biógrafo muestra que era sensible y capaz de emocionarse, pero nunca ha hablado de cólera o de arranques de ira. Su dominio de sí mismo sólo dejaba ver lo necesario para que su interlocutor se enmendase.

Por el contrario, en los momentos de alegría, las manifestaciones externas no debían de ser menos notorias, aunque nunca se le haya visto reír a carcajadas para manifestar una verdadera y auténtica alegría. Sin embargo, en cuatro lugares, el Hermano Juan Bautista apunta que M. Champagnat respondió a su interlocutor “*riéndose*” o “*en plan de broma*”. A aquel postulante que quería volver a su casa “*le dijo riendo: Aquí está su dinero, no lo he tocado!*” (p. 280). Cuando, irónicamente, le preguntan si tenía la llave de las arcas del Tesoro del Estado, “*Tengo mucho más, respondió el Padre, riéndose, tengo el tesoro de la Providencia!*”. (p. 307). Hablando de mortificación: “*un pequeño cilicio o unos azotillos de vez en cuando, añadió riendo, no hacen daño a nadie*” (p. 399). A un obrero rendido por la dureza de la roca, el Padre le respondió “*riendo*”: ¡*Pero,*

bombre!, no tiene usted más agallas”(p. 427). Estos ejemplos, además de manifestar amistad, muestran sin embargo que le gusta desafiar a los cobardes y faltos de ánimo. El Hermano Avit cuenta que en otras ocasiones el humor del P. Champagnat era capaz de hacer desfruncir el ceño y algo más. ¡Qué fácil nos resulta imaginárnoslo, riendo con ganas, cuando llevó a su amigo M. Préher, párroco de Tarentaise, a saludar al Hermano Doroteo: “¡Buenos días, Hermano de la vaca! Y que éste le respondió: ¡Buenos días, Padre! Y a continuación le advirtió : “ ¡Pero, entonces, es usted el padre de la vaca!!!” (Anales, 1, p. 280). ¡Cómo podía no reírse cuando al joven Mercier le dio el nombre de Hermano Barulas, porque unos días antes de la toma de hábito había “* debarulado” las escaleras (ibid. P. 239). (Nota del trad: Juego de palabras difícil de traducir; palabra de origen dialectal local, que significa “bajar las escaleras dando volteretas”). Otros hechos nos dejan entrever que por su carácter seguía formando parte de la “pandilla alegre” o la “banda alegre” en el sentido noble de la palabra y que su disposición psicológica natural no le llevaba hacia la tristeza, sino todo lo contrario.

Estas consideraciones desbordan evidentemente el marco asignado por el Hermano Juan Bautista a este capítulo, pero no son del todo desprovechables para una descripción completa de la personalidad de M. Champagnat corroborando la tesis a la que dedica el resto de este capítulo, a saber, sus esfuerzos por mantener a sus Hermanos en la alegría, pues considera que sin alegría, sin felicidad, sin gozo interior, la perseverancia está amenazada. Por consiguiente, los postulantes que manifiestan un temperamento triste e introvertido no han de ser admitidos si antes no consiguen irradiar la dicha de estar al servicio de Dios. De ahí, su preocupación por ayudar a los jóvenes a mantenerse en la alegría. Su carácter le predisponía a prestar esta ayuda, pues su biógrafo afirma que “*Nunca se le ha visto triste o desanimado, sino que por el contrario, levantaba el ánimo de sus Hermanos*”, lo que no quiere decir que siempre acertaba, como lo demuestra el ejemplo siguiente.

A menudo, M. Champagnat invitaba a alguien a que le acompañara en sus viajes o desplazamientos. No es de extrañar, pues, que haya aprovechado la ocasión de alguna visita para llevar consigo a un Hermano de temperamento depresivo a fin de distraerle y persuadirle de la necesidad de superar su tristeza natural. La conversación, reducida a dos frases que el Hermano Juan Bautista pone en sus labios, no corresponde en absoluto al temperamento del Padre Champagnat quien habitualmente habla con soltura y no tiene miedo ni se siente molesto hablando de temas íntimos. El monólogo que sigue no tiene más respuesta que un silencio obstinado.

El canto, que san Francisco de Sales prescribe como remedio de la tristeza, queda aquí sin efecto. Por otra parte, nos podemos preguntar sobre la conveniencia del consejo final que, por ser demasiado general, no penetra hasta el fondo del problema personal del Hermano. Así que la afirmación según la cual “*En opinión del Padre Champagnat, las personas propensas a la tristeza y a la melancolía no convienen para la vida religiosa ni para la enseñanza*” nos da a entender que el Hermano en cuestión no perseveró en la congregación.

Esta frase formula una verdad general que el Fundador explicó en una conferencia que dio a los Hermanos, inspirándose manifiestamente en la “*Práctica de la perfección cristiana y religiosa*” del P. Alfonso Rodríguez, Sexto Tratado de la segunda parte titulado: “De la tristeza y del gozo”, y cuyo capítulo primero trata de “*los grandes daños que produce la tristeza*”. Estos “grandes daños” se resumen en cuatro: la tristeza quita el gusto por la oración y la lectura espiritual; nos da un corazón desabrido y duro para con nuestros Hermanos; conduce fácilmente a la cólera y puede llegar hasta perturbar la mente; es causa de muchas tentaciones y caídas; conduce, incluso, a la muerte eterna del infierno. El paralelismo con las tres primeras causas que señala M. Champagnat salta a la vista, aunque están ordenadas diferentemente. La diferencia se nota en la exposición: mientras Alfonso Rodríguez desarrolla la primera causa pausada y extensivamente, el Hermano Juan Bautista redacta frases cortas, incisivas, sin miedo a exagerar, como se ve en este pasaje: “*Para el alma que se deja dominar por la mala tristeza, no existe ejercicio más pesado que el de la oración; en la oración, sufre el martirio, o más bien una especie de infierno indescriptible*”. Desgraciadamente, no podemos determinar con exactitud si este estilo es el del que cita o el del autor de la frase, lo que nos arrojaría más luz sobre el carácter de éste último. En segundo lugar, la tristeza es causa de tentaciones porque, según Rodríguez, el demonio se sirve de dos medios: la desesperación en la que arroja al alma o el placer, sobre todo el carnal, con el que la seduce presentándosele como un antídoto, mientras que el Hermano Juan Bautista se limita al primero de estos medios, mostrando que el príncipe de las tinieblas se deleita particularmente en las tinieblas de la tristeza. En cuanto al tercer peligro de la tristeza, el que destruye la caridad fraterna, el Hermano Juan Bautista pone el acento en la vida comunitaria donde Rodríguez sólo considera la persona individualmente, insistiendo en que la tristeza “hace al hombre impaciente, sospechoso e intratable, a veces incluso le perturba la mente hasta tal punto que parece que le quita el juicio”. En cuanto al cuarto peligro, el

de causar escándalo, no figura en Rodríguez; esta preocupación caracteriza en particular al P. Champagnat.

Sin transición, pero con la intención manifiesta de ilustrar el impacto de la tristeza sobre los que nos rodean, se nos propone un segundo ejemplo. Ya sea porque M. Champagnat no entendió la actitud de aquel Hermano o bien porque quería darle a entender todos los efectos negativos de esa actitud, le hace todas esas preguntas que carecen todas ellas de fundamento. Sin embargo, aunque se trate de un temperamento triste y encerrado sobre sí, la vida comunitaria y la presencia entre los niños requieren remplazar esas caras alargadas por semblantes amables y sonrientes.

El ejemplo de la vida de san Francisco de Asís sirve de transición para pasar de la tristeza a lo que el autor llama en adelante “la santa alegría”. Aquí, el desarrollo que da al tema está en contraposición al desarrollo que hace Rodríguez; éste muestra los efectos positivos de la alegría: el saber que Dios quiere que le sirvan con alegría, pues esto redundará en gloria y honor suyos; que edifica al prójimo, pues hace apreciar más la virtud; que los actos hechos con alegría son más gloriosos, más meritorios y dan mejores garantías de perseverancia en el bien. El Hermano Juan Bautista, por el contrario, hace de la santa alegría un arma de combate contra el demonio, del que los autores espirituales dicen que es impotente contra la alegría; que sumido en los tormentos de las tinieblas, la envidia de los que gozan de la luz le aniquila. De ahí, la importancia de conservar “*la santa alegría del alma*” que no es sino esa felicidad íntima de saberse en donde Dios quiere que estemos.

La medida que adoptó el Fundador para mantener entre los Hermanos esta santa alegría consistía en permitirles jugar durante los recreos. Hablar de permiso en este caso parece actualmente algo muy extraño, pero no lo es tanto si pensamos que en aquel entonces los recreos sólo se tomaban paseándose en grupos, pues el respeto a la sotana y la dignidad clerical o religiosa se hubieran profanado por ejercicios físicos violentos.

El Hermano Juan Bautista se complace en subrayar que M. Champagnat se situaba en otro punto de la escala de valores. Sin embargo, el ejemplo que nos presenta a continuación para ilustrar esta disposición nos da que pensar sobre el grado de cultura de algunos de nuestros primeros Hermanos. Con todo y a pesar de ello, el Fundador disculpa al Hermanito y reprende a sus cohermanos que no le han aconsejado otras ocupaciones más intelectuales, pues de lo que se trataba en realidad y que estaba en juego era la vocación religiosa del Hermano. Ahora bien,

en esta cuestión, M. Champagnat no admitía componendas ni concesiones, pues consideraba “*el gozo y la santa alegría del alma como síntomas de vocación*”. Por consiguiente, no nos extraña en absoluto leer en su biografía que “*tomaba todos los medios para ayudar a los Hermanos a combatir esta tentación*”, pero que “*tenía un don y un tacto especiales para librar a los Hermanos de esta tentación*” es algo que exige que se demuestre; y éste es el objetivo del cuarto ejemplo que viene a continuación.

Leído demasiado de prisa, nos puede parecer como una estratagemma: se le promete al joven que se le dejará marcharse a casa cuando haya superado la crisis de aburrimiento, y luego, cuando haya vuelto a hallar la felicidad, se le dice que ya no tiene razones para marcharse. Pero conviene examinar la escena más de cerca. Según su reseña biográfica, la escena se sitúa a principios del mes de marzo de 1840. El postulante, Marguet Pierre, de 22 años, se hará Hermano con el nombre de Hermano Fermín y morirá en la congregación el 10 de mayo de 1893. Al señalar que “*tenía excelentes cualidades*”, el biógrafo da a entender que todos veían en él signos de vocación. La crisis de aburrimiento en los primeros días de su llegada parece ser la morriña, la nostalgia que uno siente al salir de la casa paterna por vez primera. Ahora bien, si se trata de un pesimismo caracterial, si el aburrimiento persiste, “*le dejaré que vuelva a su casa*”, le dice M. Champagnat. Dentro de unos días, cuando la crisis se haya apaciguado “*le permitiré volver a casa de sus padres, si así lo desea*”. Nadie ni nada le presionarán; el dinero que entregó al ser admitido queda a su disposición. Pero si el aburrimiento fuera sólo una crisis pasajera, una tentación, lo mejor para él es pedir su admisión definitiva, ya que él mismo lo había pensado de ese modo. Los dos temores que expresa son perfectamente aceptables: por una parte, está cautivado por el magnetismo que el Fundador ejercía sobre los jóvenes, y por otra, dada su edad, conoce el valor del dinero. No es, pues, por medio de una especie de astucia o estratagemma como M. Champagnat sabía curar la tristeza, sino por el don que tenía para que todos estuvieran a gusto y por la confianza que inspiraba en quienes venían a consultarle.

EL EDUCADOR

Estas excelentes disposiciones de su carácter y el feliz estado de ánimo del que estaba agraciado le hacían especialmente apto para la educación de la que tratará la tercera parte de este capítulo. Después de enume-

rar las cualidades requeridas para educar bien a los niños, – apoyadas en citas de los Padres de la Iglesia, – el Hermano Juan Bautista expone la razón por la que M. Champagnat quería que los Hermanos tuvieran esas cualidades, luego la basa en el respeto que el educador debe tener por el alumno, y termina recordando las reglas fundamentales a seguir en este campo de apostolado.

Las cualidades requeridas son, en realidad, disposiciones del carácter, que por su gran importancia no parece superfluo subrayar, por una parte repitiéndolas y por otra poniéndolas bajo la autoridad de los Padres de la Iglesia. La primera de todas “el gozo y la santa alegría”; luego, la bondad y la amabilidad; finalmente, la prudencia y la modestia, recomendadas reiteradamente por Ambrosio, Agustín, Gregorio de Nisa, Francisco Javier y Vicente Paúl. Para ser admitido en una sociedad, máxime si se pretende ejercer en ella una influencia educativa, esas cualidades son evidentemente imprescindibles. Por eso, a M. Champagnat no le es difícil convencer a los Hermanos que deben hacer todo lo posible por adquirirlas, ya que tienen que ser apóstoles. El trapense o el monje que vive entre las cuatro paredes de su celda no necesitan estas virtudes para santificarse, mientras que el apóstol no puede prescindir de ellas si quiere ser fiel a su vocación, y por consiguiente, santificarse. Bien es cierto que la piedad y la virtud son necesarias para hacer el bien a los niños, pero no es suficiente, si además no se tiene “ *un carácter y unos modales que agradan y atraen*”. Para hacer el bien, el carácter más idóneo, añade el Padre Champagnat, es el que es “ *a la vez alegre, abierto, atento, afable y constante*”. Son los mismos calificativos que antes se emplearon para describir su propio carácter, completados en su caso particular, con dos rasgos más: “ *realzados por una profunda humildad y una gran caridad*”. Pero aquí, al tratarse de niños, el educador, además de ser humilde y caritativo, debe estar lleno de respeto para con ellos, sin lo cual su acción no tendrá ningún efecto sobre ellos. ¿Será por su importancia o por su relación con el carácter por lo que en el resto del capítulo sólo se va a tratar este tema? El caso es que M. Champagnat se muestra particularmente preocupado por este punto.

El Hermano Juan Bautista trata, por otra parte, este mismo tema en dos escritos idénticos o con algunas pocas variantes, el uno en el capítulo 15 de su obra inédita sobre “*La Educación del Hermano Marista*” y el otro en el capítulo XVIII de “*Avis, Leçons, Sentences et Instructions*”, titulado : “*Del santo respeto que se le debe al niño*”. Esta segunda versión se parece muy poco a la primera, es decir a la de la Vida. El enfoque es distinto y se expone el tema en nueve puntos: “ *¿Qué es el niño al que se ha de*

respetar? Ese niño es: 1 Una maravilla de la creación; 2 Imagen de Dios; 3 Hijo de Dios; 4 El precio de la sangre de Cristo; 5 Heredero del Reino de los cielos; 6 Lo más hermoso que existe en la tierra; 7 un hermano tuyo, otro tú; 8 El campo de cultivo que Dios nos da; 9 La bendición de Dios, la esperanza de la tierra. Desde un punto de vista teórico, que es el que se contempla aquí, el niño se nos presenta como objeto de gran valor frente al educador y merecedor de tanto aprecio como éste último.

La primera versión, por el contrario, es más realista y nos es más familiar. La primera parte, como la versión anterior, nos da los motivos del respeto que el educador ha de tener para con el niño; la segunda parte enumera los defectos contrarios a ese respeto; el último párrafo, finalmente, habla de las normas que el Fundador dio a propósito de las relaciones entre alumnos y Hermanos.

Las ocho razones para respetar al niño se derivan de su propia condición de persona que se rige, habida cuenta de su situación particular, por las mismas normas que regulan las relaciones sociales entre los hombres. Esas razones pueden resumirse así: Debéis respetar al niño, porque queréis que él también os respete, y “*porque tenéis derecho a que os respete y obedezca*” (Vida, p. 550); porque es semejante a vosotros y porque es inocente; porque al respetarle evitaréis que vuestras relaciones se tornen demasiado sentimentales e, incluso, culpables; finalmente, si falta ese respeto, vuestras relaciones no serían más que “*viles adulaciones*”. Como podemos comprobar, esta exposición es más sencilla, más realista, más asequible a aquellos a quienes va dirigida, porque es más espontánea, menos elaborada que la versión anterior, que sin duda ha sido redactada con posterioridad.

Con el mismo estilo directo y realista, vienen expuestos “los defectos más opuestos al respeto debido al niño”. Son siete: la grosería y la dureza; la falta de discreción y gravedad; cualquier familiaridad; las amistades particulares; la inconstancia en la manera de llevar a los niños; la debilidad de la voluntad; la falta de dignidad y respeto de sí mismo. Un Hermano, según M. Champagnat debe tener un carácter humano pero firme, no dejarse llevar por sentimentalismos, sino permanecer digno y circunspecto. Este texto deja entrever un pasaje del Cardenal de la Luzerne que el Hermano Juan Bautista va a citar en el último capítulo de “Avis, Leçons, Sentences et Instructions” sobre las virtudes del maestro. (op.cit. edición 1868, Págs. 509-510), sin decir que el Fundador haya comentado este texto a los Hermanos, pues les hubiera desanimado.

Y tranquilamente termina el capítulo recordando algunas de las normas prescritas a los Hermanos “*para mantenerlos en la ecuanimidad, para*

preservarlos de los arrebatos temperamentales del mal humor y alejarlos de cuanto pudiera menguar el respeto que maestros y alumnos deben profesarse mutuamente...” Estas normas no están recogidas en la Regla, ni en ningún esbozo de regla conservado en los archivos. El Hno. Juan Bautista sólo pretende recordar algunas frases, como las siguientes:

Está prohibido a los Hermanos:

Familiarizarse con los niños e incluso jugar con ellos,

Tutearles, darles apodos, utilizar expresiones duras y ofensivas y darles castigos aflictivos.

Además prescribe a los Hermanos:

Comportarse siempre con cortesía con los niños y educarles más con el ejemplo que con las palabras.

Aplazar hasta el día siguiente el castigo de las faltas graves, para que la corrección se haga con serenidad, justicia, caridad e indulgencia.

Levantar el corazón a Dios cuando tengan que castigar, llamar la atención o reprender.

El Hermano Juan Bautista concluye este párrafo sobre las normas indicando que el objetivo de las mismas no era sólo preservar a los Hermanos de cualquier exceso de severidad, “*sino también hacer de la escuela una familia por el respeto, amor y confianza que deben reinar siempre entre maestros y alumnos.*”

CONCLUSIÓN

Instaurar en nuestras escuelas el espíritu de familia es un ideal ciertamente soñado por el Fundador para sus Hermanos. Nos podemos preguntar, entonces, por qué esas “reglas” que les prescribe como medio para establecer ese espíritu de familia no han sido consignadas en la “Regla” de 1837. La respuesta reside quizá en la concepción misma de esta obra cuyo fin es sólo legislar la conducta exterior y que no prescribe nada con relación a la vida interior; Y es que las consideraciones sobre la educación que se desarrollan aquí son de esa misma naturaleza. Se trata de la actitud interior, personal en el trato entre alumno y maestro, mientras que la teoría de la educación se desarrolla en otro lugar, en los últimos capítulos de esta obra.

Pero esto no justifica, sin embargo, la concepción y el planteamiento general de este primer capítulo. Sorprende, como lo hemos recalado desde el comienzo de este estudio, comprobar la composición compleja y fragmentada de este capítulo, que va desde el retrato del fundador hasta

la educación de los niños, pasando por un tratado sustancioso sobre la tristeza y la alegría. ¿Cómo se vinculan y se relacionan entre sí estos temas tan diferentes? El Hermano Juan Bautista tenía seguramente una razón para ponerlos juntos, pues no es un escritor mediocre ni tan torpe como para componer un capítulo con elementos inconexos, sin relación lógica entre ellos. Aunque no se manifieste de manera explícita, esta relación, realmente existe. Todos los elementos tienen relación con el carácter o temperamento. Al hacer el retrato físico y moral del personaje cuyos rasgos, hechos y dichos va a describir detalladamente, quiere dar a entender que la naturaleza le ha dotado de un carácter idóneo para cumplir su misión centrada totalmente en las relaciones sociales. Este carácter le capacitaba perfectamente para formar a sus discípulos, haciéndoles adquirir, a su vez, y corrigiendo sus defectos, las aptitudes fundamentales imprescindibles para todo educador de jóvenes que debe irradiar constantemente la alegría de vivir y tratar a sus alumnos con respeto, cualidades que M. Champagnat sabía transmitir porque él mismo las tenía. Se ha de tener esto en cuenta si se quiere tener un retrato completo. Por consiguiente, todo el capítulo hacer resaltar los diferentes aspectos de su personalidad y nos da a entender cómo le veían los que convivían con él, en sus actividades, relaciones y maneras de ser con los que le rodeaban. Ahora bien, si esta manera de ver es acertada, podemos esbozar a grandes rasgos el retrato de M. Champagnat a modo de conclusión.

Constantemente tranquilo y sereno, ningún temor o inquietud consigue modificar las disposiciones naturales descritas al principio del capítulo: su alegría, su apertura, su entereza, su constancia. Debemos añadir, por consiguiente, lo que nos enseñará más tarde la continuación del relato, a saber: su tendencia a salir de sí para abrirse a los demás y el respeto, e incluso la caridad con la que socorre a cualquiera, en particular a los débiles. Su altruismo es ilimitado, estimulado por la necesidad de darse, de no abandonar cualquier necesidad comprobada, sin buscar el remedio apropiado y aplicarlo en el acto. Esto sólo se concibe en un hombre cuya principal característica es ser un hombre de acción, un hombre de corazón intrépido y valiente que no se deja vencer por las dificultades. A veces temerario, sabe, sin embargo, lo que quiere y, cuando lo ha decidido lo acomete sin tregua, decidido de antemano a pagar con su persona para vencer los obstáculos que puedan presentarse por falta de previsión. Nada, sin embargo, le puede arrebatar su confianza que saca tanto de su relación íntima con Dios, cuanto de la familiaridad que tiene, por ser hijo de labrador, con la naturaleza y las cosas sencillas y transparentes del campo que no engañan. Dotado de una inteligencia profunda en las cosas prác-

ticas, pero limitado en el campo teórico; interiormente firme en sus convicciones, aunque exteriormente más bien reservado. Por lo que se refiere a los sentimientos, M. Champagnat no carece de ellos, como lo atestiguan las cartas que escribió a los Hermanos. Sin embargo, su apertura de corazón al mismo tiempo apacible y respetuosa, no le hace menos vigilante cuando se trata de defender los verdaderos intereses, aún cuando a veces tiene que mostrarse intransigente. Lejos de dejarse agitar por la duda o la incertidumbre se muestra firmemente aferrado a sus convicciones; de ahí le vienen esa seguridad, esa solidez y esa firmeza en la que, gustosos, se apoyan Hermanos. En la caracterología de Le Senne se le incluiría entre los emotivos-activos, con resonancia o repercusión media, por igual primaria y secundaria, pero con actividad preponderante. No se le ve eternizarse en la oración o la contemplación, concediéndoles, sin embargo, el tiempo apropiado; sus momentos de oración debían de ser frecuentes y breves y de profunda intimidad. Nada podía realzar mejor su carácter que el sentirse de continuo en presencia de Dios, algo a lo que dedicó toda su vida.

Documentos

El Hermano Francisco evoca al Padre Champagnat

H. Paul SESTER, FMS

En: *Proyectos de Instrucciones, (AFM 306)*

El 16 de julio de 1860, el Hermano Francisco reúne el 3er. Capítulo general. Por motivo de salud frágil, pide que le liberen del gobierno del Instituto y que su Vicario le sustituya en dicho cargo. El Capítulo accede a su petición. De ahora en adelante, el Hermano Francisco, aunque de hecho sigue siendo Superior general, se retira a Ntra. Sra. del Hermitage donde se le confía el cargo de Superior de la casa donde viven los Hermanos de edad, los Hermanos ocupados en trabajos manuales y los jóvenes formandos.

Muy pronto, toma la costumbre de reunir a los Hermanos de la casa, el domingo, para darles una “*Instrucción*”. Es el cañamazo o borrador de esas charlas o “*Instrucciones*” que escribía en un cuadernillo y que se conserva en nuestros archivos. Este cuadernillo de 262 páginas manuscritas, en un formato de 19 por 14,5, nos permite saber algunos aspectos de la vida de los Hermanos, en el Hermitage, entre los años 1860 y 1875; y por otra parte, completa diversos aspectos de la persona del Hno. Francisco, como por ejemplo, el recuerdo que conserva del Fundador. Los pasajes que siguen nos lo van a evidenciar.

Se presentan agrupados por temas para mostrar mejor la importancia de cada uno en la memoria de un discípulo en quien ejerció su maestro una profunda influencia. Considerando la importancia de la fecha, cuando se trata de opiniones, cada cita va precedida de su propia fecha. Las llamadas señaladas por el autor son aclaradas por notas a pie de página, para que el lector pueda remitirse más fácilmente a ellas.

Finalmente – ¿y por qué no declararlo? - la intención última es la de descubrir enfoques particulares sobre M. Champagnat que proceden de

conversaciones familiares que ciertamente tuvo con su más cercano colaborador. Pero, pronto quedamos defraudados. Sin duda, el respeto que le tiene el Hno. Francisco a su superior es tan grande que le impide revelar palabras o actitudes consideradas por él demasiado íntimas. Por otra parte, es aparente que su curiosidad no le lleva en esa dirección, sino que se contenta con ver en él el modelo descrito por su biógrafo, al que se remite las más de las veces. Con todo, esta compilación no es inaprovechable, pues nos hace ver más claramente ciertos aspectos de la psicología tanto del maestro como del alumno.

La casa del Hermitage, relicario del Padre Champagnat

26.08.1860

Ntra. Sra. del Hermitage. 1º La situación topográfica. 2º Su aspecto. 3º Su producción. 4º La elección que hizo el P. Champagnat : soledad, retiro.

¡Cuántos caros y piadosos recuerdos! ¡Cuántas reflexiones, cuántos pensamientos profundos! Todo aquí habla de nuestro querido y venerado Fundador. Todo aquí es un recuerdo de su vida, sus obras, su trabajo, sus penas, su muerte.

02.07.1860

La Valla : 1º Vicariato del P. Champagnat. 2º Cuna, infancia del Instituto. 3º Celo, trabajos, persecuciones, solicitud y abnegación del santo Fundador. 4º Vida de los primeros Hermanos.

Ntra. Sra. del Hermitage: 1º Juventud, educación, crecimiento del Instituto. 2º Trabajos para la organización y el desarrollo del Instituto. 3º Autorización del Gobierno. 4º Reglas.

Saint-Genis-Laval: 1º Trabajo, extensión, madurez del Instituto. 2º Aprobación de Roma. 3º Aumento considerable de Hermanos, casas, Escuelas.

1º Pesebre de Belén. 2º Casa de Nazaret. 3º Cenáculo de Jerusalén.

30.09.1860

Cuidado de las cosas materiales: muebles, inmuebles: Herencia del Padre Champagnat, consagrado a María. Pobreza : en su Vida, 2º parte, cap. 9⁵⁴. Como si este buen Padre nos estuviera viendo.

⁵⁴ Vida, edic. 1989, págs. 373 a 385, Capítulo Noveno, Amor a la pobreza.

02.12.1860

La Casa del Hermitage ha de considerarse:

1° como el gran relicario del Padre Champagnat. Debemos respetarlo: él lo construyó, trabajó e instruyó a los Hermanos; aquí rezó, aquí sufrió, aquí murió.

2° como el Seminario Mayor del Instituto, hay que perfeccionarse en todo.

3° como una Escuela de economía doméstica, para aprender a cuidar todas las cosas, no tirar o despilfarrar nada.

4° como el reino del espíritu de familia: favorecerlo, manifestarlo en todo.

18.08.1861

Recuerdo de Ntra. Sra. del Hermitage y de las lecciones del P. Champagnat. Es un lugar santo:

1° por la elección que se hizo y las gracias que Dios ha derramado en él.

2° por las oraciones que se han hecho aquí y las virtudes que se han practicado: lo que – y así lo espero- no cesará nunca.

23.03.1862

Respeto por la Casa de Nazaret, transportada por los Ángeles a Loreto. Peregrinación. Respeto por nuestra Casa, edificada por el P. Champagnat, consagrada a María, bajo el patrocinio de San José, y habitada por Jesús en el Santísimo Sacramento del altar.

[1862] Llegada de los Novicios y Postulantes de Saint-Genis-Laval

Venís contentos y nosotros también estamos contentos por vuestra llegada a esta casa edificada por el P. Champagnat, nuestro venerado Fundador. Aquí es donde trabajó tanto, rezó tanto y se desveló tanto por el bien de la Sociedad. Aquí también sufrió tanto y murió. Su tumba está en el Cementerio de la Comunidad.

Es en esta Sala donde tuvo su primera habitación en la Casa. Aquí estuvo la primera Capilla provisional, después de la del Bosque. Aquí es donde, más tarde, nos daba sus charlas tan prácticas a lo largo del año y sobre todo, durante los Retiros. Finalmente, aquí es donde se le dio la Extremaunción y donde nos dirigió esas conmovedoras palabras de su Testamento Espiritual.

Todo aquí nos habla del P. Champagnat, todo nos recuerda a ese buen Padre. Las paredes, los tabiques, los entarimados nos dicen que era a la vez albañil, yesero, carpintero, ponía manos a la obra en todo y dirigía todo. Anduvo por estas tarimas, recorrió estas salas; en esta Capilla que él mismo construyó rezaba, cantaba, confesaba, celebraba la misa y daba la comunión; trabajó la tierra, cultivó la huerta; por ahí se paseaba; comía en el comedor, en la Sala; daba sus charlas a los Novicios en la Sala del Noviciado; derribó la Roca a golpe de pico y pala. Por fin, descansa en el Cementerio que él mismo hizo. Comeréis fruta de los árboles que plantó; vais a residir en el lugar que él eligió y en el que vivió.

Permaneceréis, pues, en esta Casa, como en un gran Relicario del P. Champagnat. Procurad penetraros de su espíritu, imitar sus virtudes, recordar y practicar sus consejos, sus lecciones, en una palabra, vivir en Ntra. Sra. del Hermitage – fue él quien la nombró así – como si este buen Padre estuviera todavía con vosotros. Así estaréis felices y contentos y sacaréis buen provecho para vuestro progreso en el camino de la perfección religiosa. Iréis con cariño y confianza ante su tumba para pedirle que os bendiga, y os obtenga la excelsa gracia de mostraros siempre dignos hijos suyos.

16.10.1864

Silencio respetuoso en la Casa del P. Champagnat nuestro venerado Fundador. En esta Casa hallamos:

1° su Habitación donde recibió a tantos Postulantes, donde dio tantos buenos consejos a los Hermanos, donde escribió tanto, rezó tanto, sufrió tanto, y finalmente donde murió.

2° La Enfermería que Ntro. Señor visita tan a menudo para darse a los enfermos, donde tantos Hermanos han muerto santamente, tras largas y penosas enfermedades sobrellevadas con tanta paciencia y edificación, y donde el P. Champagnat quería venir para morir.

3° El Patio, Santa María, San José, el Camino del Cementerio que lleva a la Gran Avenida por donde Ntro. Señor pasa llevado en procesión dos veces al año, y por donde la Estatua de la Santísima Virgen es llevada triunfalmente el día de la Asunción.

La Misa, la celebró sucesivamente el P. Champagnat:

1° en la pequeña casita del Bosque,

2° en la Sala de Meditación,

3° en la Habitación nº 1 del primer piso.

4° en la primera Capilla, construida ad hoc en el ángulo nordeste del edificio.

5° en la Capilla actual.

11.11.1866

Esta Casa ha sido bendecida por Monseñor de Pins, arzobispo de Amasia y Administrador de la Diócesis de Lyon, construida siguiendo sus ideas y en parte costeada por sus liberalidades. Es el P. Champagnat quien la ha fundado, la ha habitado y la ha santificado con sus Santos Sacrificios, sus oraciones, sus trabajos y sufrimientos; así como tantos y tantos buenos Hermanos que han vivido en ella con él y después de él, y que descansan a su lado en el Cementerio, como en un gran Relicario.

13.11.1870

La Casa del Hermitage es santa: 1° porque es una Casa religiosa consagrada a Dios; 2° porque ha sido edificada por nuestro venerado Padre que ha vivido en ella; 3° porque ha sido hermoseedada, adornada y embalsamada por las oraciones y virtudes de numerosos Hermanos.

Esta Casa [la misma iglesia ya no sería un lugar santo] si fuera habitada y profanada por impíos, por hombres escandalosos, etc. empleada para usos pecaminosos o culpables. Sería preciso, entonces, un acto de reparación, una nueva consagración.

¿Por qué los Santos Lugares de Palestina, y tantos otros Lugares, en todos los países, son tan respetados, tan venerados que se construyen allí Iglesias, y por qué afluyen a ellos de todos los países de la tierra? Porque han sido santificados por los Misterios de Ntro. Señor, las apariciones y los milagros de la Sma. Virgen, o por la vida y los prodigios de los Santos.

Y los Santos y Santas del Cielo, ¿por qué los honramos, los invocamos con tanta confianza y tanto amor? Porque son hermosas iglesias adornadas de todas las virtudes y dones del Espíritu Santo. Igualmente, honramos y respetamos, en la tierra, a las personas piadosas y consagradas a Dios.

¡Oh, Santo de los Santos!, Señor de todas las cosas, guardad por siempre sin mancha a esta Casa. ¡Qué amables son vuestras moradas, Dios de los ejércitos! La santidad es el adorno de vuestra Casa. [2 Macab. 14; Salmos 83, 92]

20.11.1870

Mañana, la Presentación de la Sma. Virgen al Templo. María vivía en un Casa Santa; allí rezaba, allí trabajaba. Es nuestro modelo aquí en el Hermitage, en este apacible lugar retirado y recoleto, en esta entrañable soledad, donde unos empiezan y otros terminan su andadura religiosa. ¡Oh, qué dichosos serán y cuánto bien harán si en su formación siguen este modelo!

Palabras del Fundador

05.10.1862

Sabéis lo que se dice en la Vida del P. Champagnat a propósito de la virtud angélica. Decía que el espíritu inmundo temía a esta Casa; que no se atrevía a entrar, a menos que alguien lo introdujese o le abriese la puerta. Varios Hermanos han experimentado la saludable influencia de su estancia en esta bendita soledad.

13.12.1863

Jesús viene a nosotros por el camino de la humildad y la obediencia. Tenemos que seguir el mismo camino para ir hacia él. (P. Champagnat)

La historia, decía el P. Champagnat, es una lista de muertos. ¿Qué sentimientos experimentamos al oír el relato de lo que hicieron? ¿Dónde están ahora? ¿Dónde estaremos nosotros un día? ¿Qué herencia dejaremos a nuestros Hermanos?

19.02.1865

Tenéis con vosotros y para vosotros a Dios, tenéis la Regla, la justicia, la caridad, los Superiores y todos los Hermanos buenos. ¿A quién temeremos? Si Dios está a favor nuestro, decía san Pablo, ¿quién estará contra nosotros? (Rom. 8), palabras que el P. Champagnat solía repetir.⁵⁵

11.03.1866

Lo que sobre todo hacía temblar a los Santos, decía el Padre Champagnat, era el temor a abusar de la gracia divina. Sabéis lo que se dice en el Catecismo: La resistencia a la gracia hace que la perdamos: posteriormente seca los manantiales de la gracia; nos expone a la ceguera, al endurecimiento de corazón y a la condena eterna.

28.10.1866

Tenemos en los escritos del P. Champagnat, la instrucción que sirve de introducción a la Regla, escrita enteramente de su puño y letra. “El orden viene de Dios, y conduce a Dios. Aquel que vive según la Regla, vive según Dios; es el camino, la escalera del Paraíso”.⁵⁶

⁵⁵ Cf. Cartas de M. Champagnat, Vol. 1, N° 16,17, págs. 56, 58

⁵⁶ Se trata de la “Instrucción sobre la estima que debemos tener por las Reglas”, que precede la Regla de 1852, retomada textualmente de la Regla de 1837 y redactada efectivamente por el Padre.

10.02. 1867

En tiempo de Carnaval, san Francisco de Sales escribía a Sta. Chantal: Éste es un tiempo triste para mí. Tengo el corazón sumido en el dolor, al ver tantas almas que se dejan llevar por el relajamiento. El P. Champagnat decía que cuando uno está abandonado por la mayoría de sus amigos, los que vienen a verle le causan una gran alegría, dando pruebas de este modo, de su sincero afecto hacía él. [Vida de san Francisco de Sales, L.7. c.11; Esprit, L.2. C.11. s.2]

13.10.1867

El P. Champagnat contaba que su tío rezaba todos los días un padre-nuestro y un avemaría por los necios y torpes, es decir por aquellos que no saben llevar y hacer prosperar sus asuntos y que poco a poco se arruinan; y lo aplicaba a algunos Hermanos que no saben aprovechar las cosas, y no cuidan el mobiliario.

02.02.1868

Dime con quien andas y te diré quién eres (Proverbios)⁵⁷. Cada oveja con su pareja, decía el Padre Champagnat. El Religioso fuera de su Casa es como el pez fuera del agua. (San Antonio. Le Chartreux en la Côte)

10.01.1869

El P. Champagnat decía: Este pensamiento, ¡Dios me ve! es suficiente para ahuyentar al demonio y alejar las tentaciones. Y el Cura de Ars : Con este pensamiento ¡Dios me ve! no pecaríamos nunca. Apliquémoslo y andaremos con generosidad y constancia por el camino de la virtud.

11.07.1869

Un Solitario se aburría en su celda y le venían tentaciones de abandonarla. Consultó con un Anciano quien le aconsejó que resistiera a la tentación diciendo: Aquí estoy entre las cuatro paredes de esta celda, por amor a Jesucristo. Seamos como el perrito que permanece siempre al lado de su dueño, dice el P. Champagnat. - Como un niño cariñoso ante Dios, decía san Francisco de Sales. (En su Vida, escrita por Hamon L.7 C.2)

⁵⁷ De hecho, el texto de Proverbios 13, 20 reza así: "El que camina con los sabios llegará a ser sabio; el amigo de los insensatos se parecerá a ellos.

04.09.1870

El que comete un pecado venial, que falta a sus deberes y perturba el orden de la Casa, nos hace más daño que el que nos harían los Prusianos y la Revolución. El que está en estado de gracia nada tiene que temer. El amigo de Dios es feliz siempre, en cualquier circunstancia. [P.Champagnat].

27.11.1870

El P. Champagnat decía que se conoce a los enfermos sobre todo en el comedor. No es buena señal, cuando uno se pone enfermo sólo cuando hay que ir a rezar; y por otra parte, qué se gana con quedarse media hora e incluso una hora más en la cama?

19.11.1871

Podemos considerarnos, como la Sma. Virgen, en las dependencias anexas al templo; ya que nuestra Capilla forma parte de la Casa y que, según expresión del P. Champagnat, vivimos bajo el mismo techo que Ntro. Señor Jesucristo.

31.12.1871

Observad bien vuestra Regla, decía el P. Champagnat a nuestros Hermanos, dad bien el Catecismo a los niños: es lo que más consuelo os dará en la hora de la muerte. Piense únicamente en lo que está haciendo ahora, o en lo que quisiera haber hecho en la hora de la muerte, decía a otro. Amigo mío, decía a un Hermano joven : Lo que más pena te produce hoy en la vida religiosa, será tu mayor consuelo el día de tu muerte. (Vida 1.p. C.22- 2.p. C2)⁵⁸

04.02.1872

Del mismo modo, podemos saber cómo va nuestra vida, por nuestra manera de rezar. Como igualmente, podemos saber la calidad de nuestra oración por la manera como vivimos. Quien reza bien vive bien; y quien vive bien reza bien. El bien sólo se hace por medio de la oración, decía el P. Champagnat.

02.06.1872

¿Quiénes son los Religiosos que se quedan rezagados y se arrastran por el camino de la virtud? preguntaba el P. Champagnat : Son los Reli-

⁵⁸ Vida, edic. 1989, p.248; 287.

giosos disipados, los que entran raramente en sí mismos; que hablan mucho con la gente y poco con Dios. ¡Cuidado! ¡Que nos estamos jugando nuestros intereses más preciados!

09.06.1872

El P. Champagnat decía: (Vida, 2.p. C.16, T.2. p.252) Un Hermano Director que hace respetar el silencio, que pone empeño en fomentar el estudio, que exige que cada cual desempeñe su empleo con esmero y abnegación, consigue evitar diariamente multitud de faltas; preserva a los Hermanos de infinidad de peligros y tentaciones, y les presta un servicio excelente.⁵⁹

29.11.1874

Una devoción tierna y filial a nuestra Buena Madre os anime en todo tiempo y circunstancia. Es la Primera Superiora de la Sociedad. ¡Qué idóneas y acertadas son estas palabras del Testamento Espiritual de nuestro piadoso Fundador para avivar nuestro fervor en este tiempo dedicado a la preparación y a la solemnidad de la Inmaculada Concepción de la Sma. Virgen!

Se dice en la Regla [1ª parte. C.6]⁶⁰ Todas las fiestas de la Sma. Virgen serán para los Hermanos, fiestas de familia. Se celebrarán en un clima de santa alegría, respeto, veneración, amor y agradecimiento filiales. Honrarán de manera especial el glorioso privilegio de su Inmaculada Concepción, celebrando la Fiesta con sumo fervor e invocarán a menudo a María concebida sin pecado.

Estoy convencido, decía nuestro venerado Padre, que María no dejará perecer a ninguno de los que perseveren hasta la muerte en su vocación.⁶¹ La experiencia lo demuestra: todos los Hermanos que han muerto en el Instituto han salido de este mundo con las mejores disposiciones cristianas y varios con señales visibles de predestinación. Por eso, consideraba la devoción a la Sma. Virgen como un buen indicio de vocación.

⁵⁹ Vida, 2da. Parte, Cap. 16, párrafos numerados Nº 2, pág. 245 de la 1ª edic. ; Vida, Edic. 1989 págs. 452-453

⁶⁰ Regla, edic. 1852, Primera parte, capítulo 6, regla Nº 4, p. 14

⁶¹ cf. Vida, edic. 1989, p. 345.

Los modelos del Fundador

07.04.1861

Analogía entre el Vble. J.B. de la Salle y el V. Champagnat en cuanto a sus respectivos Institutos. Ambos compartieron : persecuciones, contradicciones por parte de las autoridades, de los seculares, de los Hermanos.

14.07.1861

Viernes: S. Vicente Paúl. Como Ntro. Señor, pasó haciendo el bien. (Act. 10). Analogía entre este santo y el P. Champagnat (Instrucciones. 1499).⁶²

04.05.1862

Semejanza entre J.M. Vianney, Cura de Ars y el P. Champagnat, en sus respectivas maneras de obrar, de educar, etc. Sus consejos, su celo, su caridad, sus austeridades, etc. Adorno de la iglesia – Procesiones del Smo. Sacramento – Abusos, bailes, etc. Considerad sus vidas, y estableced el paralelismo.

09.11.1862

La mortificación es la virtud de todos los Santos. Es el secreto de ganar muchos méritos, sin que los demás lo noten. San Francisco de Sales amaba mucho esas pequeñas virtudes que nacen al pie de la Cruz (Esprit 2ª parte. Cap.1, 3. 8) y el P. Champagnat, igual. (Vida, humildad).⁶³

30.08.1863

Al leer o al escuchar la lectura de la vida de san Francisco de Sales, Fundador de las Hermanas de la Visitación y la del P. Champagnat, Fundador de los Hermanitos de María, ¡qué hermosas comparaciones se pueden establecer! No las menospreciemos. Las dos Sociedades tienen el mismo espíritu, casi las mismas reglas.

Al leer los escritos de san Francisco de Sales y las Instrucciones o avisos de nuestro venerado Padre, veneramos las reliquias de su espíritu, o mejor dicho, veneramos al Espíritu de Dios que nos habla.

⁶² Las "Instrucciones", a partir de 1415 se han perdido; así pues, la que se señala aquí ya no existe.

⁶³ Vida, edic. 1989, capítulo doce. Humildad, pág. 406 y ss.

11.06.1865

El P. Champagnat tenía una gran devoción a san Juan Francisco Régis, como se comprueba en su vida. Nos lo dio como Patrono secundario, y hacía su novena con devoción y confianza.

30.07.1865

Lunes, san Ignacio de Loyola, Fundador de la Compañía de Jesús. Su lema era: Todo a mayor gloria de Dios. Y el P. Champagnat añadía : Y honor de la Augusta María, Madre de N.S.J.C. – Los Padres Jesuitas y los Hermanitos de María son íntimos amigos.

01.12.1867

Un día, san Francisco de Sales, de visita pastoral, no sabía cómo resolver los numerosos casos difíciles que le agobiaban. Oyó que tocaban a Vísperas y allí acudió inmediatamente. De regreso, terminó todo lo que tenía que hacer en un cuarto de hora. Esto le sorprendió hasta tal punto que no puedo menos de decir: ¡Es Dios quien lo ha hecho![En su Vida, L.4. C.5. t.1. p.543] El P. Champagnat, en una circunstancia similar, fue a la iglesia, y obtuvo el mismo resultado. [En su Vida, 2da. P. C.6. T.2: p. 83]⁶⁴

23.08.1868

Jueves, san José de Calasanz, Fundador de las Escuelas Pías, en Roma. Su vida tiene mucho parecido con la del P. Champagnat. Su celo por la instrucción de los niños, desde su juventud; el fin de su Congregación, que es el de dar una buena educación cristiana a los niños, enseñarles a leer y a escribir; los favores que ha recibido de la Sma. Virgen, etc. dan un gran parecido entre los dos Fundadores.

18.07.1875

Lunes, san Vicente Paúl, nuestro Patrono del mes. ¡Qué hermoso modelo de piedad, regularidad, caridad, humildad! Cuando se compara su vida con la del P. Champagnat, ¡Qué hermosos rasgos de semejanza encontramos en ambos!

Nacidos de padres que se ganaban la vida con su trabajo, uno guardando ovejas, otro cuidando corderos. Ambos tienen una gran devoción a la Sma. Virgen, y educan a los niños.

San Vicente hizo mucho bien en Clichy, en Châtillon por su caridad,

⁶⁴ Id. p. 335

sus predicaciones, su bondad y sus demás virtudes. El P. Champagnat hizo lo mismo en La Valla.

Cuando estaba confesando a un enfermo fue cuando san Vicente conoció las necesidades de la gente del campo y fundó una Congregación para instruirla. Fue cuando confesaba a un niño cuando el P. Champagnat tomó la resolución de poner en ejecución sin demora su proyecto de fundar una Congregación de Hermanos Maestros.

Las ocupaciones de uno y otro en su Comunidad, sus trabajos, sus dificultades, sus sufrimientos, sus enseñanzas, sus instrucciones, sus recomendaciones y advertencias han sido casi idénticas. Misma manera de gobernar, de corregir, de animar y de dirigir a los Religiosos.

Consideremos, finalmente su conducta de tanta regularidad, tan edificante durante su última enfermedad, y la muerte de ambos, con una diferencia de dos siglos entre las dos, ocurrida a la misma hora [las 4h. de la madrugada] cuando la comunidad estaba en la Capilla. Y siguen haciendo el bien por medio de sus Religiosos.

Hechos que recuerdan al P. Champagnat

06.01.1861

Vocación a la vida religiosa. Votos de la Profesión, simbolizados por los regalos de los Reyes Magos. Fiesta grande para el P. Champagnat [cf. su Vida 1.p. C.3. p. 31]⁶⁵

Rezar por la Sociedad = petición de vocaciones.

03.02.1861

Parábola de la semilla aplicada a la Vocación (Instrucciones 795)⁶⁶

Domingo próximo, 40 horas. Ejercicios durante la Adoración. 1º Salmos de penitencia. 2º Hora santa. 3º Oraciones de las Horas de Lyon. 4º Actos de la oración o de la Meditación. 5º Oración universal. 6º Silencio ante Ntro. Señor. [El soldado de Orléans, el campesino de Ars [Anécdotas, Comparaciones, 420, 640]⁶⁷. San Juan Francisco Régis delante del Smo. Sacramento o postrado a la puerta de la iglesia. [Hno. Laurent – Vida del P. Champagnat 2º p. C.4. p.320]⁶⁸

⁶⁵ Vida, edic. 1989, p. 31

⁶⁶ Cuadernillo Nº 8, p. 97

⁶⁷ Nota 420, in Cuadernillo 310, p. 169 ; en cuanto a la nota 640, ha desaparecido.

⁶⁸ Vida, edic. 1989, p. 320

01.06.1862

Muerte del P. Champagnat, víspera de Pentecostés. Recuerdos Testamento Espiritual.

04.10.1863

Han terminado todos los Retiros; y el Curso empieza. Hay que rezar por los Hermanos y por los niños. Recordemos el celo y las enseñanzas del P. Champagnat, recemos con mucho fervor el padrenuestro por los Hermanos y por los niños, en la Oración de la noche.

29.11.1863

San Nicolás, el Peregrino, repetía constantemente *Kyrie eleison*. Caminando por las calles, reunía a los niños pequeños, les daba alguna golosina, y les hacía repetir *Kyrie eleison*. El P. Champagnat. Quiso que dijéramos cada día el *Miserere mei*, en la oración.

31.07.1864

He pensado que la lectura de las enseñanzas que el P. Champagnat daba a los habitantes de la Valla, con ocasión de la recolección de los frutos de la tierra, podría interesarnos y seros de provecho. (En su Vida, 1.p. C.5, p. 49)⁶⁹... Hablaba así a gente seglar, pero cuando hablaba a los Hermanos, era más severo. Mirad lo que está en la 2da. P. C.11. p. 168)⁷⁰

08.10.1865

Ropa, pañuelos u otras prendas, tendidos a lo largo del río, y con el riesgo de que se los lleve el viento, el agua o la gente que pasa por ahí... Calcetines y otros objetos puestos a remojo, metidos en el río y con el riesgo de que se los lleve la corriente. Solicitud, cuidado de las cosas de la casa. P. Champagnat.

02.06.1867

Consejos del P. Champagnat a los habitantes de La Valla, en la estación de la recolección de la fruta. [Vida, T.1 p.48)⁷¹. Escupe en el suelo una cereza que había recogido. [p.26.]⁷² Sus consejos a los Hermanos sobre la mortificación. [T.2. 2da.p. C.11 p. 394 y ss.)⁷³

⁶⁹ Id. p. 49

⁷⁰ Id. p. 397

⁷¹ Vida, edic. 1989, p. 49

⁷² id. p. 26

⁷³ Id. P. 397

03.04.1870

Domingo de Pasión. En la Misa, se dice el prefacio de la Cruz; en Vísperas, cantamos el himno de la Cruz; Hagamos siempre bien el Signo de la Cruz: el P. Champagnat así lo quería; el Rev. Hno. Superior así lo quiere. No cambiemos de postura hasta que no hayamos terminado de santiguarnos.

05.02.1871

La Casa está castigada por la epidemia: varios están enfermos de ciruelas. Pero el bueno de Don Préher, párroco de Tarentaise, amigo del P. Champagnat, visitando una casa donde tenían desde hace tiempo esta enfermedad, dijo estas admirables palabras: Casa de aflicción, casa de bendición.

La Regla dice que debemos ver al enfermo como un tesoro, como un motivo de bendición para el Instituto; y con estos sentimientos, procurarles todos los cuidados que reclama su estado de salud. (Reglas Comunes 3 p. C.13). Y que las enfermedades y sufrimientos son ocasiones de penitencia, de gran mérito.

31.12.1871

Hace 52 años, me encontraba en la habitación del P. Champagnat, con el Hno. Louis y los demás Hermanos reunidos para la oración de la última hora del año y la primera del año siguiente.⁷⁴ Cuando el reloj de su habitación - el mismo que sirve para las clases - dio las doce de medianoche, el Padre exclamó : ¡Adiós 1819! ¡Adiós para siempre! La impresión que me causaron esas palabras permanece todavía.

21.01.1872

Al leer la Vida del P. Champagnat, habéis oído lo que se dice de un Director que no hace observar la Regla. (Vida, 2da. P. C.16)⁷⁵. Veis que no se podía regatear con la Regla ni con el deber; y que no dudaba en castigar e incluso en expulsar cuando era necesario; y sin embargo, necesitaba Hermanos, pero los quería buenos.

01.09.1872

Don Chapuis, nuestro Capellán, ha tenido a bien darnos a cada uno

⁷⁴ cf. "Sentences, Leçons, Avis", edic. 1868, p. 128

⁷⁵ Vida, edic. 1989, p. 452

un recuerdo y una prenda de su tierno y generoso afecto para con los Hermanos, entregándonos una estampa de la Asociación de Oraciones.

Me ha hablado en varias ocasiones de su afecto por los Hermanos y por la Sociedad; se encontraba a gusto sobre todo en el Hermitage, por el P. Champagnat, pues la Casa le traía a la mente su recuerdo, y por la profunda veneración que le tenía.

Sin embargo, no me ocultaba que sentía inclinación y atractivo por la vida religiosa: así que, aunque experimentaba el dolor de la separación física, estaba contento de ir a juntarse con los Padres Misioneros de Ntra. Sra. de la Salette, por la que tenía una fervorosa devoción.

Pero me prometió que durante toda su vida, en cada una de sus Misas, encomendaría a Dios a todos los que forman parte de la Sociedad de los Hermanitos de María, para que cumplan bien con el fin de su vocación.

09.02.1873

Hoy, la Iglesia se reviste con ornamentos de penitencia : ya no se dice el Aleluya. Para ponernos en sintonía con ella, procuremos recordarnos y observar cuidadosamente lo que la Regla nos prescribe en el capítulo “Espíritu de penitencia”.

Oh! Cuánto quisiera que entendiéramos bien esta doctrina de la penitencia regular, cotidiana, como imperceptible, pero de muchísimo valor a los ojos de Dios, como nos dice el P. Champagnat. [Instruc. Prelim.]⁷⁶

09.08.1874

Dentro de unos días ya estaremos en el día de nuestra Fiesta Patronal, lo que nos recuerda el gran cuadro del altar pintado por el Sr. Raveri de Saint-Chamond por orden del P. Champagnat. Que nuestro cuerpo esté limpio, nuestra alma santa, nuestro corazón embellecido, nuestro espíritu claro.

22.11.1874

El Testamento espiritual de nuestro amado y venerado Fundador y Padre recuerda aquella ceremonia conmovedora y solemne que se hizo en su habitación unos días antes de su muerte, estando toda la Comunidad reunida alrededor de su lecho. El Rev. Hno. Louis-Marie, a la sazón

⁷⁶ Cuadernillo N° 307, p. 4

1er Asistente, lo leyó, después de que al buen Padre se le aplicara la indulgencia *In articulo mortis*.

¡Figuraos con qué atención y emoción se escuchó esta lectura! El buen Padre añadió algunas palabras para corroborar lo que se acababa de leer, y luego la Comunidad entera se puso de rodillas y yo pedí al Padre que tuviese a bien bendecir a los presentes, igualmente a los ausentes y a cuantos vendrían más tarde al Instituto; nos bendijo con mucho fervor y afecto, como lo hizo san Francisco de Asís en una circunstancia similar.

Una vez recitadas las *3 avemarías, el Acordaos y el Sub tuum*, la Comunidad se retiró conmovida. Entonces, el piadoso Fundador manifestó su satisfacción con lo que se había hecho: Estoy muy satisfecho, dijo, de que todos los Hermanos puedan conocer y leer mis últimos consejos y mis últimas voluntades: les debía ese consuelo por el afecto que me manifiestan.

El buen Padre, antes de morir, nos prometió solemnemente que no nos olvidaría, y que en el cielo haría todo lo que estuviera en su mano en favor de la Sociedad. ¡Pues bien, mirad! Cuando murió éramos unos 200 y teníamos 43 Casas; hoy tenemos 445 Casas (sic) [475, 28 diciembre] y somos unos 3000. Hace 34 años que nuestro querido y venerado Fundador murió.

El testamento de un padre es siempre algo sagrado para la familia y todos tienen a mucho observarlo con exactitud; y se consideraría un hijo desnaturalizado aquel que se negara a cumplirlo. Procuremos, pues, vivir y obrar siempre siguiendo lo que nos mandó nuestro buen Padre.

¡Qué dicha! Si en la hora de la muerte, podemos decir como él: Muero lleno de respeto, agradecimiento y sumisión hacia mi Superior y profesando mi más profunda unión con todos los miembros de la Sociedad. No recuerdo haber ofendido a nadie voluntariamente.

13.12.1874

Os dejo a todos en los Sagrados Corazones de Jesús y de María, en espera de que podamos reunirnos todos en el cielo. ¡Qué tiernas, qué conmovedoras y qué afectuosas son estas últimas palabras del Testamento espiritual de nuestro amado y venerado Padre Fundador!... Nos ha precedido, nos ha encomendado a Jesús y María: nos espera en el Cielo.

Al comienzo del último apartado, el buen Padre nos invita a ser fieles a nuestra vocación, a amarla y a perseverar con valentía. Hay dificultades para vivir como buen religioso, pero la gracia lo suaviza todo. Por otra parte, la vida es realmente corta y la eternidad no terminará nunca: No lo

olvidemos, sobre todo en este mes que parece triste por la estación en que estamos, pero que es tan rico en el orden de la gracia.

31.01.1975

La piedad del P. Champagnat en la celebración de la Santa Misa era admirable: la celebraba sin falta todos los días. A menudo, en los viajes, pasaba la mañana en ayunas, porque esperaba poder celebrar el Santo Sacrificio al llegar al lugar donde iba. (Vida, 2ª p. C. 6).⁷⁷

Otros recuerdos

01.01.1862

Consecuencias beneficiosas de la penitencia del Hno. Laurent en el Comedor [Vida del P. Champagnat, 2ª p. C. 16]

17.08.1862

Os recomiendo siempre, en todo y en todo lugar, la piedad, la regularidad, la alegría, la caridad. Habéis vivido en el Gran Relicario del P. Champagnat: Llevad a todas partes su espíritu, su celo, su abnegación y todas sus virtudes.

12.10.1862

Silencio, presencia de Dios, con profunda humildad para con Dios, el prójimo y consigo mismo. Actuar como si el Superior, el P. Champagnat, estuviesen aquí, testigos de lo que decimos y hacemos. No se atrevería a hablar ni a hacer cosas que no proceden.

30.08.1862

Digámonos a menudo a nosotros mismos: Si el P. Champagnat me viera, ¿haría esto? ¿hablaría así? ¿me quedaría aquí? ¿cómo estaría en la oración, en las comidas, etc.?

18.09.1864

Reglas comunes, 2ª parte, Cap. 7. “Espíritu de penitencia y de mortificación. Vida del P. Champagnat, 2ª parte, Cap. 11. “Su amor a la morti-

⁷⁷ Vida, edic. 1989, p. 338

ficación”. Importancia que debemos dar a las pequeñas cosas y a los pequeños detalles. Una cerilla, una chispa, puede provocar el incendio de una casa, de una ciudad. Caudalosas fortunas se han realizado, empezando por unos céntimos, unos lápices, etc.

28.07.1867

(Un Hermano vio, encima de la mesa de un Padre Marista), el libro “Combate Espiritual”, el “Libro de Oro” y el “ Piénsalo Bien”: libros que son como los libros fundacionales en nuestro Instituto, y que el P. Champagnat recomendaba tanto.

22.09.1867

Si aquel Hermano joven que guardaba dinero y que había tomado libros sin permiso, hubiera ido personalmente a confesar su falta y a entregar esas cosas al P. Champagnat, habría sido expulsado? Seguro que no, pues este gesto habría sido la prueba de su arrepentimiento y enmienda (Vida, 2ª p. C.9.)⁷⁸

13.09.1868

Se puede decir que el Hermitage es ahora el principio y el final, es decir que los Postulantes vienen aquí a comenzar su vida religiosa, y los Hermanos ancianos vienen a preparar debidamente el fin de su carrera con una dichosa y santa muerte. Así es como el P. Champagnat ve en el Hermitage a los Hermanos mayores y a los benjamines.

18.10.1868

Sabéis lo que se dice en “La Perfección Cristiana” de Rodríguez (3 parte. 1er Tratado C. IX),⁷⁹ y lo que dice el P. Champagnat (Vida, 2.p. C.4.)⁸⁰ de esos Hermanos que brillan poco, empleados en las tareas más humildes de la comunidad; ocultos a la vista del mundo, y que, con sus oraciones y sus virtudes hacen prosperar las Escuelas y son causa del éxito de los misioneros, etc.

⁷⁸ Vida , edic. 1989 p. 383

⁷⁹ Referencia exacta: 3ª parte, 1er Tratado, Capítulo IX : El segundo medio para que el alma consiga sus frutos, es decir la oración.

⁸⁰ Vida, edic. 1989, p. 313

20.12.1868

¡Dichoso el Hermano que practica bien lo que está escrito en el libro de “Sentencias, Avisos y Enseñanzas” del P. Champagnat! Lleva una vida santa y edificante: hace felices a los demás aquí en la tierra y se reserva una felicidad eterna en el Cielo.

20.11.1870

A ejemplo de los Santos Anacoretas, con la oración unimos el trabajo y el estudio. La necesidad, los frutos del trabajo, los peligros y las consecuencias nefastas de la pereza, merecen mucho nuestra atención. Sabéis lo que pensaba de todo esto el P. Champagnat.

18.06.1871

El P. Bourdin, que hizo su noviciado en esta Casa, bajo la dirección del P. Champagnat, escribió la vida del P. Chanel; como debía predicar en Saint-Chamond, con motivo de la procesión del Corpus, tomó como texto estas palabras del Evangelio: Para quienes serán lo que habéis preparado. (Lucas 17)

19.07.1874

Me recuerdo lo que decía un buen Párroco, amigo del P. Champagnat, al Hno. Director de su Escuela, respecto de un Hermano joven que levantaba mucho la vista y miraba por todas partes en la iglesia: Ese Hermano no es edificante. A eso se expone uno si no se tiene cuidado.

30.07.1874

El Padre Champagnat, nuestro venerado Fundador, puso, entre los principales medios de perfección : Emplear bien el tiempo del recreo. Y quiso que lo recordáramos cada vez que hacíamos el ejercicio de la culpa. Durante las vacaciones, los recreos son largos.

01.01.1871

Cuando uno lee la vida de los Padres del desierto, comprueba con agrado las coincidencias que hay entre su regla de conducta y la nuestra, entre sus máximas y sentencias y las de nuestro piadoso Fundador. Así pues, desde el siglo IV, se dirigía y se formaba a los Religiosos como actualmente.

12.05.1872

¡Ved asimismo cuánto nos ama Dios, nuestro Señor! Cómo nos hace

ver y gustar los doce dones preciosos del Espíritu Santo: la caridad, la alegría, la paz, etc. [Gálatas, 5]. Jesucristo y los Apóstoles nos han recomendado tanto la caridad; nuestro venerado Fundador, igual. : “¡Qué dicha la nuestra el verle reinar entre nosotros!”